

LO IRREMEDIABLE (NOVELAS)

María Enriqueta Camarillo

Edición comentada
Xochitl Guzmán Zavala



Lo irremediable

(novelas)



UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Ediciones
Universitarias

COLECCIÓN LECTURAS VALENCIANA

17

LO IRREMEDIABLE (NOVELAS)



María Enriqueta Camarillo



Ediciones
Universitarias



2024

DIRECTORIO

Dra. Claudia Susana Gómez López
Rectora general

Dr. Salvador Hernández Castro
Secretario general

Dr. José Eleazar Barboza Corona
Secretario académico

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón
Titular del Programa Editorial Universitario

Dr. Martín Picón Núñez
Rector del Campus Guanajuato

Mtro. Gabriel Alejandro Andreu de Riquer
Secretario académico del Campus Guanajuato

Dr. Aureliano Ortega Esquivel
*Coordinador de la Cátedra UNITWIN / UNESCO, MECEAL
sede principal en México*

Dr. Miguel Ángel Hernández Fuentes
Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dra. Krisztina Zimányi
*Secretaria académica de la División de Ciencias
Sociales y Humanidades*

Dra. Claudia Liliana Gutiérrez Piña
Directora del Departamento de Letras Hispánicas

Dr. Rogelio Castro Rocha
Coordinador de la Licenciatura en Letras Españolas

Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete
Coordinadora de la Colección Lecturas Valenciana

Lo irremediable (novelas)

Primera edición electrónica de esta Colección, 2024

D.R. © De los textos: los autores

D.R. © De las ilustraciones: los autores

D.R. © De la edición:

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Campus Guanajuato

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Letras Hispánicas

Lascuráin de Retana núm 5, zona centro,

C.P. 36000, Guanajuato, Gto., México

La Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial estudiantil de la Licenciatura en Letras Españolas que forma parte de la Cátedra UG/ UNESCO para el Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación en América Latina fundamentada en la lectura y la escritura.

Red UNITWIN/Cátedra UNESCO-MECEAL.

Diseño de portada: Flor E. Aguilera Navarrete

Grabado de portada: Daniela Sarai Ramírez López

Corrección: Flor E. Aguilera Navarrete y Milagros Velázquez Ramírez

Maquetación: Xochitl Guzmán Zavala y Flor E. Aguilera Navarrete

Coordinación editorial: Flor E. Aguilera Navarrete

Diseño editorial: Flor E. Aguilera Navarrete

ISBN: 978-607-441-728-9 (de la obra completa)

ISBN: 978-607-580-060-8 (del volumen)

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los textos de la publicación, incluyendo el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro o para usos estrictamente académicos, citando siempre la fuente y otorgando los créditos autorales correspondientes.

Hecho en México • *Made in Mexico*

CONTENIDO

Presentación 13
Flor E. Aguilera Navarrete

Sobre las ediciones 19
Andreas Kurz

Advertencia editorial 23

Estudio introductorio 25
Xochitl Guzmán Zavala

LO IRREMEDIABLE (NOVELAS) *María Enriqueta Camarillo*

Octavio y su secreto 63

Leal 75

El tesoro de Irene 83

Bibí 91

Soledad y los gitanos 105

Tales fueron sus confidencias... 113

Primera pena de amor 121

La lotería de la tía Clemencia 135

La viuda 147

De paso	161
La primavera de María	169
Viajero que vuelve... a partir	181
El maestro Floriani	187
Una carta romántica	205
Lo irremediable	209
La nube	215
El enterrador	221
Viajando	229
En el jardín de Valentina	233



María Enriqueta Camarillo

19 de enero de 1872-13 de febrero de 1968

Fuente: Galería digital de la Casa

Museo María Enriqueta

PRESENTACIÓN

La Colección Lecturas Valenciana inició como una simple actividad práctica de aula, con la finalidad de que los estudiantes experimentaran toda la cadena de producción editorial: desde la selección de obra, la curaduría, la corrección de originales, la preparación de material gráfico, la maquetación, la corrección de pruebas, etcétera. Sin embargo, la actividad se quedaba en un nivel técnico, por ello advertí la necesidad de que los estudiantes se involucraran en los procesos editoriales pero desde su formación literaria. Para mí, esto era una oportunidad magnífica para que, ya en su etapa final de formación académica, pusieran en práctica los conocimientos adquiridos durante toda la carrera. Además, me interesaba que se involucraran no sólo como actores secundarios de la producción editorial, que no generan material intelectual o que no toman decisiones. Más bien, me parecía de verdad trascendente que se sintieran la cabeza primordial de un proyec-

to, que se supieran capaces de tomar decisiones editoriales (como qué editar, cuánto editar, hasta dónde editar, bajo qué consideraciones específicas, etcétera), que entendieran que su participación en la edición significaba también poner en práctica su ideología, sus posturas estéticas, sus gustos literarios, su perspectiva crítica con respecto a nuestra propia cultura editorial y literaria. Es decir, que ejercieran la edición como un ejercicio cultural, como una actividad intelectual, con una actitud crítica que les ayudara a reflexionar sobre lo que significa editar obra literaria y la responsabilidad social que ello implica.

Así, hemos reflexionado no sólo sobre qué editar, qué textos seleccionar para transmitir a un determinado público lector, sino también hemos cuestionado las repercusiones de los procesos editoriales en la materialización de la literatura, pues reconocemos que la praxis editorial impacta en la transmisión literaria, en la canonización de los textos que ahora leemos. Sin duda, las decisiones que se toman durante esta etapa condicionan, de una u otra forma, la recepción de la obra literaria. Asimismo, ha sido una oportunidad para tratar de comprender el modo en que los proyectos editoriales han participado en la construcción de ideas, imaginarios, identidades o representaciones sociales y estéticas; y esto ha contribuido a visualizar el significado cultural de crear una colección editorial, reconocer que la edición influye en la formación de

gustos literarios, y que las colecciones funcionan como un programa de lectura que configura comunidades lectoras. Es decir, hemos tenido la oportunidad de entender nuestra literatura a partir de la experiencia editorial mexicana.

En este sentido, la Colección Lecturas Valenciana opta por un tipo de edición denominada *edición anotada* o *edición comentada*, de alta complejidad. Esto no quiere decir que sea complicada su lectura, de hecho se aspira más bien a la sencillez, pues son ediciones para públicos lectores en proceso de formación, sino que es compleja porque su proceso de producción requiere una ardua labor de investigación. La edición anotada busca la preservación de los textos, pero también el rescate de nuestro patrimonio literario, de nuestra cultura editorial. Por ello los estudiantes editores indagan, primeramente, en archivos hemerográficos, o bien, en distintos repositorios institucionales, para seleccionar algún texto o alguna edición de calidad, es decir, que mantenga una fidelidad importante con la obra original y con su autor; posteriormente transcriben el texto literario, lo cotejan, lo analizan en todos sus aspectos para definir los criterios y la metodología, y a partir de ello iniciar una investigación para ofrecer a los lectores, a modo de pies de página, una serie de notas que sirvan de apoyo o de guía para aclarar ciertos pasajes complicados o para definir palabras en desuso.

La finalidad es que el estudiante editor despeje posibles dudas del texto, solucione los problemas que plantea la obra: como dificultades textuales, lingüísticas, referencias eruditas y de contenido, etcétera, que pueden afectar la lectura. Las notas a pie de página que acompañan el texto, que buscamos sean el menor número posible, lejos de acribillar la obra, acompañan al lector, contribuyen a hacerle su experiencia de lectura más sencilla. Bajo este entendido, la Colección Lecturas Valenciana favorece la comunicación entre el lector y la obra, para que la lectura sea lo más completa, rica y precisa posible.

Estas ediciones también se caracterizan por ir acompañadas de un estudio introductorio y de una advertencia editorial, con el propósito de enmarcar la obra en su época determinada, porque el objetivo es hacer presente el texto dentro del panorama literario actual, asegurar su presencia dentro del contexto editorial. Sin duda, ello tiene una repercusión positiva en la recepción de la obra literaria.

Así, la Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial con gran valor literario histórico y cultural, en tanto recupera el patrimonio intelectual nacional; es un espacio de formación académica con proyección didáctica, porque los estudiantes ponen en práctica lo aprendido durante toda la carrera, y de proyección social de gran trascendencia debido a que se busca formar un gusto literario y ampliar los públicos lectores. De esta forma el Departamento de Letras Hispánicas se compromete con la in-

vestigación literaria y con la sociedad, y yo, como coordinadora editorial de la Colección, me siento verdaderamente orgullosa de ello.

Flor E. Aguilera Navarrete

Profesora y editora

SOBRE LAS EDICIONES

En el mundo científico y académico se desarrolla, desde cientos de años, una discusión fastidiosa que, se escriba lo que se escriba, jamás terminará ni encontrará solución. ¿Las metodologías de ciencias duras y blandas se diferencian? ¿Las humanidades aportan conocimientos sólidos y duraderos? ¿Filosofía, literatura, historiografía y sociología son ciencia o no lo son? Estas preguntas resumen la discusión y, por supuesto, se trata de preguntas que son falacias porque no puede haber respuestas. El sentido común percibe las cuestiones que trata, por ejemplo, el estudio de las literaturas de regiones y épocas diversas como simple y vulgarmente inútiles, como vaguedades y pasatiempo de gente que se aburre. El sentido común no siempre acierta. El estudio de las literaturas genera un discurso que, en un mundo ideal, podría ser un regulador ético para otros discursos que sí son útiles y, porque son útiles, peligrosos: la técnica, la política, la física, la química, etcétera. Los estudiosos de las literaturas podríamos decir —en nuestros libros, artí-

culos, discursos y clases inútiles— que aún hay algo así como una responsabilidad ética, un ¡hasta aquí!, para las ciencias duras y los discursos que forman y moldean nuestras sociedades. Sin embargo, ya no sabemos qué nos da el derecho de sentirnos instancias morales. Tanto el comportamiento de la Academia, como nuestros estudios cada vez más metafísicos y vagos, cada vez más con base en teorías autorreferenciales, en postulados que sólo se explican a sí mismos, nos quitan este derecho. Urge que los estudiosos de literatura, filosofía e historia se reconcentren en objetos concretos, en libros, textos, manuscritos, documentos. Urge que aceptemos que nuestras disciplinas, como la física, la química y las matemáticas, antes de analizar y fraccionar, deben proporcionar datos, tener un corpus que se pueda estudiar.

La gran tradición y el bello arte de la edición de textos actualmente no tiene la posición destacada en nuestras universidades e instituciones que debería tener. Muchas veces basamos nuestros análisis y búsquedas de sentido en textos mal editados o manipulados, en textos que, antes de que se inicie el proceso de investigación, falsifican los datos que vamos a investigar. Al mismo tiempo, mucho de lo escrito en siglos pasados corre el peligro de perderse porque falta el editor paciente que lo rescate y lo presente en forma digna y confiable a los lectores e investigadores actuales.

En este sentido, hay que dar una acogida entusiasta al proyecto de la Mtra. Flor Aguilera y de sus

estudiantes, un proyecto que, desde el aula, procura proporcionar esta base científica, los datos duros que también las ciencias blandas producen. Sin esta base no puede haber humanidades. Las ediciones presentadas en esta colección son un inicio y, más importante, una motivación para los estudiosos de las letras: sí se puede hacer ciencia, sí se puede ser útil ocupándose de cosas inútiles y bellas.

Dr. Andreas Kurz

Profesor del Departamento de Letras Hispánicas

ADVERTENCIA EDITORIAL

La presente edición anotada de *Lo irremediable* (*Novelas*), de María Enriqueta Camarillo, que forma parte de la Colección Lecturas Valenciana, está basada en la edición de 1927, publicada por Espasa Calpe (colección Contemporánea) en Madrid, España. Se consideró esta edición porque se realizó en vida de la autora y, por tanto, es obra legítima, ya que representa la voluntad estética de la autora.

Este libro de María Enriqueta no volvió a editarse, sino hasta ahora, aunque algunos textos se publicaron con anterioridad en la prensa (en nota a pie de página se registra el dato). La Casa Museo María Enriqueta, en Coatepec, Veracruz, la recuperó y la digitalizó, aunque con el inconveniente de una página faltante. Gracias a la Casa Museo pude tener acceso a la obra. Motivo por el cual le extiendo mi total agradecimiento.

La Biblioteca Nacional de México posee otro ejemplar, al que accedí con ayuda de la Dra. Luz América Viveros para obtener la página que hacía falta, con

el propósito de presentar todos los cuentos, respetando el orden con el que fueron organizados en su edición primera.

En esta edición, el lector encontrará un estudio introductorio que le proporcionará contexto biográfico, literario, social, histórico y cultural de la autora para enriquecer su lectura. Además, se agregaron notas a pie de página con la intención de aclarar algunos pasajes oscuros, algunas palabras en desuso o que pueden resultar complicadas, refranes y la relevancia de determinadas personalidades de la época. Así, la presente edición, además de difundir la obra de la autora, se busca acompañar a los lectores en su proceso de lectura.

Para la realización de las notas se usó el *Diccionario de la lengua española* y el *Diccionario histórico de la lengua española* de la Real Academia Española, así como la asesoría de la Dra. Evangelina Soltero Sánchez, Dra. Luz América Viveros y del Conservatorio Nacional de Música, a quienes ofrezco un agradecimiento especial. Para evitar una posible distancia temporal de los textos, se decidió realizar ajustes de acuerdo con la normativa gramatical actual; por ejemplo, tildes en desuso, signos de puntuación, entre otros.

Esperamos que esta edición anotada cumpla con su propósito y consiga despertar el interés de conocer a María Enriqueta Camarillo, una grandiosa autora que, hasta ahora, permanecía fuera del panorama literario de México.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Xochitl Guzmán Zavala

CONTEXTO GENERAL

México: de la Independencia a la Revolución

El siglo XIX fue un periodo complicado para México, pues luego de la Independencia el país quedó inestable política y económicamente. La negativa por parte de la Corona española y otros países a reconocer dicha independencia, así como los distintos conflictos internos que surgieron para lograr establecer un orden político, económico y social, fueron los principales factores de que México se sumergiera en un largo periodo de inestabilidad.

Al respecto, Rafael Barajas Durán, en “La segunda independencia de México”, señala que este periodo “fue tan intenso como decisivo; fue de cambios profundos y mucho de lo que hoy somos

como nación se explica por lo que ocurrió en aquellos años”.¹

En los primeros años, luego de la Independencia, surgieron conflictos entre los distintos grupos políticos, principalmente entre liberales y conservadores, que entre 1821 y 1863 se enfrentaron constantemente, impidiendo que el país pudiese construirse como un Estado sólido y soberano, y que se convirtiera en el blanco perfecto para la intervención de potencias extranjeras. Durante esta misma década se sucitó el primer caso de invasión, pues Antonio López de Santa Anna, con un gobierno centralista, dejó relegadas las demás zonas de México, permitiendo que los seccionistas aprovecharan el momento y declararan repúblicas independientes a Texas, Yucatán y Río Grande, de las cuales sólo la primera logra una independencia definitiva.

Así, para 1836, Texas, ocupada principalmente por colonos estadounidenses, inicia su lucha de independencia que intentará ser frenada por México hasta 1845; sin embargo, en 1848 se anexa de manera definitiva a Estados Unidos de América, y esto provocó conflictos y resentimientos por parte de México, que encontraron su desenlace en una guerra contra Estados Unidos, de la cual el primero salió perdedor, pues no contaba con la preparación, ni las armas, ni el dinero necesarios para un conflicto de

dicha magnitud. Estos motivos y la división interna del país favorecieron al rápido movimiento de Estados Unidos, quien acordó retirar sus tropas si México cedía parte de su territorio; así, México firma el Tratado de Guadalupe Hidalgo, y termina perdiendo más de la mitad de su territorio nacional.

Luego de estos conflictos y de los intentos fallidos por establecer un gobierno que restaure el orden y logre progreso para el país, la población comienza a perder la fe en las instituciones establecidas; para este momento, la población civil estaba sufriendo los estragos de las constantes luchas armadas y atraviesa una dura crisis económica, donde la mayoría consigue sólo lo necesario para subsistir. Se trata de un momento en el que lo más importante era conseguir una mejor economía y un orden político y social que garantizara el progreso del país, pues eran momentos en los que no había un país consolidado como tal y, por tanto, no había proyectos que apuntaran a su crecimiento independiente, ni a su estabilidad que permitiera plantearlos, mucho menos había educación formal o una cultura definida en la que se pudiera trabajar o que se pudiera enriquecer.

Por ello, en 1865, siendo aún un país débil, ocurrió una invasión francesa, luego de la que inició el Segundo Imperio Mexicano, bajo el mandato de Maximiliano de Habsburgo, enviado por Napoleón III. Dicho imperio duró hasta 1867, año en que Benito Juárez recuperó la República y asumió la Presidencia hasta 1872; luego fue sucedido por Sebastián

¹ Barajas, 2021, p. 95.

Lerdo de Tejada, quien tomó el cargo hasta 1876, pues al año siguiente Porfirio Díaz se opone a una reelección, para luego asumir de nuevo la Presidencia y conseguir reelegirse hasta 1911. Durante este segundo periodo de Díaz se vio nacer y morir al Modernismo mexicano, que fue un movimiento artístico y literario con el que se buscaba un desarraigo de lo nacional, con pretensiones más bien cosmopolitas, con nuevas estéticas que fueran contra el “viejo orden”, entre otras cosas. En esta época ya había un poco más de estabilidad, con mayor posibilidad de centrarse no sólo en la economía o en la política, sino también en la cultura, para definir lo que es México y lo que significa ser mexicanos.

Sin embargo, Porfirio Díaz, con la promesa de paz para lograr el progreso, mantuvo a la población mexicana en una constante desigualdad durante toda su dictadura, pues las riquezas seguían concentrándose en unos cuantos, en la élite sobre todo. En vista de ello, Francisco I. Madero, un joven rico y de educación privilegiada, frenó las reelecciones y buscó un mejor orden y un verdadero progreso para el país. Así, Madero comenzó a relacionarse con los cargos políticos e inició su campaña. Al mismo tiempo, publicó su libro titulado *La sucesión presidencial* (1910) que, junto al Plan de San Luis, le valió para exhortar a los mexicanos a iniciar, el 20 de noviembre de 1910, la Revolución Mexicana.

Este movimiento, como bien explica Felipe Ávila en “La revolución democrática y popular”:

Significó una transformación profunda que dio tierra a los campesinos, mejores condiciones laborales a las mujeres y hombres, garantizó la educación como un derecho social para toda la población mexicana, a través de una educación laica, obligatoria y gratuita.²

El pueblo mexicano, entonces, se levantó en armas y exigió mejoras, consiguiendo, también, derrocar definitivamente a Porfirio Díaz en mayo de 1911, con la firma de los Tratados de Ciudad Juárez; y para noviembre de ese mismo año, Francisco I. Madero ganó la Presidencia con Pino Suárez como vicepresidente. Durante este periodo de lucha, en el que se buscaba derrocar a Díaz, también la mentalidad intelectual del país se transformó, y surgieron grupos de jóvenes que querían un cambio para su país, tal es el caso del Ateneo de la juventud (1909-1914). Fue una asociación cultural conformada por intelectuales jóvenes del país, todos con un pensamiento universalista, con intenciones de recuperar los modelos clásicos grecolatinos para incorporar a México en la evolución histórica de Occidente, y con la formación de espacios donde pudieran publicar sus creaciones y expresar sus ideas, tales como las revistas *Savia Moderna* (1906), *Argos* (1913) y *Nosotros* (1912-1914).

² Ávila, 2021, p. 156.

Para entonces ya se contaba con mayor movimiento intelectual, cultural y literario, ya no se trataba sólo de política y economía, sino también de conseguir, ahora sí, definir la identidad nacional de México y el cómo debe darse a conocer para progresar como país y frente a las demás potencias. Ahora también importó la educación, la cultura y la intelectualidad, porque desde ellas había asuntos qué plantearse y lograrse, así como toda una historia por reconocer e interesarse. Aun no había, quizá, un país del todo consolidado, y su identidad nacional tambalea un poco, pero la búsqueda de todo ello era, justamente, lo que inicia a partir del replanteamiento y de los cambios que trajo consigo la Revolución.

Europa: el orden conocido y la guerra

Dado que María Enriqueta vivió en Europa, sobre todo en España, durante casi toda su vida, fue ahí donde desarrolló la mayor parte de su producción literaria. Durante la década de 1910 tampoco fue muy estable para Europa, pues también se suscitaban distintos movimientos armados y sucesos que desestabilizaron a los países. Unos de estos primeros sucesos fueron la primera y la segunda Guerra Balcánica, suscitadas en 1912 y 1913, respectivamente, y a la par se vivió la carrera armamentística entre la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia) y el Triple Entente (Francia, Gran Bretaña y Rusia),

quienes se involucrarían en la Primera Guerra Mundial, a partir del 15 de julio de 1914.

Éstos serían años caóticos para todos los ámbitos, entre ellos la cultura, que en el caso del continente europeo ya estaba consolidada y ya poseía una trayectoria mejor trazada; sin embargo, se vivió mucha conmoción también en este ámbito, que ya desde 1911 las vanguardias estéticas estaban transformando la pintura, la literatura, la arquitectura, etcétera. Además, con la llegada de esta guerra, y con los posteriores conflictos que luego desencadenarían la Segunda Guerra Mundial, se fracturó la cultura, el pensamiento y la inspiración que impulsaban las creaciones y expresiones europeas. Antes del estallido del conflicto bélico existía una Europa ilusionada, que apostaba por el buen porvenir, pues, como bien expresa Norman Stone, en su libro *Historia de Europa. La Europa transformada 1878-1919*, la situación para la clase trabajadora estaba mejorando, pero al mismo tiempo había mucho caos político en el continente y más huelgas que antes, todo ello en “un contexto de tensión internacional que hacía extremadamente difícil separar las cuestiones de política exterior e interior, tanto en los cuatro años anteriores a la guerra como en la propia guerra”.³

³ Stone, 2019, p. 156.

Sin embargo, no todo fue malo durante esta época, también en gran medida se fortaleció el ámbito universitario, surgieron ediciones de obras históricas y más proyectos de trascendencia social. Se trataba de una Europa sólida en la que importaban la educación y las expresiones culturales de todo tipo, en distintos espacios y con modelos variados, que se vieron fracturadas por el acontecimiento bélico, triste y doliente de mediados de siglo xx.

España: el otro lugar de habla hispana

España, por su parte, también pasaba por momentos un tanto complicados, como sucedía en gran parte de Europa y en México. Para los años en que se suscitó la Primera Guerra Mundial, Alfonso XIII reinaba una España que gozaba de auge cultural, buena economía y cierto crecimiento demográfico, sin embargo, también pasaba por inestabilidad política y crisis económicas, así como por un conflicto bélico contra Marruecos.

Al iniciar el siglo xx, en España se buscaba conformar un Estado que dejara atrás lo conservador del régimen que había estado presente durante el siglo anterior; es decir, se buscaba democratizar al Estado y separarlo de la Iglesia, situación que se vio mejor logrado durante el mandato de José Canalejas, quien para 1910 aprobó la “Ley del Candado”, con la que regulaba la participación de la Iglesia y limitaba

las órdenes religiosas, al mismo tiempo que buscaba mejores oportunidades y condiciones para las clases trabajadoras; sin embargo, éste sería asesinado en noviembre de 1912. Ya en 1913, luego de una pequeña pausa en lo parlamentario, se dio el visto bueno a la Mancomunidad de Cataluña, bajo la dirección de Prat de la Riba, la cual buscaba la descentralización, pero, sobre todo, una autonomía regional.

En 1914 se convocaron ya elecciones generales, en las que destacarían apellidos reconocidos, entre los que intentarían replantear las reglas de la situación, sin embargo, los conflictos internos españoles quedarían un poco de lado durante este año, debido al estallido de la Primera Guerra Mundial, respecto a la que España adoptaría una posición neutral. El impacto de esta guerra en España no sólo tuvo que ver con lo político, también se relacionó con lo económico, pues así como permitió expansión industrial y crecimiento comercial, también provocó inflación que elevaba los precios pero no los salarios, así que para 1916, luego de que la primera y segunda Ley de Subsistencias no lograra a acabar con las protestas, se organizó una huelga general de veinticuatro horas en toda España, por parte de un acuerdo entre los sindicatos, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Unión General de Trabajadores (UGT).

Otra huelga se llevaría a cabo en 1917, mismo año en el que iniciaría un periodo de inestabilidad gubernamental, en la que gobernarían Manuel García Prieto, para luego ser sucedido por Ramones;

ambos estarían al mando durante un periodo de rebeliones sociales y movimientos revolucionarios. Para 1919 aparecería Maura por un par de meses, quien sería sustituido por Sánchez de Toca, de quien seguirían Manuel Allendesalazar, siendo este último el más relacionado con el desastre militar de Annual. Se trata de una de las más grandes tragedias militares de España, en la que Abd-el-Krim, con apenas 4,000 guerreros, derrotó a un ejército de 15,000 soldados, matanza en agosto de 1920, con la rendición del general Navarro.

Para 1921, Eduardo Dato tomó el poder, sin embargo, fue asesinado en marzo del mismo año, luego de autorizar la “ley de fugas”. Durante este mismo año, Miguel de Unamuno publicó su novela *La tía Tula*, considerada una de las mejores novelas del siglo xx. Así, los gobiernos seguían siendo sucedidos en Madrid durante 1922 y 1923, y en ninguno de ellos se resolvía de forma definitiva el debate sobre la responsabilidad de la catástrofe de Annual, así como los antecedentes de la Guerra de Marruecos, la crisis económica de la Primera Guerra Mundial y la huelga de 1917, lo cual permitió que el golpe de Estado iniciado por Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, en 1923, fuese poco rechazado.

Así inicio la dictadura de Primo de Rivera, que duraría hasta 1930, cuando se vería obligado a renunciar, luego de que en 1928 comenzara a perder apoyo. Para 1931, luego de terminada la dictadura, y luego de campañas electorales y votaciones se

estableció la Segunda República de España, gobernada por Niceto Alcalá Zamora, acompañado por once ministros. Sin embargo, la República llegó a España en medio de una crisis nacional e internacional, por lo que tuvo problemas de orden público y de protestas, que fueron reprimidos al estilo monárquico y bajo los disparos de un cuerpo policial organizado por el gobierno. En 1933 se llevaron a cabo nuevas votaciones en las que salió victorioso el Partido Radical, quienes fueron presididos por doce gobiernos en los que se turnaron cinco presidentes, entre septiembre de ese año y diciembre de 1935. Sin embargo, para 1936 se tuvieron que disolver las cortes y se organizaron nuevas elecciones para febrero de ese año, en las que triunfaría el Frente Popular, momento a partir del cual se desencadenaría una Guerra Civil que concluiría hasta 1939, año en el que Francisco Franco inició su dictadura, hasta su muerte en 1975.

BIOGRAFÍA

Los primeros años de María Enriqueta

María Enriqueta Camarillo y Roa fue una poeta, novelista, cuentista, pianista, traductora y dramaturga mexicana, nacida el 19 de enero de 1872 en Coatepec, Veracruz. Fue hija de don Alejo Ambrosio Camarillo Rebolledo y de doña Dolores Roa

Bárcena de Camarillo, hermana del reconocido intelectual y político veracruzano José María Roa Bárcena, que se convirtió en el padrino de María Enriqueta; asimismo, María Enriqueta fue hermana de José Leopoldo Camarillo.

Nacida en el seno de una de las familias sobresalientes de la región, vivió una infancia tranquila y bucólica en la pequeña villa de Coatepec, entre paseos por granjas naranjeras, días de campo, zambullidas en el agua, juegos en el patio y cultivo de plantas de ornato en los patios de las casas que habitó. De hecho, estos primeros años serán recordados a lo largo de su vida, en algunos de sus textos. En 1879, ella y su familia tuvieron que mudarse a la Ciudad de México, gracias a que don Alejo fue electo diputado federal.

Debido al pensamiento conservador de su padre, se sabe que María Enriqueta no asistió a escuelas de educación básica para adquirir sus primeros conocimientos, sino que fue su madre quien le enseñó a dominar el alfabeto y a disfrutar la lectura, mientras la acercaba al dibujo y al bordado, y le inculcaba el catecismo. Incluso, algunos aseguran que esto fue una de las causas por las que su obra siempre se mostró un tanto anacrónica:

María Enriqueta fue educada con severidad en la religión católica y en la obediencia. De ahí su conformismo y su resignación. Éstas, que podrían haber sido virtudes loables en el siglo pasado, fueron

la causa de que su obra transitara siempre por los mismos caminos [...] ⁴

Sin embargo, esta enseñanza también fue bastante productiva, pues al mudarse a la capital del país, con tan sólo 7 años de edad, ya dominaba la escritura y ya había fechado su primera prosa un año antes, en 1878. Por otro lado, don Alejo, que tocaba la guitarra y la flauta, le transmitió su gusto por la música, en la cual se basaría su educación formal en la capital.

Incurción educativa, labores creativas y vida de casada

En la Ciudad de México, ya instalados, María Enriqueta y José Leopoldo tuvieron mayores oportunidades de educación. En 1887, a los 15 años, María Enriqueta ingresó al Conservatorio Nacional para cursar ahí la carrera de pianista, donde recibiría un diploma de maestra de piano en 1895. Luego de recibir dicho diploma dio conciertos, audiciones y compuso un par de piezas de música popular que fueron distribuidas por la Casa Wagner en México. Sin embargo, uno de sus mayores anhelos, luego de cursada la carrera, era convertirse en profesora

⁴ Rosa, 1997, p. 184.

de piano, pero su padre no se lo permitió, pues se trataba de un hombre conservador que no concebía como válido el hecho de que la sociedad pofiriana aceptara dicha carrera como apropiada para una señorita decente.

Aun así, María Enriqueta, acompañada por su madre, visitaba algunos alumnos para clases particulares, que consiguió con total discreción para no ser descubierta por su padre; al final, se dio cuenta, pero no tuvo más remedio que aceptarlo, sobre todo porque la familia no pasaba por un buen momento económicamente, y la ayuda de las ganancias de su hija le venía bien a don Alejo.

Vivir en la Ciudad de México fue muy importante para el crecimiento de María Enriqueta, sobre todo en lo literario, pues como bien menciona Evangelina Soltero Sánchez, en su texto *María Enriqueta Camarillo: La obra narrativa de una mexicana en Madrid*, la autora ahí “pudo conocer de primera mano la evolución significativa que se estaba produciendo en los medios intelectuales de la época con el auge del Modernismo”.⁵ Así, para 1893 inició su vida profesional dedicada a las artes, mismo año en el que conocerá a Carlos Pereyra, un estudiante de Leyes originario de Saltillo, que se había mudado a la capital y había llegado a los mismos departamentos en los que residía la familia Camarillo.

⁵ Soltero, 2002, p. 17.

En 1894, María Enriqueta publicó una serie de poemas en *El Universal*, sin embargo, lo hizo bajo el seudónimo de Iván Moskowski, y fue hasta 1895 cuando publicó en la *Revista Azul* su primer cuento firmado con su nombre, titulado “El maestro Florianí”, inspirado en su apreciado profesor de piano Carlos J. Meneses. El hecho de que publicara en la *Revista Azul*, principal medio de expresión del movimiento modernista, quiere decir que había encontrado el respaldo en una publicación importante del país, pero no que tenía apego a los principios estéticos de dicho movimiento; así pues, ella había ido conformando su propio estilo, uno más particular y apegado a la forma y al contenido característicos del romanticismo, alejado de las vanguardias y del decadentismo que había iniciado en 1893, en el que se mostraba cierto hastío, lo bohemio y el desapego de Dios, de la patria y del amor, todo lo contrario a María Enriqueta y a sus ideales como hija de una familia conservadora y como mujer de casa.

En 1896, don Alejo es nombrado administrador del timbre en Nuevo Laredo, razón por la cual la familia tuvo que mudarse al norte del país, desde donde María Enriqueta mantuvo correspondencia cercana con Carlos Pereyra. Además, continuó enviando poemas melancólicos a la *Revista Azul* y a *El Mundo Ilustrado*; asimismo, publicó textos en *La Crónica* de Guadalajara y en *El Espectador* de Monterrey, que más tarde fueron dirigidos por Pereyra. Luego de dos años de comunicación por medio de

cartas, María Enriqueta contrajo matrimonio con Carlos Pereyra en 1898, en Nuevo Laredo, ciudad que los recién casados abandonarían para instalarse en la Ciudad de México, en una colonia popular entre la burguesía llamada Santa María.

Durante su vida como casada, sin abandonar sus ocupaciones de ama de casa y sin descuidar a su marido, continuó con sus labores creativas. En 1902 apareció su primer libro, *Las consecuencias de un sueño*, un poema en dos cantos de treinta y seis páginas, que fue publicado en México por Tipografía La Carpeta. Este texto lo dedicó a su prima y a su sobrina, probablemente porque ella no tenía hijos, y en esa época era común que las mujeres poetas dedicaran sus poemas a sus hijos para demostrar que dedicarse a dicha actividad no las alejaba del hogar. Poco tiempo después, sus padres y su hermano regresaron a la Ciudad de México, instalándose en la casa del matrimonio Pereyra Camarillo, que para ese momento ya se había convertido también en un punto de reunión para artistas e intelectuales católicos que cada viernes charlaban, leían y escuchaban a María Enriqueta tocar el piano.

En 1903, don Alejo murió de un ataque al corazón y la familia se mudó de casa; la tristeza de este suceso le proporcionó inspiración para seguir escribiendo y para tomar a su padre como figura para algunos de sus personajes masculinos, como menciona y explica Evangelina Soltero Sánchez en su tesis doctoral sobre María Enriqueta.

En 1908 publicó *Rumores de mi huerto*, un poemario que fue muy bien recibido por la crítica y por el público, pues se afirmaba que en él María Enriqueta mostraba su buen comportamiento, su sencillez, su intelectualidad y su femineidad. Así, en 1909 inició una colaboración con *El Diario*, donde daba consejos a todos sus lectores en la “Sección del hogar”, bajo el seudónimo de Mirafior, pero esta actividad duró sólo un año, porque en 1910 su esposo ingresó al servicio diplomático mexicano y fue nombrado encargado de negocios en la embajada mexicana de Cuba, por lo que el matrimonio comenzaría a radicar en el extranjero.

Vida y producción literaria en el extranjero

Luego de que Carlos Pereyra fuese nombrado para trabajar en la embajada mexicana de Cuba, él y María Enriqueta viajaron hasta La Habana en febrero de 1910, para poco después volver a México. Su retorno duró poco, pues en enero de 1911, poco después del estallido de la Revolución Mexicana, Pereyra fue nombrado primer secretario de la embajada mexicana en la capital de los Estados Unidos, y esta vez el matrimonio se trasladó a Washington; sin embargo, en mayo de ese año, María Enriqueta regresó a México para estar con su madre y para resolver algunos pendientes literarios.

Luego de este regreso, en 1912, la Casa Bouret le encargó a María Enriqueta la escritura de libros de lectura para las escuelas primarias de México, proyecto en el que la autora trabajaría por más de un año, reuniendo cuentos tradicionales y escribiendo otros propios. El desarrollo de este proyecto lo llevó a cabo mientras México se batía en distintas rebeliones y sublevaciones, y los cinco tomos de *Rosas de la infancia* se vieron concluidos justo cuando acontecían la Decena Trágica, un Golpe de Estado militar que se plantó con la finalidad de derrocar a Francisco I. Madero de la Presidencia. Así, para 1914, la Casa Bouret de París editó los textos creados por María Enriqueta para su circulación entre los niños de México, serie de textos que para 1930 fue reconocida con el Diploma de Honor de la Exposición Iberoamericana de Sevilla.

El año de 1913 fue decisivo para María Enriqueta, ya que desde febrero, con la entrada de Victoriano Huerta al Palacio Nacional, su esposo fue designado subsecretario de Relaciones Exteriores; luego, en julio de ese año, Carlos Pereyra fue nombrado ministro de México en Bélgica y Holanda con residencia en Bruselas, a donde se trasladaron el 31 de julio, acompañados por su madre, su sobrino Miguel y Jovita, una empleada doméstica de la familia. Más tarde, en octubre del mismo año, murió su madre, doña Dolores.

En agosto de 1914, Carranza triunfó y eso significó una derrota también para Carlos Pereyra, quien cierra la embajada porque pierde la comunicación

con México, entrega las llaves y se traslada a Suiza, el lugar más seguro, pues era el país neutral tras el estallido de la Primera Guerra Mundial. Poco después, el matrimonio consiguió moverse a España, donde fueron bien recibidos; incluso, Rufino Blanco Fombona les abrió las puertas de su editorial América para sus publicaciones literarias y para encomendarle traducciones de libros franceses a María Enriqueta.

De hecho, la mayor parte de los textos de María Enriqueta se produjeron durante su estadía en Madrid, porque antes de establecerse allí, casi sólo escribía poesía que enviaba con cierta regularidad a revistas mexicanas. Ya en terreno español comenzó su producción en 1918, con la publicación de su primera novela infantil-juvenil *Mirlitón, el compañero de Juan*. Luego, en 1919, se publicó su segunda novela, *Jirón de mundo*, en la editorial América, seguida por una selección de veintiséis poemas publicados por Porrúa en su colección Parnaso de México; estos últimos acompañados por una pequeña biografía de la autora y por cuatro poemas de las poetas Severa Arostegui, Laura Méndez de Cuenca, Josefa Murillo y Sor Juana Inés de la Cruz.

En 1921 se publicó su primer libro de cuentos, *Sorpresas de la vida*, bajo el sello de la Biblioteca Nueva de Barcelona, que debido a su éxito fue reeditado en 1924 por Casa Virtus en Buenos Aires. En 1922 se publicó su tercera novela, *El secreto*, por la editorial América, así como la publicación de su poemario *Rincones románticos*, por la editorial Juan Pueyo. Al año siguiente no se publicó ninguna obra

de María Enriqueta, sólo elogios hacia su narrativa, tanto en España como en Argentina; este año también perdió a su hermano Leopoldo, que murió luego de padecer una enfermedad que lo volvió totalmente dependiente en sus últimos días de vida.

En 1924 publicó un libro dedicado a todos los niños de México, titulado *Entre el polvo de un castillo*, bajo el sello de la Casa Virtus de Buenos Aires. En esta publicación se refleja que en verdad nunca olvidó su tierra natal. Así lo llegó a expresar en distintas declaraciones, como la que hizo para la revista *Biblos*:

En España he tenido suerte para que guste lo que sale de mi pluma. La prensa me hace el favor de elogiarme con el mismo cariño con que lo hacen en mi país. Aquí en Madrid estoy contenta. Se vive intensamente la vida intelectual. Pero mi patria no ha dejado de ser la reina de mi corazón.⁶

Unos años más tarde, luego de conseguir un buen ahorro por sus creaciones literarias, el matrimonio consiguió hacer realidad el sueño de tener su propia casa, y en 1935 se mudaron a ella en la colonia La Prosperidad en Madrid. De hecho, su casa estaba ubicada en medio de un jardín llamado Villa de las Acacias, un lugar donde se reunían los mexicanos exiliados en España.

⁶ Hernández, 2009, pp. 94-95.

El año de 1926 fue muy movido, en el que Espasa Calpe le propuso editar toda su producción literaria para la Colección Contemporánea, así como su distribución en países hispanohablantes. Asimismo, en enero de ese año, María Enriqueta viajó a Portugal, donde tuvo negociaciones con la editorial portuguesa más importante: la Empresa Literaria Fluminense. De esto surgió un contrato para editar y traducir toda su obra en un especial llamado *Colecção María Enriqueta*; sin embargo, al final sólo se publicaron tres: *El secreto*, *Entre el polvo de un castillo* y *Cuentecillos de cristal*. Durante ese año, *El secreto* fue seleccionado para representar la literatura femenina de Hispanoamérica en la colección francesa *Le Cahiers Féminins*, encargada de difundir la literatura de mujeres, y su traducción estuvo a cargo de Agathe, hija de Paul Valéry.

Al año siguiente, en 1927, María Enriqueta ingresó como miembro correspondiente a la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz, y su libro *Lo irremediable* (novelas) se publicó en la colección Contemporánea de Espasa Calpe. Un año más tarde apareció, tanto en español como en portugués, su segundo libro de cuentos para niños: *Cuentecillos de cristal*, y en 1929 apareció *El arca de colores* en Espasa Calpe y una edición ilustrada de su primera novela: *Mirlitón*, traducida al francés. En 1930, Espasa Calpe le publicó *Brujas, Lisboa, Madrid*, mientras su obra *El secreto* fue traducida al italiano. Asimismo, María Enriqueta ingresó como

miembro correspondiente al Instituto Histórico de Miño de Portugal.

En 1931, la autora publicó un libro de memorias titulado *Del tapiz de mi vida*, para luego volver a publicar hasta 1933 *Fantasia y realidad*, una recopilación de artículos y poemas que anteriormente habían aparecido en la prensa. En ese mismo año también fue nombrada miembro de la Poetry Society de Nueva York. Dos años más tarde se publicó *Poemas del campo*, su última publicación en España, en parte debido a que, en 1936, como vimos, estalló la Guerra Civil Española, que rompió con la tranquilidad del matrimonio e impulsó su deseo por volver a México. El 30 de junio de 1942, su esposo, Carlos Pereyra, muere en tierras españolas.

Luego de su última pérdida, María Enriqueta decidió, definitivamente, volver a México, pero tuvo que esperar cinco años para lograrlo, dado que deseaba volver con los restos de su esposo, y fue hasta 1947 cuando sus restos fueron exhumados. Se recuperó la comunicación con México, que había quedado casi inexistente desde que Pereyra cerró la embajada luego del triunfo de Carranza en México y del estallido de la Primera Guerra Mundial en Europa. Así, en 1948, fue muy bien recibida en el puerto de Veracruz, estado donde se le regaló una casa, ubicada en Coatepec, su ciudad natal, pues se creía que le gustaría regresar a ella; sin embargo, ella decidió instalarse en la colonia Santa María de la Ciudad de México, donde también había vivido antes. Ya ins-

talada, y todavía presente en los medios de comunicación y en el mundo cultural, se le encargó el sexto volumen de *Rosas de la infancia*, que aún se usaban como libros de lectura en la educación básica.

Al regresar a México consiguió, también, convertirse en maestra, uno de sus sueños, pero no sucedió tal y como ella deseaba, pues más que maestra de música fue maestra de lectura. En 1950 se imprimió en el país su obra *Hojas dispersas*, mientras que por algunos años más continuó escribiendo, sobre todo para la prensa, colaborando con periódicos como *La Prensa* de San Antonio, Texas, y *La Opinión* de Los Ángeles, California. Asimismo, en 1956, con el fin de rendirle homenaje, se le dedicó el programa “Ésta es su vida” en el auditorio de Televisión.

Finalmente, el 13 de febrero de 1968, María Enriqueta murió en la Ciudad de México, a la edad de 96 años, luego de una vida dedicada a la producción literaria, con participación en lo musical y con un sinfín de experiencias vividas en los distintos lugares resididos. Sus restos reposan en el Panteón Municipal de Coatepec, Veracruz.

OBRA GENERAL

María Enriqueta desempeñó su labor creativa en una vasta producción que involucró tanto la pintura como la música y la literatura, siendo esta última la más destacada y completa, en la que produjo poe-

sía, novela, cuentos y notas periodísticas, así como traducciones del francés al español. En su escritura parecía revelar aquellas cosas que la caracterizaron a ella como persona, tales como su educación moralizante y conservadora o como su infancia en un ambiente bucólico; y aunque muchos de sus críticos y de sus contemporáneos la describían como anacrónica dado su estilo más particular, apegado en cuanto a la forma y el contenido al romanticismo, un tanto irrelevantes para la época en que escribía, sus textos siempre fueron bien esperados y bien recibidos, no sólo por la crítica sino también por su público lector.

Así, desde la publicación de su primer poemario, *Rumores de mi huerto* (1908) (considerado así porque, aunque antes publicó *Las consecuencias de un sueño*, éste fue más bien un poema largo que después incorporó al libro *Poemas del campo*, bajo el título “Rosalía”), se le reconoció y aplaudió el hecho de que encarnara muy bien el modelo de escritura femenina, pues como menciona Esther Hernández Palacios (2009), ella seguía los modelos destinados para la expresión de las mujeres y, además, lo hacía de una manera muy buena. De esta forma, muchos de sus contemporáneos hablaron de ella, destacando su calidad como mujer discreta y decente, antes que de su obra, acentuando comentarios sobre su estilo sencillo, su sinceridad e incluso su “femineidad”, tal como afirmó, sobre ella, Ramón López Velarde:

Yo honro, especialmente, dos cosas en María Enriqueta: su propiedad de mujer y su verdad de artista... ¿Su verdad de artista? Es la verdad de un buen gusto ingénito... Yo diría que su principal atributo es la naturalidad. Nada, dirán algunos. Casi todo, decimos otros. Todo, diré yo, aquilatando el caso singular: una mujer sin ripios y, más aún, que continúa mujer.⁷

Se veía en su producción una escritura de mujer para mujeres, lo cual era bien visto por los hombres intelectuales, pues para esa época se consideraba impropio que una mujer usara el mismo estilo y tratara los mismos temas que ellos; asimismo, se vio con buenos ojos el que fuese tan didáctica en sus textos, porque el enseñar y el instruir seguía siendo una de las labores que la sociedad destinaba a las mujeres.

María Enriqueta marcó, entonces, un estilo característico en su obra, que en su poesía mostró preferencia por los versos cortos, casi siempre por los heptasílabos, versos de siete sílabas, y los octosílabos, versos de ocho sílabas; en casos más particulares, llegó a usar el endecasílabo, versos de once sílabas, para hablar de temas más profundos, como si la decisión de qué tan extensos debían ser sus versos dependiera del tema que trataba en ellos. Asimismo, como explica María Rosa Fiscal en su texto

⁷ López Velarde, cit. en Hernández, 2009, pp. 91-92.

“Reencuentro con María Enriqueta”, en el género poético, María Enriqueta fue siempre una seguidora de la poesía romántica tradicional y, por tanto, nunca buscó rimas novedosas ni efectos sonoros originales, como lo hacían los poetas que escribían en ese momento.

En el caso de la prosa, María Enriqueta configuró textos que resultaban didácticos y melodramáticos, así como éticos y elegantes, sin perder de vista la calidad literaria; se encargó de desarrollar temas relacionados con la nostalgia, la soledad, la tristeza, lo pasajero que es todo en la vida y sobre la resignación de las cosas que suceden o que son de una manera determinada. Para la autora, la literatura debía ser un medio para instruir, y a través de ella contar cosas que contribuyeran para un cambio positivo del mundo. Así, en su narrativa se encargó de configurar personajes dotados de un alma con los que se pudiera empatizar, así como personajes bondadosos que siempre se esforzaban por merecer las cosas virtuosas de la vida y por mantener un bien actuar.

En sus primeras narraciones presentó espacios de naturaleza bucólica, casi tan idílica como la que ella misma vivió en su infancia, donde destaca igualmente la importancia del mundo vegetal y animal. Este aspecto, de hecho, la mantenía cercana al romanticismo, pues los espacios abiertos en que llegaba a situar sus narraciones siempre estaban en relación paralela con los sentimientos de los personajes.

La autora, desde entonces, comenzaba a definir el campo como el espacio ideal para el desarrollo positivo de los seres humanos, mientras la ciudad era menos propicia, a menos que se situara en espacios concretos como las bibliotecas, las iglesias, los museos o las universidades, todos lugares donde fuese posible aprender y desarrollar el espíritu.

De este modo, podemos destacar otra de las características narrativas de María Enriqueta: su preferencia por la descripción de aspectos interiores y espirituales de los personajes por sobre los aspectos físicos, ya que para ella el género narrativo era más que un género de entretenimiento, para ella, cada texto encerraba “una enseñanza que sirviera al lector de ejemplo moral, de guía en un mundo que [...] era siempre un camino doloroso e imprevisible”⁸. Para ella importaba más ser bondadoso, decente, resignado, pero resistente ante el dolor o las adversidades, trabajador y honrado; incluso el amor, ante sus ojos, debía ser un amor ideal, puro, conector de almas no de cuerpos. En general, la obra de María Enriqueta siempre fue sentimentalista, entendiendo por esto todo lo relacionado con los sentimientos y las emociones, y es por ello que el dolor, la melancolía y la tristeza siempre fueron permanentes en su obra; asimismo, la resignación fue una constante para sus personajes, que resultaban siempre capaces

⁸ Soltero, 2002, p. 65.

de aceptar aquello que les fue dispuesto por la vida e, incluso, por Dios, sin cambiar por ello su calidad humana (ideales bajo los que fue educada ella misma).

María Enriqueta también fue conocida por el planteamiento de motivos constantes en su obra, tales como el paso del tiempo, los fracasos amorosos, la presencia de la muerte o las pérdidas, todos muy reiterativos y relacionados justo con su empeño por crear una literatura que instruyera y que mostrara personajes evolutivos, en los que había un crecimiento espiritual sobre todo. Sus personajes, además de benignos y sentimentalistas, siempre fueron contruidos como caballeros nobles y distinguidos, o como mujeres respetuosas, cristianas y bondadosas, heroínas que representaban el papel de mujeres virtuosas de la época; y en ambos casos fueron, en su mayoría, personajes de la clase media alta. Sin embargo, también construyó personajes femeninos que representaron a la *femme fatale*, es decir, mujeres para nada virtuosas y con las que a veces parecía oponerse a esa educación que ella misma había recibido para ser siempre una mujer de bien, no admitiendo puntos medios en la imagen de la mujer, como lo expresa María Rosa Fiscal en su citado texto.

Por otra parte, le interesaba el sueño y su función liberadora, construyendo escenarios en los que sus personajes veían situaciones o cosas dentro de un sueño, y esto generaba un cambio en ellos. La interioridad también fue otro de sus intereses, sobre todo en cuanto al fluir de conciencia de los per-

sonajes, relacionada con una de sus características literarias sobre el adentrarse en la psique de sus personajes. Al aspecto de la innovación, puede añadirse su polimorfismo genérico, es decir, la aparición de géneros literarios como las cartas, monólogos o artículos dentro de sus narraciones, con el fin de comunicar ciertas cosas, sobre todo el sentir y el pensar de los personajes. Por último, destaca en innovación por la función especial que le daba a ciertos objetos, esto sin darles vida o hacerlos fantásticos, sino en cuanto a convertirlos en una extensión (sentimental) de los propios personajes.

En cuanto al lenguaje, María Enriqueta poseía uno bastante fluido y abundante, aunque en general presentaba cierta preferencia por los modismos españoles, dado que se inclinaba por usar la segunda persona del plural (vosotros) que de a poco ya desaparecía en México; lo mismo sucede con las costumbres en las que habla de indumentaria no propia de la mexicana o con la recuperación de modismos también impropios de los mexicanos. De hecho, México casi desapareció de su obra, y tal como lo criticaba Carlos González Peña, se trata de obra mayormente escrita en el extranjero, siempre con un marcado tinte personal, pero sin un tinte precisamente patrio; aunque tampoco puede negarse que existe un par de textos donde hay ciertos atisbos de cercanía con su país natal, como “Patria”, donde dos de sus personajes discuten sobre la belleza de los bosques tanto de Chapultepec como de Bolonia. Sin embargo, estas

menciones no iban más allá de lo superficial, pues ella nunca pareció interesarse por la situación política de México ni por la Revolución y la realidad violenta y de hambre que se vivía con ésta.

OBRA PARTICULAR

Lo irremediable (novelas) es un libro publicado en 1927 por Espasa Calpe en Madrid. En él se reúnen diecinueve relatos representativos sobre una de las concepciones básicas de la vida que planteaba María Enriqueta: el destino como elemento divino que rige los sucesos por los que el ser humano atraviesa durante su existencia. Así, estas narraciones presentan historias en las que sus personajes protagonizan situaciones que, como el título del libro lo indica, son o parecieran ser irremediables.

Este libro es uno donde se presenta el género mejor logrado y más trabajado por la autora: el cuento, sin embargo, también es un género con el que se produjo cierta confusión para su clasificación, pues algunos de sus títulos de cuentos llevan añadida la palabra *novela(s)*, como es el caso del presentado en esta edición: *Lo irremediable* (novelas). Así, algunos estudiosos de la obra de María Enriqueta han dejado en ambigüedad la explicación sobre por qué pasa esto, en parte también porque en la época en que María Enriqueta escribía cuento, éste ya estaba consolidado del todo como una for-

ma narrativa, y tal vez por ello otros estudiosos de la escritora, como Evangelina Soltero Sánchez, destacan el hecho de que la misma María Enriqueta denomina como *cuento* los textos escritos para niños, y *novela* los que escribe para un público más adulto. Pareciera, entonces, que se trata de una regla propia de la autora, quien consideraba “que no podía denominar de la misma manera un texto dirigido a un lector infantil que aquel concebido y redactado para un lector adulto”,⁹ puesto que en casi todos los casos en que esta denominación genérica se presenta en el título es fácil saber que se trata de cuentos y no de novelas.

En esta obra, el destino no es personificado como en algunas otras de la autora, sino que se presenta en la vida de todos sus personajes, capaces de asumir los cambios inesperados de la vida como algo propio de ella, es decir, son personajes resignados, tristes y melancólicos, pero también resistentes, y es por ello que logran mantener un buen comportamiento con tal de evitar una fortuna más adversa. De hecho, aquí María Enriqueta continúa su constante de crear personajes que muestren su alma y su sentir siempre de una manera completa y clara, lo que desemboca en otra característica de su narrativa: las batallas entre la voluntad y la resignación, es decir, entre el saber resistir las cosas que la vida pre-

⁹ Soltero, 2002, p. 213.

para para uno, pero sin ir a contracorriente, porque justo eso es lo que uno debe vivir.

Hay que recordar que las obras de María Enriqueta siempre estuvieron marcadas por este distintivo sentimentalismo, entendido como cualquier cosa relacionada con los sentimientos, que permitía conocerlos, sobre todo por sus características espirituales y actitudinales, como sucede en esta obra. Además, justo por ello, las esperanzas frustradas, los fracasos amorosos, la pérdida o lejanía con los seres queridos, se convierten en motivos con los que es fácil empatizar y entender a los personajes. Asimismo, se trata de relatos que muestran distintas caras del dolor, otra constante en la narrativa de la autora, que a veces es asumido y sereno como en “Lo irremediable”, mientras otras veces es sorprendente e inquietante como en “La lotería de la tía Clemencia”, o bien, puede estar a medio camino entre ambas situaciones anteriores como en “Primera pena de amor”.

Por último, cabe resaltar el uso de un lenguaje fluido y sencillo, en el que se recuperan algunos modismos castellanos en particular, y donde se mantiene también ese rasgo de preferencia por el uso de la segunda persona del plural (vosotros) poco utilizada en México. Además, en estos relatos también resalta la importancia que tenía la vida vegetal y animal para María Enriqueta, así como el espacio campestre siempre idílico y preferente, al igual que “En el jardín de Valentina”, donde se describe como un espacio precioso y propio, casi extensivo, de la protagonista.

Finalmente, este libro fue muy bien recibido por los lectores y la crítica de entonces. De hecho, obtuvo comentarios muy elogiosos que destacaron el mensaje que ella buscaba ofrecer: la felicidad no debe buscarse en esta vida porque, en realidad, está más allá (pensamiento relacionado con la educación católica de la autora); también se destacó la capacidad de presentar historias melancólicas que permiten identificar lo positivo en las adversidades de la vida; o bien, se aplaudió la bien lograda construcción del dolor que trae consigo todo aquello que es irremediable, de lo perdido o de lo que ya fue.

REFERENCIAS

- ÁVILA, Felipe (2021). “La revolución democrática y popular”. En *Historia del pueblo mexicano* (pp. 156-176). México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INERHM).
- CASANOVA, Julián y Carlos Gil Andrés (2009). *Historia de España en el siglo xx*. México: Grupo Planeta
- BARAJAS DURÁN, Rafael (2021). “La segunda independencia de México. En *Historia del pueblo mexicano* (pp. 95-110). México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INERHM).

- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos (2012). *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Porrúa (Colección Sepan Cuantos).
- HERNÁNDEZ PALACIOS, Esther (coord.) (2009). “María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereya”. En *Creadores veracruzanos: diez semblanzas* (pp. 94-95). México: Universidad Veracruzana.
- JORGE, David (2021). “Presencia de la España del siglo xx”. *Historia Mexicana*, vol. 71, núm. 1, pp. 543-556. Recuperado el 10 de marzo de 2023, de https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2448-65312021000300543&lng=es&nrm=iso.
- DELGADO, Edma (s/a). “Siglo XIX”. *Acceso*. The University of Kansas. Recuperado el 10 de marzo de 2023, de <https://acceso.ku.edu/unidad4/sucesos/sigloxix.shtml>.
- ROSA FISCAL, María (1997). “Reencuentro con María Enriqueta”. En *Las voces olvidadas: antología crítica de narradores mexicanos nacidas en el siglo XIX* (pp. 181-199). México: El Colegio de México.
- SILES SALINAS, Jorge, (2005). “Las ideas y la cultura durante el siglo XX en Europa y América”. *Revista Ciencia y Cultura*, núm. 17, pp. 39-47. Recuperado el 10 de marzo de 2023, de http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2077-33232005000200007.
- SOLTERO SÁNCHEZ, Evangelina (2002). *María Enriqueta Camarillo: la obra narrativa de una mexicana en Madrid*. España: Universidad Complutense de Madrid.
- STONE, Norman (1985). *La Europa transformada (1878-1919)*. España: Siglo XXI Editores.
- UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO (UNAM) (2021). “Línea del tiempo”. *El Museo de las Constituciones*. Recuperado el 10 de marzo de 2023, de <https://museodelasconstituciones.unam.mx/linea-del-tiempo-2/>.
- VALERA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín (2006). “El Estado en la España del siglo XX (concepto y estructura)”. *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, núm. 131, pp. 23-52. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1971175>.

LO IRREMEDIABLE

(novelas)



OCTAVIO Y SU SECRETO¹

— **U**sted, que tuvo y tiene tantos adoradores –dijo la hermosa coqueta dirigiéndose a la dama que paseaba a lo largo de la terraza del hotel, mientras la orquesta desgranaba en el salón sus más insinuantes notas–, usted podría escribir o contar muchas cosas interesantes sobre el amor y los enamorados.

—Es verdad –respondió la bella señora–. Yo, que he llegado al otoño de la vida, y que no me he casado, podría, si tuviera facultades, escribir un libro más grueso que un diccionario, al cual pondría por título: Mis pretendientes y el amor.

—Su compañera de viaje, la rubia que viene con usted –dijo la coqueta, abanicándose estruendosamente–, me ha referido lo bastante para compren-

¹ Publicado por primera vez con el título “El misterio de Octavio”, en *El Universal Ilustrado*, núm. 246, el 19 de enero de 1922. Posteriormente, apareció como “Octavio y su secreto” en *Lo irremediable (novelas)*, publicada en 1927 por Espasa Calpe en Madrid.

der que las conquistas de usted se pueden contar por centenares. ¡Qué cosas tan interesantes podría usted decir!...

—Ciertamente –volvió a responder la hermosa dama, lanzando un suspiro y dirigiendo los ojos hacia el confín del mar, donde una vela se anegaba en la pálida luz de la tarde—. Los nombres de los que me amaron o pretendieron amarme comienzan con todas las letras del alfabeto. Trabajo me daría reconstruir la lista... ¡Y con qué pasión, con qué vehemencia me dijeron que me adoraban! ¡Y cuánto empeño pusieron en demostrármelo!... Recuerdo a Manuel Robledal, que se batió por mí dos veces; a Rafael Ruiz, que se hizo tatuar mi nombre en la mano derecha; a Juan Mir, que me salvó la vida, poniéndose frente a frente de los caballos desbocados de mi berlina;² a Diego Ferrara, que me seguía por todas partes como un paje devoto, bien dispuesto a levantar del suelo cuanto se me cayera de las manos... Aun me parece ver a Luis Montero, quien por espacio de tres años envió diariamente un ramo de flores para mi comedor: “Ese ramo –decía a la doncella–, debe presentarse en la mesa bien temprano; quiero que la primera ofrenda de la mañana sea la mía; espero que mi constancia y las flores ablandarán su corazón...” Y como yo no podía engañar a ese hombre, le decía

² Es un tipo de carruaje de dos o más departamentos separados, de los cuales alguno contaba con una fila de asientos para los pasajeros.

la verdad, haciéndole saber cuán inútil era tan amable regalo. Valentín Ariza, calavera³ de profesión antes de conocerme, prometió la enmienda por tal de alcanzar mi amor, y en un tris⁴ estuvo que no se metiera monje (al menos así lo decían sus hermanas, quienes me llamaban *la santa del milagro*⁵). Y no hablo de Felipe Vega, que me amenazó con quitarse la vida si daba yo oídos a las declaraciones de mi primo Armando; ni de Pascual, ni de Alberto, ni de tantos otros que me escribieron cartas ardientes, capaces de quemar la misma lumbre.

...¡Cuántos se acercaron a mí en el paseo, en el teatro, en el salón de baile, para decirme que me amaban! ¡Y de cuán distintos modos me lo confesaron!... Ángel Rosas, poeta afamado, me lo hizo saber en un soneto que después le valió la flor natural en los Juegos Florales.⁶ Leonardo Valle, a quien le daba por lo caballeresco, me lo dijo casi de rodillas, con la mano sobre el corazón; Adolfo, que era valiente, me lo declaró mirándome al rostro; Julio, que era tímido, me lo confesó sin verme. Otros, encontrando

³ Expresión usada para referirse a alguien que es irresponsable, disfruta de la fiesta y del alcohol, y que malgasta lo que tiene.

⁴ Se refiere a un pequeño lapso de tiempo.

⁵ Expresión que destaca la capacidad de alguien para hacer que pase algo que parecía imposible.

⁶ Certamen de poesía en el que los participantes deben presentar un poema nunca antes mostrado, donde se otorga un premio, llamado *Flor natural*, al mejor poema de amor.

impotente la voz, me lo revelaron en largas cartas escritas sobre papel de lino y aderezadas con bella literatura. Mi primo Armando me dijo simplemente: “He descubierto que te amo; si Felipe Vega insiste en hacerte la corte, su rostro llevará de por vida la señal de mis puños...” Y repetiré, para concluir, lo que Roberto del Val me dijo una vez: “He perdido el sueño y la paz, porque amo a usted intensamente”; y después de esta confesión, me relató cómo contaba las horas una tras otra, y cómo poco a poco había ido perdiendo la calma y la alegría, que antes eran sus compañeras inseparables. Había llegado a la completa insensibilidad para todo lo que no se relacionara conmigo. Nada le interesaba en este mundo. Si los cridados hubiesen llegado a darle parte de que sus propiedades estaban envueltas en llamas, se habría quedado bien tranquilo... (yo lo creo así, porque los ricos no saben imaginar el drama de la pobreza). En cambio, cuando supo que la neumonía clavaba en mí sus garras, estuvo a punto de volverse loco; entraba y salía de su casa sin saber adónde iba ni qué deseaba, con el cerebro completamente trastornado, “porque me amaba locamente, avasalladoramente...”; y me relataba estas cosas en un arranque pasional que parecería subirle del corazón. Todos me lo confesaban con la pastosa y caliente voz que se emplea para decir lo que sale del fondo del alma. Yo conocía muy bien el timbre de aquellas voces; todas tenían la misma entonación apasionada, impetuosa, vibrante... Pues bien, señora –dijo la dama después de una

pausa, inclinando la cabeza y examinando el abanico de seda que tenía en las manos–, escuche usted: la impresión única y real que tuve del amor no fue revelada por ninguna de esas voces. El sólo hombre a quien amé, el único en cuya pasión creí, jamás habló conmigo de amor, ni menos me dijo que me amaba...

La dama fijó su mirada tranquila en los relampagueantes y atónitos ojos de la hermosa coqueta que la escuchaba, y luego, contemplando a lo lejos aquella vela que iba ya perdiéndose en el horizonte, añadió:

—¿Drama? ¿Comedia? ¿Novela?... ¿Qué voy a referir?... ¿Fue prólogo lo anterior, y ahora entra de lleno la obra? No –dijo con firmeza, mientras leía en los ojos de su oyente mil preguntas apremiantes–. No hay intriga, no hay novela, no hay nada; simplemente lo dicho: que aquel hombre que no me habló de amor fue el que más me quiso y el único a quien amé.

—Pero, veamos –dijo la coqueta interrumpiendo–. Esto es más complicado de lo que parece. Ese hecho de amar a usted y de no decírselo plantea un problema que solicita explicaciones... Hay allí base para una novela,... y hasta para un drama... Todo depende del desenlace...

—Y, sin embargo –insistió la dama–, yo no podría escribir sobre eso ni una línea más allá de lo expuesto: me amaba, no me lo dijo, y le amé... Eso es todo.

La orquesta seguía desgranando en el salón sus vales lentos, y la brisa tibia y vagabunda arrastraba esas notas y bajaba con ellas a los jardines, para deshojar las rosas y las lilas. Una bandada de palomas blancas volaba hacia el mar atraída por aquel inmenso espacio color de plata que se abría como una promesa... La tarde se diluía suavemente en pálidas tintas y en rumores vagos.

—Cuántas tardes como ésta —dijo la hermosa narradora, comenzando a desenredar el ovillo de sus recuerdos— le vieron a mi lado, leyendo en alta voz algún delicioso libro. ¡Le escucho todavía! —agregó, dirigiendo los ojos hacia el horizonte, como si quisiera encontrar en él su pasado—. Aun veo aquel rostro, siempre meditativo. Si Octavio Mark ha muerto —dijo después de una pausa y con voz grave—, su espíritu debe de flotar en el ambiente sentimental de esta incomparable tarde, única en belleza después que él partió para siempre.

La coqueta inclinó la frente en silencio, contagiada quizá por la pena que había en la voz de la narradora, y la terraza se llenó con los mil rumores vagos que subían de los jardines, de los valles, del mar.

—El espíritu de Octavio —dijo misteriosamente la dama— era como esta bella tarde. Su rostro y su corazón tenían las suavidades de este cielo, sus ojos tenían esta luz... ¿Ha muerto, y por eso hablo en pasado? —agregó—. ¿No ha muerto?... Y yo, ¿cómo podría responder, si nada sé?... Acaso vive en una gran ciudad; acaso está enterrado en un pequeño camposanto.

¿Qué puedo yo decir, si después que partió no supe más de él?... Recuerdo que en las fiestas se acercaba a mí por un momento, me dirigía algunas palabras, casi sin verme, y luego se retiraba a un extremo del salón; y después, cuántas veces dirigía yo los ojos hacia allá, encontraba los suyos, que no se apartaban de mí. Esto, que es tan sencillo, me impresionaba de un modo especial. Podía verme de cerca, y prefería verme de lejos... ¿Por qué?... Cuando me visitaba, su conversación no era expansiva. Si no tenía empeño en hablar conmigo, ¿por qué me buscaba con frecuencia? Y si me buscaba, ¿por qué hablaba tan poco? ¡Hay tanto que decir cuando se tienen los mismos gustos! ¡Y los nuestros eran tan semejantes!... Pero no; Octavio tomaba la palabra para referirme con voz tranquila este o aquel suceso sin importancia, y de pronto fijaba los ojos en algún rincón o en el suelo y callaba. El silencio reinaba entonces, un silencio misterioso, profundo; y en medio de él escuchábamos los ruidos más leves: el aleteo de una mosca que se defendía de la araña, el tic-tac de nuestros relojes, el estremecimiento de un mueble cuya madera se abría, el canto de algún insecto que se arrastraba por la alfombra, debajo del diván, y, sobre todo, el latido de nuestros corazones. En esos momentos Octavio palidecía intensamente, y a mí debía de pasarme otro tanto. ¿Quién habría podido entonces ser el primero en romper aquel silencio? “Debo callar —pensaba yo—; quizá en este instante una confesión de amor va por fin a brotar de sus labios...”, pero no. Octavio continuaba mudo, inmóvil, con

los ojos bajos, reducido a su mínima expresión en la gran butaca de felpa, con los dedos entrelazados en un movimiento nervioso. Quizá sufría; porque en su rostro había como una contracción de dolor. Y yo, a mi vez, sufría también; me faltaba la respiración, me zumbaban los oídos, el corazón y los pulsos me latían fuertemente... ¿Quién hubiera podido negarlo? El amor estaba allí entre los dos, nos envolvía, nos ataba... y nosotros lo palpábamos: se levantaba de la alfombra, venía de las vitrinas, de las paredes, de aquel crepitar de la madera, del canto de aquel insecto que se arrastraba perezosamente bajo el diván. No cabía duda alguna. El amor estaba entre nosotros. Era imposible pretender ignorarlo. Nos gritaba al oído que éramos presa suya, que era nuestro dueño absoluto... Casi perdida la noción de las cosas, me entregaba del todo a aquella sensación, que era a la vez padecimiento y ventura, sufrimiento y gozo. De pronto, el criado entraba en el salón para anunciar que la mesa estaba servida. Octavio y yo nos poníamos en pie, temblorosos, y con pasos indecisos nos encaminábamos al comedor. Una vez allí, apenas probábamos lo que se nos ponía delante. Breves palabras, pronunciadas solamente para engañar al testigo que nos servía, cruzábamos de tiempo en tiempo; hasta que volvíamos al salón, donde Octavio, momentos después y repentinamente, como si tratara de ponerse a salvo de algún peligro, se levantaba del sillón y se despedía. Su mano, más fría que el granizo, se apoyaba levemente en la

mía. Al estrecharla, sentía yo como si tuviera entre mis dedos un ave yerta...⁷ luego, sin verme el rostro, sin decir palabra, Octavio salía del salón. Cuando ya no escuchaba yo sus pasos en el recibimiento, iba yo hacia el diván y dejaba caer la cabeza entre las manos. Algunas lágrimas subían a mis ojos, y la sonrisa vagaba en mis labios. Dolor y gozo: eso era Octavio para mí. Él era mi vida y mi muerte. Le amaba yo, él me amaba, y no me lo decía... ¿Por qué? ¿Era orgulloso, y no quería el dominio de una mujer? ¿Era tímido, y no se atrevía a confesarme su amor? ¿Era altivo, y esquivaba un rechazo? ¿Era pobre, y rehusaba ofrecerme una posición humilde?... Misterio eterno que no descifré jamás. Sólo puedo contar lo que a la vista estuvo: que así, entre aquellas visitas y aquellos silencios, mi vida se deslizó por larguísimo tiempo, hasta que una tarde, Octavio, con su voz velada, con su actitud triste y su palabra breve, llegó a casa para decirme que por el vapor del siguiente día partía para Egipto. Estaba pálido como un muerto, y en su rostro la contracción de dolor era más visible que nunca. Yo, al oír aquella noticia, que me hería en mitad del corazón, sentí que iba a caer al suelo, más la dignidad y el orgullo me sostuvieron. Pude vencerme, y después de serenar la voz, le pregunté simplemente: “¿Volverá usted pronto?” “No

⁷ Rigidez que presenta un cuerpo cuando siente demasiado frío o cuando ha muerto.

lo sé de fijo –me respondió–. Espero que sí...” “Y... ¿escribirá usted?” –agregué con acento velado–. “¡Sí, sí! –me contestó en un ímpetu–. Escribiré”. Después de estas breves palabras, más breves que un suspiro, se levantó, indicándome que se retiraba. Me alcé a mi vez del asiento, y con una sonrisa que debía ser una mueca dolorosa, me apresté a ofrecerle la mano. Él la estrechó levemente, como siempre, inclinó la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Yo le veía avanzar delante de mí, sin saber si aquello era una pesadilla o el principio de un acceso de locura. Quise gritarle: “¡Octavio, Octavio, me muero!...” Pero la voz no subió a mi garganta. Y él debía de sentir los mismos impulsos que yo, porque al llegar a la puerta volvió el rostro, me vio dolorosamente y movió los labios, como si fuese a decir alguna cosa... Yo, con ansiedad inmensa, alcé los brazos para recibir aquellas palabras, pero la voz se apagó, y las palabras no salieron de su boca... Entonces mis brazos cayeron de nuevo en actitud de resignada renuncia, y Octavio Mark salvó para siempre aquella puerta... Éste es el fin de la historia, porque después... sus cartas no llegaron jamás, y de él supe y sé tanto como de ese sol que no está ya en el cielo...

La dama, apoyándose en la balaustrada,⁸ inclinó la cabeza y se llevó el pañuelo a los ojos; y la hermosa coqueta, que la había escuchado atentamente,

⁸ Columna, o conjunto de columnas, que conforman las barandillas de una escalera, balcón, corredor, azotea, etcétera.

se acercó en silencio, le estrechó la mano y luego, iniciando la despedida, le dijo con solemne tono y con voz insegura:

—Octavio Mark... que ya no está en el mundo... era mi marido... Tuvo usted razón en amarle: fue un hidalgo caballero.⁹

Washington

⁹ Se refiere a una persona poseedora de actitud noble o generosa.

— **E**s hora ya de marcharme —dijo Felipe a su mujer, levantándose perezosamente del diván—.

Pero ella le detuvo, como siempre, exclamando con mimo:

—¡Tan pronto! Quisiera yo quemar esa oficina sin corazón, que te arranca de mis brazos.

Mas como el reloj marcara precisamente las tres de la tarde, Felipe, después de abrazar tiernamente a su mujer, se dirigió al estudio, descolgó el sombrero, tomó el bastón y salió del cuarto.

Berta, como todos los días, le acompañó hasta la escalera. Reclinada en la barandilla, le vio bajar lentamente, mientras él volvía de tiempo en tiempo la cabeza para recibir, gozoso, los besos que su mujer le mandaba con la punta de los dedos. Y cuando Felipe desapareció por fin, Berta volvió a cruzar el pasillo y entró en su alcoba. Una vez sola en ella, aguzó el oído para ver si aún se escuchaban los pasos de su marido; pero no, ya éstos irían midiendo la calle. Entonces, lanzando un gran suspiro que parecía de

satisfacción, corrió hacia la cómoda, sacó un paquetillo y comenzó a desatarlo.

Maligna sonrisa le pintaba el rostro. Solamente los muebles del cuarto conocían esa risa extraña. Ningunos ojos habían dado con ella; pero era la que Berta empleaba cada vez que se quedaba sola, mientras desenvolvía con cuidado aquel paquete de cartas.

Ese paquete cambiaba frecuentemente de sitio. Unas veces estaba arriba, tras de la cornisa del armario; otras, abajo, en el fondo de un mueble antiguo, que sólo prestaba servicios de ornato.¹ A menudo era la misma Berta quien guardaba aquellas cartas, apretadas contra su corazón. Las palabras parecían palpitar, como pájaros... Berta creía sentir que sacudían sus alas sobre ella, meciéndola, embriagándola en sus halagos venenosos. La impresión era tan fuerte a veces, que el temor de traicionarse la recorría violentamente. ¿Saldría a su rostro la verdad? ¿Sus miradas no irían a venderla en uno de esos momentos de peligrosa fascinación? Con cautela dirigía los ojos hacia todos lados para ver si algún testigo acababa de sorprenderla en sus gestos reveladores... Daban miedo entonces aquellos ojos sombríos, relampagueantes, duros, como los de un ladrón que, cogido en el delito, prepara el arma para matar al primero que se le acerque... Pero vuelta a la realidad, convencida de que ningún testigo estaba observan-

¹ Sinónimo de *adornar*.

do, cejaba² en sus rebeldías, deponía³ las armas invisibles que había levantado, y abría francamente su puerta a la sonrisa. No, no había que temer, aquello era insospechable; y era Felipe quien menos podría adivinarlo.

El engaño llevaba ya muchos meses. Para arrostrarlo,⁴ Berta contaba con su sangre fría, con su astucia, con su disimulo... Además, ella se asentaba en sus propias teorías. Era de los que no esperaban de Dios ni el bien ni el mal, ni el premio ni el castigo. “Salvo la enfermedad y la muerte –se decía–, que pertenecen a la naturaleza, bienes y males parten de los hombres; así, cuidándose de ellos...”

Y se cuidaba en todo momento, obrando con gran previsión.

Por eso no se entregaba a la lectura de aquellas cartas, sino en su alcoba –situada cerca de la escalera–, cuando estaba ya segura de que Felipe se había marchado, y atento el oído para atisbar los pasos que podían subir.

Así, cautelosamente, como un ratón que devora en silencio el manjar vedado,⁵ Berta releía lo que ya se sabía de memoria, pero cuyo fuerte sabor parecía no gastarse nunca.

² Hace referencia al acto de ceder frente a algo.

³ Acción de dejar algo.

⁴ Atreverse, resistir o hacer frente a alguien más o a algún peligro.

⁵ Se refiere a algo que es prohibido por una ley.

Esa tarde, sin embargo, las cartas presentábansele frías, casi sin sentido, inconexas. ¿Era que no las estaba delectando con la misma atención de siempre? En efecto, advirtió que había pasado por alto algunos párrafos. Quiso releerlos, pero algo que no pudo explicarse de momento le quitó la intención. Colocó las cartas en el diván y pretendió acomodarse mejor en él; mas el cambio de postura no le trajo ningún bienestar, muy al contrario, una desazón indefinible la obligó a levantarse y a dar algunos pasos por la alcoba. Sintió, de pronto, que se ahogaba; al mismo tiempo, las paredes y el techo del cuarto comenzaron a girar con loca rapidez sobre su cabeza. Comprendió que estaba a punto de perder el sentido, e instintivamente, en un arranque automático, tomó las cartas, las dobló, las ató fuertemente, y como en ese mismo instante el ruido de unos pasos precipitados que subían por la escalera llegara distintamente a sus oídos, Berta, sin pensarlo casi, empujada solo por una fuerza irresistible, avanzó como pudo hasta la ventana, abierta sobre el huerto, y después de atisbar la soledad en que este se hundía, hizo un esfuerzo heroico, y arrojó el paquete hacia la noria, que estaba en el centro del jardín, sombreada por los álamos.

Luego, sólo tuvo tiempo de dar algunos pasos, llegar hasta el diván, y caer en él, sintiendo que se ahogaba. En ese mismo instante, Felipe, que volvía por su cartera, olvidada al salir, entró precipitadamente en la alcoba.

—¡Me muero! —exclamó Berta al verle— ¡Me muero!

En efecto, la palidez alarmante que pintaba su rostro no parecía decir otra cosa.

Felipe, desconcertado, sin saber qué hacer, arrojó el sombrero y el bastón sobre el lecho, y se precipitó hacia Berta, exclamando con angustia:

—Pero, ¿qué es lo que sientes? ¡Explica, por favor!

—Me falta el aire... ¡Me muero, me muero! —repitió su mujer, resumiendo en este grito cuanto la torturaba—.

Felipe dirigió los ojos en su rededor, buscando un medicamento de aplicación inmediata, pero en el tocador de Berta sólo había lociones de belleza, frascos de perfumes, jabones, polvos de arroz.

—¡Oxígeno, oxígeno! —pensó Felipe—.

Y poniéndose en pie, acomodó a su mujer entre los cojines del diván, y corrió hacia la campanilla para llamar. Siglos le pareció que tardaban en acudir; pero, por fin, la doncella se presentó en la alcoba.

—Corra usted —le dijo Felipe—. De la farmacia más próxima... una bolsa de oxígeno. Y un médico —añadió con violencia—. ¡Un médico a toda prisa! Corra usted...

La doncella huyó por la puerta, al mismo tiempo que por ella entraba, jubiloso, dando saltos, *Leal*, el perro de Felipe.

Directamente, sin detenerse ante su amo, *Leal* corrió hacia el diván para depositar en el regazo de Berta un paquete que llevaba apretado entre los dientes.

—¿Qué es esto? —dijo Felipe tomando aquel paquete y examinándolo con precipitación—. Parecen cartas. Se te habrán caído al jardín —añadió, dirigiéndose a su mujer—, pero ve que *Leal* te las trae.

Las manos de Berta, crispadas, amenazadoras, vengativas, arrancaron brutalmente aquel paquete de las manos de Felipe, y éste, puesto al instante en guardia por la actitud ofensiva de su mujer, le arrebató la presa con energía.

Entonces ocurrió una escena indescriptible. Berta, bamboleante,⁶ lívida, feroz, se irguió como pudo, y poniéndose en pie, trató de perseguir a su marido para arrancarle de nuevo aquellos pliegos peligrosos; pero falta de fuerzas, agonizante, cayó de nuevo sobre el diván, en tanto que Felipe, al otro extremo de la estancia, rompía de un tirón el bramante⁷ del paquete, y fijaba sus ojos inquisidores sobre aquellas cartas que, roto el hilo que las ataba, se esparcieron por el suelo, mostrando claramente la traición...

Y fue así como Berta, antes de emprender el viaje fatal, asistió al desenlace del drama; mientras el perro, que parecía el representante de una alta

⁶ Caminar torpe, cuando una persona se tambalea de un lado a otro, como falta de equilibrio.

⁷ Hilo o cordón resistente, que puede ser muy grueso o muy delgado, hecho a base de una planta.

misión, se mantenía hierático,⁸ en silencio, como si quisiera demostrar que el mal, el bien, la justicia y el castigo no parten solamente de los hombres.

Madrid

⁸ Postura con la que se demuestra o se refleja importancia, logro, algo digno de una celebración.

EL TESORO DE IRENE

Siempre, al volver de un viaje, nos encontramos con cambios.

Por eso no me extrañó que, al regreso del mío, Irene me dijese, tan pronto como entré a visitarla:

—Te hago saber que al fin tengo ya lo que tanto deseabas para mí.

—¿Qué es ello?

—Un novio.

—¿Es posible? —exclamé.

—Sí... No estoy ya sola en este mundo. Hay otra alma que va conmigo.

Y una gran suavidad pareció iluminar su rostro, tan inexpresivo siempre, de líneas inarmónicas, de tez un tanto cobriza y áspera.

—No sabes —le respondí— cuánto me alegra esta noticia.

—Lo sé de sobra —me dijo Irene, conmovida—. Por eso, después de mi abrazo de saludo, es lo primero que he querido referirte.

Hubo una corta pausa en que la luz misteriosa de felicidad volvió a transformar el rostro de mi amiga.

—Pero cuéntame —le dije—, cuéntame cómo ha sido el principio de esta bella historia. Me interesa tanto saberlo todo.

Irene, sonriendo con dulzura, tomó entre sus dedos el largo collar de perlas que le adornaba la garganta, y entrecerrando los ojos, como quien reconstruye con las manos un recuerdo tangible, me dijo:

—Fue en el tren, volviendo también de un viaje. Mi tocaya Irene me había invitado para que la acompañase al veraneo, y habíamos estado un mes en la palaya, de donde regresábamos ya con los primeros soplos de septiembre. Eran las siete de la mañana. Acabábamos de instalarnos en los asientos, cuando entró al compartimiento que ocupábamos un joven moreno, de ojos grises, profundamente interesante. Colocó sus maletas en las redes, y tras de arreglar los paquetes y el gabán que llevaba consigo, se acomodó a nuestro lado. Momentos después, el tren partía, y minutos más tarde la conversación entre el viajero y nosotras quedaba anudada. Él, Irene y yo éramos los únicos que ocupábamos aquel compartimiento; pudimos, pues, conversar libremente, exponiendo ideas y juicios que, por rara coincidencia, estaban en perfecto acuerdo con los de nuestro compañero de viaje. Fue aquella conversación un verdadero banquete espiritual. Nos arrebatábamos los conceptos; idénticas palabras salían a veces de nuestros labios. Los mismos gustos, el mismo temperamento, las mismas excentricidades... No volvíamos de nuestro asombro. Las horas corrían sin darnos cuenta. Pero

de pronto, cuando estaba ya el sol vertical, el viajero, al oír que el silbato de la máquina anunciaba el arribo a cierta estación, se puso en pie de un salto y dándose una palmada en la frente, exclamó con premura: “A punto he estado de seguir a lo largo, sin ver que es aquí el final de mi viaje...”. Con tristeza, pero con solicitud, le ayudamos a recoger sus paquetes y maletas; y cuando ya estuvo todo reunido sobre el asiento, el joven, sacando violentamente de su cartera dos tarjetas, nos las estregó, diciendo: “Para que no se olviden de su compañero de viaje, que es ya su amigo”. Y en seguida, aprestando la pluma: “Ruego a ustedes, nos dijo, que me den sus nombres; quiero conservarlos siempre en mi recuerdo”. “Nuestro nombre es *Irene*, le dijimos a un tiempo, aunque el apellido es bien distinto”. Apuntó lo que le dictamos, añadiendo la ciudad y las señas de nuestras casas. Y minutos después nos estrechaba efusivamente las manos y salía del compartimiento, llevando su equipaje. Te confieso que cuando le vi cruzar el andén y alejarse a lo largo de él, sentí que una garra me estrujaba sin piedad el corazón... Tanto fue así, que al llamarnos a comer, y después, por la noche, a cenar, casi nada probé. Mi garganta se rebelaba a tragar. Y cuando al dar las once de la noche llegamos por fin, la ciudad me pareció un desierto... Pero no, no tengo el derecho de quejarme, porque días después... Verás...

Mi amiga se puso en pie, corrió hacia su alcoba, y volviendo en seguida con un cofrecillo de nogal, me dijo:

—Voy a enseñarte mi tesoro.

Y sacó de allí un montón de cartas, que esparció sobre el diván:

—Ya comprendes –añadió mi amiga–. Es la historia de siempre. No pretendo que leas estos papeles... Todas las cartas de amor dicen lo mismo, aunque suenen diferente a los oídos interesados...

Sonrió, como para mecer su idilio,¹ y luego añadió:

—Seis meses cuenta ya mi dicha... Creo que él me quiere de veras...

—¿Y su nombre? –le pregunté.

—Rafael... Rafael Dorantes.

Los labios de mi amiga, prestigiados por el nombre amado, se extendieron, sonrientes, dibujando una línea bellísima –que no tenían–. Y luego agregaron en éxtasis:

—Ha resuelto venir bien pronto... Piensa hacerme una visita.

Como si estas palabras hubieran sido la única señal que se esperaba para que la visita prometida tomase cuerpo, el criado asomó la cabeza por la puerta, anunciando con voz muy clara:

—Don Rafael Dorantes.

Un grito ahogado de mi amiga fue la respuesta a ese nombre; y en seguida, el dueño de él se presentó en la puerta, pidiendo nuestra venia² para entrar.

¹ Relación sentimental con felicidad.

² Permiso que se pide para llevar a cabo una acción.

Irene salió a su encuentro. El visitante era un joven alto, distinguido, amable. Sus ojos, grises, alargados, de mirada profunda, tenían singular atractivo.

Hubo las presentaciones del caso, y cuando ya cada uno de nosotros se acomodó en la butaca elegida, Rafael Dorantes dijo a mi amiga, con asombro de las dos:

—No esperaba tener el gusto de ver a usted también. Cierto que me pensaba ir a visitarla a su casa, pero crea que me complace verdaderamente encontrarla aquí.

Mi amiga y yo cruzamos una mirada de sorpresa.

—No comprendo lo que dice usted –se aventuró a exclamar Irene.

Tocó su vez a Rafael Dorantes para vernos a las dos con asombro.

—Digo –repetió dirigiéndose a mi amiga–, que pensaba yo ir también a la casa de usted para visitarla, pero me alegro mucho de encontrarla aquí.

—Ésta es mi casa –afirmó la dueña de ella, con gran desconcierto.

—Pero, entonces –dijo Rafael, titubeando–, ¿ya no vive aquí la señorita Irene Díaz?

—Yo soy Irene Díaz.

—¿Usted... Irene Díaz? ¿Cuál es el nombre, entonces, de la rubia que viajaba con usted cuando yo conocí a las dos?

—Irene Soler.

El visitante, desconcertado por completo, atónito, clavó los ojos en el vacío, mientras el rostro se le encendía vivamente. En sus miradas leíamos con gran claridad cuanto estaba hilvanando. ¿Con que todas aquellas cartas que él había concebido para Irene Soler, la rubia, habían sido escritas y enviadas a Irene Díaz, la morena?... ¡Qué cosas fragua el destino!

En el salón hubo un silencio expectante. Parecía que estábamos tomándole el pulso a la vida. Se le oía latir...

—Comprendo todo —dijo de pronto mi amiga, dejando escapar un suspiro irreprimible—. Todo lo comprendo ya... Pero no se apene usted... ¿Quién podrá tener la culpa de esto?... Nadie.

Los ojos de Irene, clavados en el muro, me trajeron la visión del que se queda en la playa mirando alejarse el barco donde va cuanto tenía...

Rafael Dorantes, confuso, desconcertado, se había cubierto el rostro con las manos.

El silencio volvió a reinar. Eran los puntos suspensivos del drama...

Pero como se hacía preciso poner el punto final, Irene se levantó, y yendo hacia el diván donde estaban aún esparcidas las cartas de Rafael, comenzó a recogerlas una a una. Cuando ya estuvieron en orden, colocadas todas cuidadosamente en el cofre de nogal, mi amiga cerró con llave la tapa de éste, y luego, blandamente, como quien toma y transporta una reliquia, fue a depositar el arca en manos de Rafael.

—Creí que el tesoro era mío. Lo vuelvo a usted, religiosamente...

La voz de mi amiga temblaba.

Quiso el visitante excusarse, explicar, decir alguna cosa; pero Irene, formulando un saludo cortés, se dirigió sin vacilar hacia el fondo del salón, y desapareció tras el cortinaje.

Entonces Rafael Dorantes, avergonzado ante mis ojos, confundido, alterado, sin saber lo que hacía, se puso en pie violentamente, y sin soltar el cofre que aún tenía en las manos, huyó por la puerta, con todo el aspecto del ladrón que acaba de cometer un hurto.

Madrid

Como la máquina se detenía por algunos minutos en Pinares,¹ quise aprovechar esos momentos para ir a abrazar a mis amigos Lulú y Sebastián, quienes cumplían dos años de casados y vivían muy cerca de la estación.

Rápidamente descendí de mi compartimiento y corrí hacia la casa. Desde que llegué a la esquina, divisé las ventanas... ¡Qué sorpresa iba a tener Lulú! Ya oía su vocecilla argentina celebrando mi llegada, y ya veía a mi amiga poniendo en movimiento la casa entera... Saltaría de alegría como un perrillo contento, y me daría más besos que gotas tienen los aguaceros de octubre.

¿Habría dejado Lulú de ser tan niña? Y Sebastián, el doctor don Sebastián, ¿no sería ya tan serio, tan ceremoniosos, tan austero?... Cuando era novio de Lulú, le decíamos *el viejo*, porque aun no

¹ Municipio de España, perteneciente a la comunidad de Castilla y León.

siéndolo en verdad, tenía un aire tan grave, era tan ajeno a la risa y a la charla...

Aquel matrimonio había parecido a todos un absurdo. Ella, la novia, menudita y delicada como la flor de arrayán;² ligera de movimientos como un gorrión; con el cerebro no más grande que el de un pájaro mosca;³ tan parlanchina como un arroyo; más alegre que la primavera; con un par de ojos grises, lindísimos, que se abrían de asombro ante todas las cosas serias de la vida; y con dos filas de diente-cillos finos, brillantes, que se hundían con placer en la espuma blanca de los merengues, o mordían almendras y piñones. Ésa era Lulú.

¿Y Sebastián, el doctor don Sebastián?...

Parecía el antípoda⁴ de su mujer. Alto, grave, severo, con los ojos negros, melancólicos, con una barba muy bien cortada, que terminaba en punta; callado, continuamente inclinado sobre los libros, preocupado de los problemas científicos, enfermo y debilitado por el estudio, poco afecto a la música, reposado, huraño y enemigo a muerte del ruido. Ése era Sebastián.

² Se trata de una flor aislada, pequeña y solitaria, que crece en un arbusto de dos a tres metros de altura, con ramas flexibles y hojas duras, verdes y pequeñas.

³ Es una forma distinta de llamar al colibrí, un ave de plumaje colorido y brillante que suele absorber con suavidad el néctar de las flores.

⁴ Hace referencia a alguien que es totalmente opuesto al otro.

¿Cómo habían podido unirse estas dos personas? Nadie se lo explicaba. Pero el hecho era que Lulú y el doctor se habían casado hacía dos años, y que habitaban, en Pinares, aquella linda casita de ladrillo, en la cual había yo pasado una temporada hacía seis meses, acompañando a mis amigos.

Durante mi estancia en su casa, frente a frente de la pareja y en intimidad con ella, pude apreciar la distancia que mediaba entre esas dos personas. A la memoria me venían sus disgustillos, mientras cruzaba yo la calle. ¿Quién tenía la razón en ellos? Sebastián, siempre Sebastián. Pero Lulú... ¡era tan bonita! ¡Era tan zalamera!⁵ Ved cómo era Lulú:

—¡Rosa! –gritaba de pronto a la doncella—. Abre la ventana, que nos ahogamos de calor.

Rosa cumplía la orden, y Sebastián, que estaba hundido en un sillón, combatiendo con antipirina⁶ un principio de resfrío, al sentir la brusca oleada del viento que entraba como un loco agitando biombos y cortinillas, se levantaba del asiento y se despedía son discreción.

—¿Te vas? –le decía Lulú, mirándole con ojos tristes y asombrados...

Sebastián echaba mano de una excusa cualquiera, y salía de la habitación.

⁵ Zalamera: demasiado afectuosa o empalagosa.

⁶ Medicamento que se emplea como analgésico y para bajar la fiebre.

—Es el viento —explicaba yo a Lulú—. ¿No ves que Sebastián está enfermo?

Lulú, que era más buena que una cigarra, corría en seguimiento de su marido y le traía casi arrastrando, hasta colocarlo de nuevo en el sillón.

—¡A cerrar, a cerrar! —repetía con mimo. Y arrodillándose delante de Sebastián, comenzaba a recitar aquella letanía de amor que yo sabía ya de memoria:

¿Quién tiene los ojos más bellos del mundo?
¿Quién tiene la frente más blanca? ¿Quién tiene los
cabellos más negros? ¿A quién quieren con toda el
alma? ¿A quién van a poner en un trono? ¿A quién?...

Entre tanto, el viento había tirado el biombo, estrujaba en la pared los tapicillos japoneses, desgarraba las cortinas, volcaba el florero, derramando el agua en la alfombra y arrebatando las rosas hacia el corredor... Aquello era un huracán deshecho. Sebastián, como un mártir, escuchaba las letanías de su mujer cubriéndose el rostro con el pañuelo. Y Lulú, sin darse cuenta de nada, seguía en su charla amorosa:

—¿A quién quieren? ¿A quién adoran? ¿A quién...?

¡Era demasiado! El doctor tenía que interrumpirla para rogarle por amor de Dios que cerrase aquellas ventanas, porque el frío se le metía hasta los huesos.

Entonces Lulú, ofendida en sus tiernas expansiones, juzgándose despreciada en su amor, dejaba

caer la cabeza entre las manos y soltaba el río de sus lágrimas...

¡Adiós ventanas y adiós viento! Ni siquiera volvería a acordarse de ellos... Ya podían tirar la casa tranquilamente, que nadie se lo impediría.

Rosa, que había oído el llanto de la señora, venía corriendo a ver qué le pasaba. Lulú casi se desmayaba en sus brazos, y Sebastián, medio loco, ganaba la primera puerta y se marchaba a la biblioteca.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —decíale a Rosa Lulú—. ¡Se va, se va! —y redoblaba su llanto—.

¡Qué cosas tenía mi amiga! Pero... había que perdonarla como a los niños; no sabía lo que hacía. Y además, ¡era tan buena! ¡Tenía un corazón tan sensible! ¡Tenía un rostro tan bello!... Había que perdonarle eso, y todo. ¿Quién iba a oponerle resistencia? Nadie. ¡Pobrecilla Lulú! No tenía la culpa de ser un gorrioncillo, un colibrí de alas doradas...

¡Cómo había de decir *blanco* cuando Sebastián decía *blanco*, y cómo había de decir *negro* cuando él decía *negro*! Era imposible. Pero, ¿quién hubiera encontrado valor suficiente para hacerle ver que lo blanco era blanco y lo negro, negro, teniendo como tenía Lulú aquellos ojazos grises tan humildes, tan asombrados, tan hermosos?... Milagro que no dijésemos todos con ella que el día era la sombra y que la noche era la luz...

Sebastián tenía que perdonarla; Sebastián tenía, además, que adorarla. Aquella cigarrita inquieta era irresistible.

El doctor bajaba la cabeza ante todas esas cosas de Lulú. ¡Qué iba a hacer!... Pero, ¡ay!, había una de ellas que no podía conformarle. Esta cosa, también muy mona y graciosísima, era *Bibí*, el canario de Lulú, un animalito alegre y contento de la vida, que cantaba de la mañana a la noche con una fuerza de pulmones increíble en un pajarillo de ese tamaño. *Bibí* era el favorito de Lulú desde el noviazgo de ella con Sebastián; y al casarse, era natural que el animalito siguiera a su dueña hasta la nueva casa. *Bibí* fue colocado en el salón, bellamente encarcelado en jaula de oro. Allí, encantado del panorama que vislumbraba por la ventana abierta, se dio a gorjear sus mejores arias,⁷ dejando asombrados a los vecinos, que se asomaban continuamente para escuchar tan delicadas melodías.

—*Bibí* canta demasiado –decía Sebastián–. No puedo trabajar con reposo; sus gorjeos⁸ me divagan...

Pero Lulú corría hacia su marido para taparle la boca con una manecita suave.

—¡Schut! –le decía–. ¡Cuidado con hablar mal de mi consentido! Él te quiere tanto como yo. Te conoce, te espera, anuncia tu llegada con un trino especial para que yo salga a recibirte... ¡Cuidado con una ingratitud!

⁷ Composición cantada por una sola persona o, en este caso, por una sola ave.

⁸ Canto característico de los pájaros.

Y *Bibí* seguía como un rey en su jaula dorada, presidiendo el salón, tomando parte activa en todas las conversaciones.

Días después, Sebastián volvía a insinuar su disgusto por el canario:

—*Bibí* no descansa, y yo tengo el cerebro fatigado de oírlo a todas horas... Dale vacaciones; déjalo que vaya en viaje de recreo a visitar a tus hermanas... Ellas lo querían muchísimo... Después volverá...

Lulú, a la sola idea de separarse de aquel animalito tan bueno y tan querido, sentía un nudo en la garganta, y las lágrimas empañaban sus ojos.

—¡*Bibí!* ¡*Mi Bibí!*

No podía más; se tapaba el rostro con las manos, y se soltaba llorando como una niña de escuela.

—¿Qué hacer? –pensaba Sebastián–. Quizá esperar mejor ocasión –se respondía.

Y esperaba pacientemente. Pero la ocasión no llegaba. Ésta no llegaría nunca, porque Lulú era fiel a sus cariños, a sus caprichos de niña, a todo.

—*Bibí* me molesta –decía ya francamente Sebastián–. Es un pajarito insoportable. No me deja trabajar, no me deja pensar. Me está royendo el cerebro...

Lulú, no encontrando ya palabras nuevas con que hacer una buena defensa de su favorito, y sintiendo que los viejos argumentos estaban ya desvenecados e inútiles, bajaba los ojos, callaba y se acurrucaba en el sillón como un gatillo tímido...

Sebastián alzaba los ojos y la veía en aquella postura, humilde, afligida, demandando gracia... ¿No era una cobardía insistir?

La fuerza de Lulú estaba en esa debilidad. El doctor, desarmado, casi con remordimiento, corría hacia ella, la levantaba en brazos como a una criatura, y la besaba tiernamente, exclamando:

—Eres una gatita mañosa... un pedacito de dulce...

Yo les veía desde el diván, y pensaba que el doctor tenía razón: Lulú era irresistible; era un bombón rosado, un copo de seda.

Bibí, desde su jaula, celebraba el triunfo de la debilidad sobre la fuerza, soltando al aire un trino sostenido en octava sobreguda⁹ que nos dejaba a todos sordos por un buen rato, pero que era celebrado estrepitosamente por Lulú, quien batía palmas desde los brazos de Sebastián.

Los días pasaban y *Bibí* parecía adelantar más cada vez. Ya era un profesor en toda regla. El doctor escuchaba esos progresos con verdadero terror. Si aquello seguía, *Bibí* se llevaría el premio de resistencia, y a él tendrían que llevarle a la casa de locos...

Yo sufría y compadecía en silencio al pobre Sebastián. ¡Que martirio! Para él, que era enemigo de los ruidos, aquello debía de ser un suplicio atroz. Intenté algo en favor suyo, pero a las primeras pa-

⁹ Serie compuesta por siete sonidos, en la que se repite la primera, dando un total de ocho sonidos, que además es el más penetrante.

labras Lulú se echó en mis brazos, exclamando con profunda aflicción:

—¿Tú también?

Me acordé de César, diciendo con voz dolorosa al hombre pérfido que le amenaza puñal en mano:¹⁰

—¿Tú también, Bruto?

Juzgué que mi crimen era más grave que el de aquel ingrato, y, arrepentida, retiré mis palabras, abracé a Lulú y dejé que *Bibí* se moviera en su jaula como quisiese.

Pero Sebastián debía de sufrir demasiado con aquella libertad concebida al pajarillo, porque, pasados unos días, dijo en tono destemplado:

—Hasta cuando duermo, oigo el canto de ese horrible animal... Algo daría yo porque se lo robaran... o porque el mejor día reventara de un atracón...

La voz de Sebastián era dura, cortante. Comprendí que la tempestad iba ya a estallar con toda fuerza, y por discreción, me retiré a mi alcoba. Desde ella oí con tristeza que la discusión seguía y se acaloraba.

—¡Qué desgracia! —pensé—. ¡Y todo por un animalejo! ¡Qué ironía!

La reyerta¹¹ se prolongó hasta muy tarde. Al día siguiente vi a Lulú con los bellos ojos enrojecidos,

¹⁰ Expresión usada para referir el uso de cierta información para amenazar o atacar a alguien.

¹¹ Pelea o contienda.

y a Sebastián más pálido que de costumbre. En la mesa no se habló. El doctor, terminando el almuerzo, se marchó a la biblioteca, y Lulú pasó la tarde con el pañuelo sobre el rostro...

La fecha de mi partida estaba fijada para el día que siguió a estos tristes sucesos. Yo tenía ya lista la maleta. Llegado el momento, me despedí de Rosa y de *Bibí* (no quise herir a mi amiga saliendo de la casa sin decir adiós al canario), y, acompañada de Sebastián y de Lulú, me dirigí a la estación, a esa misma estación donde bajaba nuevamente para ir a abrazar a mis amigos. Mientras cruzaba de prisa la calle, recordaba muy bien la actitud de ellos en aquella tarde: sombríos, con los ojos bajos, en completo mutismo...

No queriendo aquella vez llevar en mi alma el triste recuerdo de su disgusto, rogué a Sebastián, antes de partir, que tendiera la mano a Lulú; pero Sebastián, firme en su resolución, se negó a ello. Comprendí lo que había dentro de él: creía llegado el momento de imponer su voluntad –cosa que hacía buena falta en aquella casa–, y para bien de él y de Lulú, se mantenía firme. Un poco más de sacrificio, y la plaza quedaría ganada; aquel era el momento decisivo: no había que flaquear. Sebastián, como siempre, tenía razón. Insistí, sin embargo, en que hiciera las paces con Lulú, pero se mantuvo sereno y no atendió a mi súplica. En ese momento el tren partió, y tuve que marcharme llevando en los ojos una triste escena: Lulú, de vuelta hacia su casa, puesto el pañuelo en el rostro, y Sebastián, severo, midiendo a largos pa-

sos la acera, indiferente y algo apartado de su mujer. ¡Ellos, que siempre iban del brazo!...

Al bajar, pues, de nuevo en la estación de Pinares, vino a mi memoria ese recuerdo. Era triste, ciertamente, pero estaba segura de que el sacrificio de Sebastián en aquella ocasión habría ya dado benéficos frutos.

De mis amigos nada sabía. El doctor no tenía carácter para cartearse con las gentes; y aquella cigarrera de Lulú no habría podido pasar las horas muertas delante de un escritorio. Yo tampoco les había anunciado mi visita; así, pues, todos nos sorprenderíamos de vernos.

Apresuré la marcha, llegué a la casa y llamé a la puerta. Desde luego el canto de *Bibí* ya no se oía a través de las ventanas: ¿se habría hecho el milagro?...

Volví a llamar con premura, y Rosa abrió la puerta.

—Querida Rosa –le dije, entrando precipitadamente–, di a Lulú que aquí estoy; avísale en el acto, porque tengo que marcharme a las volandas...¹²

Rosa, con gran clama, se detuvo y me dijo:

—¿La señorita Lulú? Hoy hace un mes que la enterramos...

Sentí un golpe en el corazón y me llevé la mano hacia él. ¿Era posible semejante cosa?... ¿Lulú, muer-

¹² Expresión coloquial usada para señalar que algo se hizo o se hará muy rápido.

ta?... ¿Lulú, enterrada?... Aquello no podía ser, aquello era una mentira... Alcé mis ojos para escrudifiñar los de Rosa, y los encontré empañados por las lágrimas... Lloraba... ¿qué mejor prueba?... Me senté en una silla y dejé que mis lágrimas corrieran a su antojo... ¿Conque era cierto? ¿Conque la muerte no había respetado aquella inofensiva florecilla de arrayán, aquel gorrioncillo?... ¡Qué cobardía!... Imaginaba yo a Lulú en su caja, con las manecitas cruzadas y los grandes ojos humildes ya cerrados para siempre... ¡Con qué asombro habrían visto aquellos ojos que la Parca¹³ se acercaba!... Era horrible, horrible... No se podía pensar esto...

—¿Pero Sebastián?... ¿Sebastián? —pregunté con angustia.

—Arriba... en su biblioteca —me respondió Rosa entre sollozos.

Abajo, el salón parecía una tumba. Las ventanas, cerradas; los floreros, sin flores; el ajuar,¹⁴ enfundado...

De pronto me acordé del canario de Lulú.

—¿Y *Bibí*? —pregunté casi con miedo.

—¿*Bibí*? —me dijo Rosa—. Después que enteraron a mi señorita, don Sebastián mandó que el canario fuese llevado a... la biblioteca; y allí está

desde entonces... No quiere apartarse de él; dice que teniéndolo cerca le parece que está allí la señora... Si usted sube, podrá ver al doctor, sentado en su mesa de trabajo, con el canario cerca de él. Le habla como si fuera una persona... como si fuera la señorita Lulú... Suba usted, suba usted... —repetía Rosa con insistencia, enjugándose los ojos.

—No, no —le respondí—. No tengo valor para ver a Sebastián. Le dirás que he estado aquí, que he llorado por Lulú, que le acompaño en su pena... Adiós, adiós...

La abracé precipitadamente, dirigí una postrera mirada a aquel salón oscuro, y gané la puerta.

Y mientras corría yo hacia el tren, pensé dolorosamente en el doctor, solo en la biblioteca, sentado ante el escritorio, dirigiendo la palabra al canario...

Sebastián, seguramente por respeto a las voluntades de su adorada muerta, no había querido apartarse de *Bibí*; mas era quizá también porque, ausente Lulú, ese frágil pajarillo la sustituía...

Washington

¹³ Forma diferente de llamar a la muerte.

¹⁴ Pertenencias de una misma persona, sobre todo en cuanto a ropa y objetos personales.

SOLEDAD Y LOS GITANOS

Vicente, hijo del ventero, y Soledad, su novia, se detuvieron en la carretera para cortar algunas margaritas silvestres.

Caía el sol, convirtiendo el polvo del camino en dorada y fantástica niebla. Los árboles alargaban sobre la carretera sus ramazones enrojecidas por el otoño, y el viento callaba. Una suave paz se extendía por todas partes.

—Es tiempo ya de volver al pueblo —dijo Soledad—. La noche viene... ¡Qué pronto ha pasado tan hermosa tarde! No me atrevo ni a preguntar a las margaritas si me quieres, por temor a una respuesta inesperada que nuble tanta dicha...

En ese momento se oyeron a lo lejos los golpes de un pandero y de un tambor.

—Son los gitanos que se acercan —dijo Vicente—. Es a ellos a quienes puedes preguntar si mi cariño es cierto. Las margaritas engañan a veces; pero los gitanos, nunca. Cuando yo les diga, señalándote: “Hay que adivinar al punto si quiero a esta mujer”,

todos responderán con una sola voz: “¡La adoras!”
¡Corramos, pues, para darles encuentro!...

—No, no –dijo Soledad, interrumpiendo el ímpetu de Vicente—. Jamás he preguntado nada, ni he de preguntarlo, a los gitanos, porque no soy tan necia para creer en ellos. Si me dicen que me quieres, me dejarán tan fría como el hielo; y fría quedaré si se empeñan en probarme que me engañas. Conque así... ya lo ves: inútil será que les hagas preguntas, porque yo no he de creer en sus respuestas.

—Nada importa –dijo Vicente, apresurando más y más la marcha para ir al encuentro de los bohemios—. Déjame el gusto de oírles asegurar con firme tono que te quiero hasta morir...

—¿Pero no te digo ya que no he de creer jamás en sus vaticinios? –repitió Soledad, caminando con lentitud al lado de su novio.

—Ya creerás, ya creerás en ellos cuando te aseguren que a nadie quise ni querré como a ti.

—Pues mira, tan poca fe tengo yo en los gitanos, que si dicen que me llamo Soledad... vacilaré. No te empeñes, ¡te lo ruego!...

Pero Vicente, sonriendo, avanzaba cada vez más presuroso, esperando de momento en momento ver aparecer la caravana en el recodo de la carretera.

Ya sus panderos y cantos se oían distintamente:

Venimos del principio
e iremos hasta el fin;

cruzamos las veredas
diciendo un *no* y un *sí*.

Al concluir este verso, una visión de colorines¹ pintó de pronto el término del camino: era la turba alegre de los gitanos, que parecía en escena.

—Ya están ahí –dijo Vicente—. No podrás escapar.

—Nada les preguntaré –respondió Soledad con tono resuelto—. Pero si tú deseas que te digan tu suerte... yo no me opongo.

La caravana avanzaba con estrépito. En un momento, hombres y mujeres estuvieron delante de los novios.

—¿Se halla muy distante el pueblo? –preguntaron.

—No –dijo Vicente—. Media hora escasa bastará para llegar a él.

—¿Y habrá alguna venta a la entrada? –inquirieron con ansiedad varias voces.

—Precisamente la venta de mi padre está al principio de la aldea. No hay sino buscarla después de la primera calle, a mano izquierda. El letrero la indica. Se llama *Venta del Zorro*. Pero antes de seguir adelante –añadió Vicente–, quiero saber la suerte que me espera. He aquí mi mano.

¹ Espacio lleno de colores vivos y brillantes, es decir, un montón de colores que resaltan sobre lo demás cuando se ve hacia determinado lugar.

—Soy yo quien va a predecírtela –dijo una gitana, saliendo del grupo—. Sé ya muy bien lo que te aguarda. Vas a oírlo.

Vicente le había tendido la mano, y la gitana estudiaba con detenimiento la forma y las líneas que la surcaban.

—Sorprendido quedarás de mis vaticinios..., pero se cumplirán rigurosamente.

El hijo del ventero sonreía, tarareando al mismo tiempo la canción de los bohemios:

Venimos del principio
e iremos hasta el fin;
cruzamos las veredas
diciendo un *no* y un *sí*.

—Vamos a ver qué es lo que me toca. Espero que no ha de ser un *no*, porque tengo en plan muchos proyectos hermosos que deseo realizar cuanto antes.

Soledad, guardando un silencio completo, esperaba con ansia que aquellos pronósticos terminasen, para continuar el camino y llegar prontamente a la aldea.

—Estás creyendo que amas a una rubia –dijo la gitana, mirando con malicia a la rubia Soledad–; pero te equivocas: bien pronto, quizá esta misma tarde, una morena, cuyas pupilas son grandes y ne-

gras, hará de ti cuanto le venga a las mientes...²

La gitana, que tenía por ojos dos abismos de sombra y de luz, clavó la mirada en Vicente, y éste sintió que su corazón campaneaba acelerado, desfalleciendo a la vez, lo mismo que si el mozo acabara de cruzar un largo camino en carrera precipitada.

—Tus viejos amores –siguió diciendo la bohemia– quedarán a un lado; y los nuevos despertarán en ti sentimientos y sabores deleitables que desconoces aún...

A Vicente le pareció que aquella mujer acababa de poner en sus labios una rosa de otros climas, una manzana sazónada en jardines desconocidos, la miel de un panal labrado por abejas de selección, en el fondo de un bosque misterioso...

El hijo del ventero, mientras la gitana le retenía la mano, examinaba con asombro la belleza ostentosa de aquella mujer. Sus trenzas, negras, enroscadas sobre las orejas, y adornadas de claveles rojos, parecían serpientes en fiesta. Los collares se colgaban a su cuello con abrazo irrompible, como víboras dispuestas a matar, antes que ser arrancadas del sitio en que se enrollaban. Los pendientes de amatistas parecían clavados a su carne. Cintas, hebillas y lazos se prendían en ella fuertemente, desafiando los recios vientos de los caminos... Cuanto se acercaba a

² Expresión en desuso que se usaba para hacer referencia a un pensamiento o a algo que se le ocurría a una persona.

esa mujer, se agarraba con fuerza a su cuerpo, como las raíces a la tierra.

Vicente, en un vértigo, sintió también que él mismo era ya como una de las sortijas falsas que se adherían a los dedos de aquella aventurera... Nada podría en adelante separarle de ella. Un olvido total en cuanto había y se movía en su rededor le cerró los ojos en un momento, y sólo tuvo vista para contemplar una perspectiva perfectamente limitada –como la que delinea la luz de una locomotora que en plena sombra marcha a gran velocidad–, en la cual iban dos personas solamente: él y aquella gitana que le retenía la mano...

Por eso cuando ella le dijo: “Nos veremos en la venta de tu padre”, Vicente asintió con la cabeza y con la palabra, como si esto fuera ya una cosa convenida de antemano. Aquello parecía un sortilegio. Había bastado una mirada para dar nuevo rumbo a las intenciones: éstas eran ya como hojas desprendidas que se lleva el viento...

La caravana emprendió la marcha, y el hijo del ventero quedó, vacilante, en mitad de la carretera, con los ojos fijos en aquella figura de colores que volvía de tiempo en tiempo la cabeza, dejando pintada en el ambiente una sonrisa llena de seducciones y promesas, con la que parecía iluminarlo todo.

Cuando el grupo se empequeñeció a lo lejos y desapareció por fin, Vicente recuperó sus facultades. Instintivamente buscó a Soledad, pero ésta no se encontraba ya por ninguna parte. ¿Cómo era posible

que hubiese partido sin que él se diera cuenta de ello?... Esto hablaba más que todo. Así debía de ser la locura: como un viaje, como un paréntesis, como un pliegue que se hace a la vida... Vicente comprendió que acababa de cometer una falta sin excusa posible. Si no había visto que su novia se marchaba, no era sino porque ésta había dejado de ser para él lo que era... Y ella lo habría entendido así... Preciso sería correr para alcanzarla; se hacía necesario darle explicaciones, idear alguna disculpa...

Se ajustó fuertemente la gorra, y se lanzó como un relámpago por el camino. Jamás le había parecido tan larga la vereda. Vicente corría, desaforado,³ pero minutos después, su carrera encontraba un obstáculo invencible: el de los gitanos, que iban en marcha hacia el pueblo.

—Vente con nosotros –le dijo al instante la mujer de las trenzas enroscadas–. Te esperaba ya...

Y la fascinación comenzó de nuevo. Era inútil querer escapar a ella. Atado a su hechizo, Vicente recorrió con la turba gitana toda la carretera, y enredado en el magnetismo de aquellas pupilas imperiosas e inquietantes, llegó a las puertas de la aldea, y entró en ella con la actitud de los conquistadores.

Soledad, medio escondida entre los muros de una casuca en ruinas, le vio pasar: llevaba el semblante en éxtasis, y una de sus manos se agarraba con fuerza al

³ Algo que se hace de forma desmesurada o excesiva.

brazo de la rival, ciñéndose como otro de los muchos brazaletes de cobre con que se adornaba la gitana.

Dejó que se alejaran un poco, y salió y tras ellos. La caravana recorrió a buen paso la primera calle, tomó hacia la izquierda y entró en la *Venta del Zorro*, guiada por Vicente.

Como si la tarde sólo esperase este final para correr un telón, la sombra cayó bruscamente sobre la aldea...

Soledad, amparada por la noche, cruzó, llorando, las humildes calles pueblerinas, llegó a su casa, y antes de cerrar la puerta agitó en el aire una mano, dando la despedida a su amor, concluido ya con la luz.

Ocho días después, los gitanos abandonaron la *Venta del Zorro*.

—Vicente ha partido con ellos —dijeron a Soledad unas mujeres al encontrarla en la esquina de su calle.

—Buen dinero han recogido aquí esos perros —gruñó un hombre que pasaba—. Y esto, solamente por decir falsedades. No han acertado en nada. Al tío Pedro le auguraron larga vida, y ayer fue enterrado... Es el colmo. Han mentido a todo el pueblo. Son unos viles impostores. Además, han robado por todas partes pavos y gallinas... Ya nadie cree en los gitanos...

—¡Yo creo en ellos! —dijo Soledad con un grito imposible de contener.

Y mirando airadamente hacia el camino, agregó:

—¡Ladrones!... ¡Ladrones!...

Madrid

TALES FUERON SUS CONFIDENCIAS...

Mucho tiempo estuve en la más completa oscuridad. Quería ver, quería oír, quería moverme... Nada podía. Desde que fui sumergida en una pequeña caja de cartón, la vida concluyó para mí. Pero cierta vez, cuando más desolada estaba, sentí que una mano tomó el diminuto sarcófago donde yo dormía, y llevándome consigo a distancia de unos pasos, me dejó caer sobre algo duro y frío. Mi tumba se abrió, la luz me dio de lleno, y la mano, tomándome con cuidado, me levantó en el aire para mostrarme por todos lados. Mientras lo hacía, pude ver el sitio en que me hallaba. Era una tienda, quizá una papelería. La luz entraba radiante por las vidrieras de los escaparates; los dependientes iban y venían atareados; la gente salía y entraba; y en las vitrinas y anaqueles, los lacres, los tinteros, los *bibelots*,¹ las plegaderas, todo brillaba con reflejos alegres. Delante de mí, en el mostrador, los hermosos ojos

¹ Figura decorativa de tamaño pequeño.

de una mujer resplandecían y me observaban. Después, las blancas manos de la joven me tomaron con delicadeza.

—Es una de las mejores plumas que tenemos —dijo el dependiente, señalándome con el índice—. Un magnífico modelo de plumafuente, fácil de llevarse en el bolso, ligero, de una gran suavidad...

Las manos y los ojos de aquella mujer no se apartaban de mí. El ansia de marcharme con ella me recorrió en un calofrío... Y como si la joven hubiese adivinado mi afán, dijo de pronto:

—Me la llevo.

—¡Por fin! —exclamé en mi interior.

Y ya con la esperanza de salir a la luz para siempre, no me angustié cuando el dependiente me hundió de nuevo en el sarcófago de cartón. Muy poco estuve en él; más pronto de lo que esperaba, quedó terminado mi suplicio. Nuevamente sentí que unas manos desenvolvían mi celda, y otra vez me vi con los ojos abiertos... La luz entraba por un hermoso balcón. Fui colocada sobre una mesa. Había en ella algunos libros, un reloj que marcaba las doce, una cartera oscura, algunos lápices, papel...

Mi dueña se quitó el abrigo y el sombrero, y después de guardarlos en un armario, hizo algunos arreglos en la alcoba, y vino a la mesa donde estaba yo; me tomó en sus manos, me inyectó una buena dosis de tinta, y arrastrando un papel hacia la cartera, me fue llevando sobre él para hacerme escribir estas palabras:

“Mi querido Gilberto: Hoy he comprado, en la casa que me recomendaste, la plumafuente que deseaba, y antes de trazar con ella otros conceptos, la traigo al papel para que aprenda a decirte lo que te repito continuamente desde hace un año: que te adoro y que sin ti no quiero la vida. ¡Con cuánto placer voy dibujando letra por letra para declarar que te quiero! Cada vez que escribo esta frase, me parece nueva, de entonación más penetrante, de expresión más dulce y persuasiva... Y hasta los puntos suspensivos que, obediente a mi mandato, pone la pluma, tienen a mis ojos, si son para ti, mayor significación, más profundidad, más intención, más afecto... Se multiplican las letras, se aprietan en el papel para llenarlo todo de amor —como si extendiera sobre él la miel de un panal—. ‘¡Rosa, querida rosa! —me dice la pluma—, ¡corre más, mucha más, que yo puedo seguirte sin cansarme, porque soy una pluma ligera, obediente, tal como la deseabas para escribir a tu amado!...’ Y así es verdad, bien mío: esta nueva pluma que no hace perder el tiempo obligando a que se la lleve de continuo hacia el tintero; esta pluma generosa, que tiene en el corazón su propia fuente, se desliza sobre el papel con la suavidad de un rayo de luna... ¡Qué cartas he de escribirte con ella!... Para que pruebes su bondad, voy a mandártela juntamente con estos renglones. No sé cómo agradecerte las señas que me diste para encontrarla. Devuélvemela cuanto antes, porque

es mucho lo que con ella tengo que escribirte. Y ahora, adiós, amor mío; no me olvides. Tuya con toda su alma,

Rosa”

El final de esta carta me causó tristeza, porque me avisó que iba yo a ser de nuevo sepultada en mi sarcófago. En efecto, Rosa, mi dueña, después de cerrar la carta y de escribir conmigo las señas del sobre, me secó suavemente, me envolvió en un papel sedoso, y me hundió sin piedad en la caja de cartón. Volví, pues, a mi sombra; pero no muy tarde, me encontré nuevamente en la luz. Se me había colocado en un escritorio, y un hombre, frente a mí, se ocupaba en fumar. Comprendí que era Gilberto. Había leído la carta de Rosa –porque la vi ya abierta sobre unos periódicos–, y yo aproveché mi inacción para estudiar el rostro que tenía delante. Los ojos del caballero eran grises, penetrantes y hermoso; las cejas y los cabellos eran oscuros y abundantes; la boca, de línea ondulada, subía tanto en sus extremos, que parecía sonreír continuamente, formando contraste con la sombra de las cejas y el cabello. No acababa de hacer estas observaciones, cuando la mano de Gilberto me llevó hacia un papel que tenía frente a sí. Comprendí que iba a probarme, escribiendo a mi dueña una hermosa carta, y me preparé a perfilar las letras con la suavidad que me era peculiar. Aspiré un gran aliento para pronunciar el dulce nombre

de Rosa, y abrí mis puntos para pintarlo con toda claridad; pero en vez de escribir ese nombre, tracé lo que sigue:

“Mi adorada Leonor: Alístate para las seis. Canta Fleta² en el Teatro Real,³ y quiero que arrullemos nuestro amor con sus divinas notas. Iré por ti a las seis en punto. Ya sabes cuánto te ama tu

Gilberto”

El asombro me dejó como petrificada... Si hubiera tenido brazos, los habría levantado en señal de protesta, o los habría dejado caer en profundo desaliento; pero nada de esto me era dable hacer, y quedé tranquila sobre la mesa.

Gilberto cerró la carta que acababa de redactar, la introdujo en el sobre, y tomándome de nuevo, escribió en la cubierta: “Para Leonor Villasante”. Luego se levantó, puso el dedo en un botón y quedó como aguardando alguna cosa. Un criado se presentó.

—Esta carta –dijo lacónicamente–, a su destino.

² Miguel Fleta (1897-1938), tenor originario de España, cuya carrera inició con su participación en el estreno de *Francesca de Rimini*, ópera de cuatro actos, compuesta por Riccardo Zandonai en 1919.

³ Teatro de ópera, ubicado en Madrid, España. Fue construido por mandato del rey Fernando VII, y a partir de 1850 se convirtió en uno de los teatros más populares de Europa.

El criado salió con ella. Después, Gilberto, viniendo hacia la mesa, me tomó nuevamente para obligarme a decir lo que sigue:

“Querida Rosa: Muy corta será esta carta, porque tengo un gran quehacer. La pluma fuente, magnífica en verdad. Con ella te escribo. Ya de palabra te diré cuanto falta en esta. Tuyo, como siempre,

Gilberto”

Y una vez escritos estos renglones, su autor me envolvió muy bien en el papel de seda, y me encerró en mi temida cárcel. Por la tarde, a las seis, ya estaba yo de nuevo con Rosa.

—En estos momentos —pensé—, Gilberto y Leonor se encaminan hacia el teatro para arrullar su amor con los acordes de la música...

¡Si yo hubiera podido hablar!

Desde mi sitio contemplaba a Rosa. Ella, confiada, iba y venía por la alcoba, con aspecto risueño... Si yo hubiera tenido brazos, los habría extendido para protegerla... Pero no podía hacer sino callar. Y callaba, sintiendo que la desesperación y el dolor me roían las entrañas... Pocas horas hacía que había yo entrado en el mundo, y ya estaba desencantada de él... Cerré los ojos para olvidar, y así me sorprendió la noche. A la mañana siguiente volvía a ver a mi dueña. Gozosa, como antes, iba y venía por la alcoba, cantando a media voz con expresión

dulcísima. De pronto, en un ímpetu, vino hacia la mesa, y tomándome con suavidad, imprimió sobre mí sus labios, reverentemente. Iba yo a entregarme a la dulzura de ese beso, cuando comprendí que aquel ósculo⁴ no me pertenecía: los dedos de Gilberto se habían posado en mí... Por tanto, yo era ya para Rosa como una reliquia... No pude más: hice una contorsión extraña, y me desprendí de las manos de mi dueña. Con un golpe seco y desconcertante, reboté en el suelo. Rosa, lanzando un leve grito, se inclinó para recogerme, y después de observar ansiosamente mi estado, tomó asiento delante de la mesa y comenzó a probarme. Yo me hallaba sana del todo. Entonces una idea pasó por su frente y por sus ojos... Comprendí cuál era; por eso no me sorprendió que, arrastrando hacia la cartera un papel más satinado, me hiciese trazar lo siguiente:

“Mi adorado Gilberto: Aunque ayer te escribí, la vista de mi nueva pluma, que está perezosa en la mesa, acaba de infiltrarme un anhelo: el de repetirte que te amo como nunca... ¿Lo entiendes bien? Como nunca... Yo sé que tu amor hacia mí, tan sincero, tan noble, tan leal...”

No pude sufrir este suplicio; me detuve en el papel, y como Rosa me forzara a seguir, incrusté mis

⁴ Beso que se da como muestra de afecto o de respeto.

puntos en la cartera, hice un esfuerzo vigoroso y me rompí...

Rosa, indignada, me arrojó sobre la mesa, exclamando:

—¡Vaya una compra!

Y en seguida, sin esperar a más, me dejó caer en el cesto.

Desde allí pude ver que Rosa, mojando en el tintero otra pluma, continuaba la carta... Lancé un suspiro doloroso y quedé en silencio...

Después, rodé por todas partes; y ahora, una mano amiga me ha levantado del suelo... Yo no tengo ya puntos para escribir mi historia, pero esa mano, que la ha adivinado entera, acaba de vaciarla en estos renglones. ¡Bendita sea! Gracias a ella he logrado desahogarme. ¡Lo que podría contar cada pluma que expira!...

Madrid

PRIMERA PENA DE AMOR

*De las Memorias de Filomena*¹

Mauricio tenía diez años; sus cabellos eran negros y ondulados, y en sus ojos había una sombra de misterio. Todo el atractivo de Mauricio radicaba en sus ojos: parecían dos imanes.

Si yo sembraba en mi jardín amarantos, Mauricio sembraba amarantos en el suyo; si él sembraba frijolillo en su jardín, yo sembraba frijolillo con el mío... Porque Mauricio y yo nos amábamos.

Hacía cuatro meses que había ido con su familia a vivir junto a nosotros en aquella casa de Méjico²

¹ En la edición original pareciera que se trata de una dedicatoria, por la forma en que está dispuesta, pero en un trabajo de investigación sobre la obra de María Enriqueta, elaborado por Evangelina Soltero Sánchez en la Universidad Complutense de Madrid en 2002, se considera como un subtítulo del cuento y no como una dedicatoria. Aquí lo colocamos en la misma disposición espacial que está en el original.

² En épocas antiguas, la letra *x* poseía un sonido como el que hoy corresponde a la letra *j*, por ello el español castellano conserva aún esta

viejo. Algo recuerdo de la historia que se ligaba con él: su padre, que era español, había muerto; la familia, venida a menos y forzada por la situación, había dejado la casa elegante que habitaba, para ir a aquel caserón ruinoso cuyo jardín inculto, casi montaraz,³ estaba separado del nuestro por unas verjillas de madera que el sol y el agua carcomían.

Las mejores rosas de mi jardín eran para Mauricio; los mejores heliotropos⁴ del jardín de Mauricio eran para mí.

Yo sonreía dichosa cuando le veía surgir de entre las matas que cubrían la verjilla, serio, pálido, con un gran ramo de heliotropos en la mano... Parecía una figura de estampa. Aquel color de los heliotropos hacía un contraste especial con la palidez de sus mejillas y con el color extraño que tenían sus ojos. (A través de los años veo los ojos de mi amigo, atrayentes, orlados de pestañas doradas, con reflejos de piedras preciosas).

Corría hacia él para recibir las flores; y después, los dos nos sentábamos a conversar sobre la hierba.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntaba Mauricio.

forma para escribir; sin embargo, en México y en toda América permaneció el arcaísmo de la letra *x*. Ambas formas son correctas.

³ Hace referencia a un lugar o a un terreno campestre que fue heredado.

⁴ Planta originaria de Perú que suele plantarse en los jardines por el olor a vainilla que desprenden sus pequeñas flores azules.

—Diez —le respondía.

—¿Diez? Como yo —repetía él—.

—Tu historia y la mía se parecen —le decía yo—. Porque mi padre murió también, y estamos pobres como tú.

—Siento mucho la muerte de mi padre —decía él—; pero me alegro de haber perdido nuestra fortuna, porque si así no fuera, viviríamos aún en la otra casa y... no te habría conocido.

—¿De veras te alegras de haber perdido la fortuna?

—De veras.

—Pues si tú te alegras, me alegro yo también —le decía.

Luego quedábamos inmóviles y no nos decíamos nada más.

Muy cerca de nuestros pies, un gran hormiguero abría su boca negra. Las hormigas pasaban junto a nosotros en cadena apretada, llevando migajas, hojillas y palos minúsculos. El viento soplaba mansamente, y el durazno que nos daba sombra soltaba sobre nosotros la lluvia leve de sus flores rosadas. Algunas de esas corolas⁵ quedaban presas entre los negros cabellos de Mauricio, y yo, al verle así, bañado en flores, volvía a pensar en las bellas figuras de las estampas.

⁵ Pétalos de una flor que son llamados así en su conjunto por su forma.

—¿Sembraste las semillas de pensamientos que te di? —me preguntaba Mauricio.

—Sí —le decía yo—. Ven a ver.

Y le llevaba de la mano a un rincón oscuro, donde estaban alineados tres viejos cajones llenos de tierra.

—Luego que los pensamientos broten —le explicaba yo—, los trasplantaremos; yo pondré los míos junto al pozo, y tú llevarás los tuyos al montículo donde está la higuera, ¿quieres?

—Yo quiero todo lo que tú quieras —me respondía Mauricio con voz velada y tímida...

El tono de aquella voz nos recordaba que no era amistad, sino amor lo que nos unía. Y confusos por este pensamiento que todavía no era aclarado con palabras, quedábamos inmóviles junto a los almácigos,⁶ mirando fijamente las sombras movilizadas que en el suelo pintaba las moreras.⁷

—¡Mauricio! —gritaba una voz desde el inculto jardín.

Era la madre de Mauricio que le llamaba para el almuerzo.

⁶ Se trata de un árbol originario de Cuba, característico porque su tallo está cubierto por una fina tela que le da un color cobrizo y brillante; además, su fruto alimenta a los cerdos, sus hojas a las cabras y su resina se utiliza para curar resfriados y para prevenir la sudoración.

⁷ Es un árbol de tronco delgado y alargado que produce el fruto de la mora, y con hojas que sirven como alimento al gusano de seda.

—Hasta la tarde —me decía mi amigo, tendiéndome su mano fina y blanca.

—Hasta la tarde —le respondía yo aceptando la mano que me ofrecía y sin atreverme a ver sus ojos—.

Y por la tarde, al volver del colegio, Mauricio y yo nos encontrábamos nuevamente en el jardín.

—Cuando los pensamientos florezcan —me decía Mauricio—, pondremos dos en un libro para guardarlos como recuerdo...

Yo hubiera querido preguntarle: “¿Cómo recuerdo de qué?” Pero no me atrevía, y quedaba yo en silencio.

—¿Tú nunca te has retratado? —decía de pronto Mauricio, como recordando algo.

—No, yo no. ¿Y tú?

—Yo sí; mira.

Y me mostraba un retrato pequeño, donde el rostro de mi amigo aparecía con todo el encanto raro de sus ojos.

—¿Lo quieres?

—Sí.

—¿Lo guardarás por mucho tiempo?

Yo hubiera querido decirle: “Lo guardaré por toda la vida”, pero no tenía valor para tanto, y decía solamente:

—Sí, lo guardaré.

—Si yo tuviera tu retrato —se atrevía a decir Mauricio—, lo llevaría siempre conmigo y diría que lo pusieran en mi caja cuando me enterraran...

Volvíamos a quedar silenciosos, con los ojos fijos en el suelo.

Después, las sombras iban bajando poco a poco; los grillos comenzaban a cantar entre las piedras; algunas luciérnagas prendían en el aire sus farolillos rojos, y la madre selva parecía haber volcado sobre el suelo toda su esencia, porque de allí se alzaban olas embriagantes que nos envolvían.

La hora y el cuadro eran hermosos, pero nuestro idilio⁸ se rompía de pronto, porque mi madre me llamaba desde el corredor.

—Hasta mañana –me decía Mauricio con tristeza.

Hasta mañana –le respondía yo en el mismo tono.

Y nos separábamos.

He aquí la historia de todos los días. Yo adoraba a Mauricio; su retrato no se apartaba de mí. En el colegio, durante las horas de estudio, los ojos de mi amigo se extendían ante mi recuerdo como apacibles lagos que me invitasen a cruzar sus aguas... Aquel cariño llenaba mi vida.

Cuatro meses hacía ya que Mauricio era nuestro vecino. Mi madre, retraída siempre, no había trabado amistad con la familia de mi amigo; pero él y yo cumplíamos por todos, visitándonos a diario y recibiéndonos sin ceremonia sobre el verde tapiz de

⁸ Revisar nota 1, p. 86.

nuestros jardines. El suyo era una selva, un breñal;⁹ las hierbas se alzaban allí con libertad salvaje; y sólo en un pequeño camellón, junto a la fuente, florecían heliotropos y geranios. En un rincón sombrío había un montículo, y sobre él estaba la gran higuera debajo de la cual habíamos proyectado trasplantar los pensamientos de Mauricio cuando brotasen en los almácigos.

Nuestros planes y nuestro amor caminaban en armonía perfecta, y nosotros gozábamos de la felicidad y de la vida a pulmón abierto.

Un día, más bien dicho una tarde, Mauricio se llegó a mí precipitadamente para traerme esta nueva fatal: su tío, un canónigo¹⁰ rico, residente en Cádiz,¹¹ mandaba por la familia, y ésta, que había recibido la noticia como un regalo del cielo, se aprestaba a la marcha...

Mauricio, sin inmutarse y con la voz resuelta, me dijo de este modo:

—Antes queirme de aquí, me dejaré matar; diré que me quedo de interno en el colegio; solicitaré trabajo en un comercio cualquiera; propondré que me manden al seminario...

⁹ Hace referencia a un espacio donde hay muchas rocas y bastante maleza.

¹⁰ Persona que ejerce profesión en lo eclesiástico, es decir, en la Iglesia.

¹¹ Ciudad capital de Andalucía, España, conocida por ser la ciudad más antigua de ese país. Fue fundada por los fenicios en el siglo III a. C., quienes la llamaron Gadir.

Yo, que veía más lejos que mi amigo, abarqué la situación y le dije:

—Todo es inútil, Mauricio. Tu mamá te manda; tendrás que obedecer y... te irás.

—Antes queirme —dijo él—, me escaparé; me esconderé, huiré de aquí.

Aquello era una de tantas ingenuidades como tenía. Yo le escuchaba moviendo la cabeza con incredulidad y llorando en silencio.

Desde esa tarde, todo cambió. Sobre el jardín parecía caer una gran sombra, y nosotros sentíamos como si el sol se hubiese puesto en nuestras vidas... Ya no regábamos las plantas; ya no cuidábamos los almácigos; ya no teníamos proyectos, ni gusto, ni ilusiones... Todo había concluido.

Mauricio, sin embargo, solía exclamar:

—Antes queirme, huiré, me esconderé, me escaparé...

Pero, ¡ay!, los esfuerzos de mi amigo eran los inútiles esfuerzos del pajarillo dentro de la jaula... Aquello no tenía remedio; aquello no podía tener remedio; aquello no tuvo remedio...

El término se cumplió; las puertas del viejo caserón se cerraron, la familia salió a la calle, y mi amigo, que había ido por última vez al corredor de nuestra casa para despedirse de mí, oyó de pronto el grito fatal que iba a separarnos:

—¡Mauricio!... ¡De prisa!... ¡Se hace tarde!...

Era su madre, que desde la calle le llamaba con una voz que no tenía réplica.

Mauricio me saltó al cuello con dolorosa desesperación. Nuestros brazos se enlazaron como lianas que solo el hacha puede separar, y nuestras lágrimas corrieron en manantial abundante, bañándonos las mejillas.

—¡Mauricio, Mauricio; no te vayas! —le gritaba yo, loca de dolor—. ¡No te vayas... no quiero que te vayas!...

Hubo que separarnos, hubo que desatar nuestros brazos, casi destrozándolos como plantas que se arrancan de raíz...

Mi madre, llorosa, tiraba de mi cuerpo, y la madre de Mauricio, que había entrado al corredor, tiraba, por el otro lado, del cuerpo de mi pobre amigo...

—¡No quiero irme! ¡No quiero irme!... —gritaba éste, enronquecido por los sollozos, aferrándose a mí como se aferraría al brocal del pozo un gato amenazado de caer en él...

Sus manos desgarraban mis vestidos. Sus dedos habían dejado huellas rojas en mis mejillas; el desgraciado se asía hasta de mis cabellos...

Las hermanas de Mauricio habían entrado también y ayudaban a separarnos. Todos estaban contra nosotros... ¿Cómo íbamos a vencer aquella lucha bárbara y desigual?... Ganaron ellos... Y mientras mi madre me retenía en sus brazos, vi cómo sacaban por el zaguán a Mauricio, arrastrándole vilmente

sobre las baldosas, como fardo¹² que hay prisa por arrojar a una carreta...

Ésa fue la última visión que tuve de mi pobre amigo. Y ésa fue la primera pena que el amor me trajo.

Ahora, si queréis saber cuál fue mi segunda pena de amor, leed lo que sigue.

Mauricio, al comprender ya que su viaje era inevitable, me había dicho: “Te escribiré... Nos escribiremos”. Yo había aceptado con entusiasmo su proposición, y los dos habíamos jurado con solemnidad ser fieles y seguir cultivando por escrito nuestro cariño inmenso.

Así, pues, cuando ya mi amigo estuvo lejos de mí, comencé a esperar con ansia suprema aquella primera carta.

Después de cuarenta días que me parecieron cuarenta siglos, la carta llegó por fin. En ella me contaba su viaje, su desolación, su tristeza. Cádiz era una gran ciudad; pero sólo en nuestro jardín de América se hallaba la dicha. Su carta era larga y estaba llena de exclamaciones doloridas por nuestra separación; al final de ella venía este encargo, que me sonó como un grito: “¡Escríbeme pronto, por favor! ¡Acuérdate que lo prometiste!...”

¹² Conjunto de ropa u objetos que se envuelven en una tela encera-da para protegerlas y facilitar su transporte de un lado a otro.

Yo no deseaba otra cosa. Corrí a buscar tinta y papel, y me senté a escribirle debajo de las mo-reras. Mi carta era un reflejo de la suya; en ella le hablaba de mi tristeza, de la tristeza del jardín, de la tristeza que rodeaba todas las cosas desde que él ha-bía partido. Era larga también mi carta, y remataba con el mismo grito que la suya: “¡Escríbeme pronto, por favor!”. La doblé cuidadosamente, la introduje en el sobre y tracé sobre él con mi letra mejor es-tos renglones: “A Mauricio del Valle. Cádiz. España.” Después de escribir esto, vi que faltaban en el so-bre el número y la calle donde vivía Mauricio. Abrí de prisa su carta para buscar en ella esa dirección, y... con horror, con miedo, con el espanto de quien ve abrirse a sus pies un abismo, encontré que en la carta de Mauricio no venía dirección ninguna... Mi amigo, que no era un gran previsor, había olvidado lo principal: decir la calle y el número de la casa en que vivía.

Me dejé caer sobre la hierba en un raptó de in-mensa desesperación, sintiendo que el mundo aca-baba de cerrarse ante mí... ¿Qué me restaba por ha-cer? Nada. Quedé sobre el suelo, inmóvil, aplastada por aquel nuevo golpe...

Mas de pronto, una débil esperanza se alzó en mi corazón: quizá Mauricio repararía ese olvido avisando en la carta siguiente lo que en la primera callaba...

Guardé tristemente el pliego que con tanto en-tusiasmo había yo escrito, y otra vez comencé a es-

perar. Pasados unos días, el correo me trajo nuevas noticias de mi amigo. Abrí el sobre precipitadamente, no ya para leer sus frases de afecto, sino sólo para buscar el nombre y el número de aquella calle de Cádiz que había llegado a ser una obsesión para mí; pero, ¡ay!, con profundo desconsuelo vi que aquel nombre y aquel número no venían tampoco en esa carta...

Yo, que conocía bien las distracciones de mi amigo, abrí los brazos en un amplio gesto de renuncia, exclamando con honda amargura:

—¡Separados para siempre!

Y aseguro que no me engañé.

Lo más cruel fue que las cartas de Mauricio siguieron llegando con regularidad. Las primeras decían: “Tengo hecha ya la cuenta de la fecha en que debo de comenzar a recibir noticias tuyas, y espero ese día con una ansiedad inmensa...”

Yo me retorcí de dolor al ver cada uno de aquellos sobres que me traía el cartero. Los leía con ojos de espanto, con crisis de sollozos.

Después, las cartas de Mauricio se habían hecho desesperadas: “Tus noticias no me llegan. ¿Estás enferma? ¿No me quieres ya? Respóndeme; prometiste escribirme, y no lo haces. ¿Así olvidas tus promesas? Dime si ya nacieron los pensamientos en el almácigo; dijiste que me mandarías los primeros que se abrieran, y nada me envías... Si no me escribes, creeré que me has olvidado. ¡Por favor, te lo ruego, aunque sean dos renglones!...”

Yo empapaba con mis lágrimas esos papeles donde la tinta de las letras se extendía en grandes manchas desiguales... Aquello era de una crueldad refinada.

Y todavía hubo más: después de esas cartas suplicativas, vinieron otras, pequeñas, lacónicas, que decían solamente palabras como éstas: “Eres ingrata; olvidaste tus promesas; no me querías; me has engañado... Adiós... No volveré a escribirte...”

Después, las cartas de Mauricio cesaron para siempre, y de mi amigo no volví a saber jamás.

Hoy, cuando en un salón me presentan a un caballero, le miro fijamente, exclamando en mi interior:

—¡Si fuese Mauricio!...

—¿Para qué? —me preguntaréis—.

Sólo para decirle:

—Mauricio, amigo mío, no fui voluble, no olvidé mis promesas, no le engañé: escuche usted...

Pero... perded cuidado: con Mauricio no volveré a encontrarme en este mundo.

Washington

LA LOTERÍA DE LA TÍA CLEMENCIA

*A mi adorada madre*¹

— ¡A buelita! –decía la chicuela–. ¡Qué muñeca he visto en sueños!... Así, grande como una persona... ¡Y pensar que nunca la tendré!

—Cuando me saque la lotería –respondía la anciana–, lo primero que he de comprarte ha de ser una muñeca más grande que tú, y que yo y que tu madre... Aguarda, aguarda chiquilla; Dios no ha de querer que me marche de este mundo sin ver esa lotería que le pido hace tanto tiempo. No hay que perder la fe. Lo que en un día no vino, puede llegar al siguiente. Todo consiste en saber esperar y en tener paciencia. Vendrá la lotería, y tú llevarás en brazos esa muñeca; ya verás, ya verás...

¹ Dolores Roa Bárcena, su madre, nacida en Xalapa, Veracruz, México, el 21 de noviembre de 1842.

Y la viejecilla, después de dar el maíz a las gallinas, entraba en su cuarto, limpio y reluciente como el oro, y se dirigía hacia el rincón, donde una Virgen de los Dolores,² encuadrada en un modesto marco, alzaba hacia el cielo sus hermosos ojos.

—¡Madre mía! —exclamaba la tía Clemencia postrándose ante el cuadro—. ¿Qué podrás tú pedir que no alcances? ¡Dame esa lotería! Piensa que con ella no compraré ni una cofia³ para mí... Recuerda que ya está repartida: la huerta para mi Juan; la casa para su mujer; las ovejas para los nietecillos; la muñeca de Lili; el carro del tío Lucas; la vaca para María la vecina; las veinte misas por el alma de aquel santísimo hombre que fue mi marido; los manteles para el altar mayor de la iglesia; el pago de las promesas no cumplidas por escasez, y tanta, tanta limosna como habrá que dar a cuantos pobres mendiguen en tres leguas a la redonda... Lo sabes bien, madre mía —repetía humildemente la vieja—; para mí, ni una cofia, ni una cofia... ¡Dame ya el premio, Señora!

¿Cuántos años hacía que la tía Clemencia esperaba esa lotería? No podría contarlos. De chiquilla, soñaba ya con ella; sólo que entonces hubiera querido el dinero para comprarse muchísimos

² Se le conoce así a la virgen María debido a todo el dolor que tuvo que enfrentar con el sacrificio de su hijo Jesús. Este título hace referencia a la madre que, con amor, se sacrifica y padece por su hijo.

³ Pequeño gorro que usaban las mujeres para adornar o calentar su cabeza.

juguetes, tantos, que juntos hicieran una montaña más alta que la que formaba el maíz en el granero de su padre. Pero después, jovencilla aún, comprendió por impulso de su generoso corazón, que en este mundo no hay nada que satisfaga tanto como dar. Y desde entonces daba cuanto tenía: cintas, monedas, ropa, zapatos, pan, alfileres, baratijas..., cuanto a sus manos llegaba. Su madre la reñía a menudo por esa esplendidez, que a veces le dejaba el baúl vacío. Pero el refrán lo dice: “Genio y figura...”⁴ Y así, Clemencia, que no se enmendaba, llegó a encontrar insuficiente lo que tenía para dar, y pensó que solo una lotería podía calmar aquel deseo insaciable de su corazón.

Desde entonces, mes a mes, compraba un billete; y desde entonces, mes a mes, abría los ojos con sorpresa dolorosa cada vez que el tendero, después de examinar cuidadosamente la lista, exclamaba:

—¡No vino por hoy la suerte; quizá más tarde...!

Clemencia se llevaba las manos al corazón, viendo derrumbarse de un golpe aquel castillo de donaciones que había levantado en su mente... ¡Todo por tierra! Pero al siguiente día, compraba de nuevo un billete, y el castillo, bajo el milagro de la esperanza, volvía a levantarse, tan fuerte y tan alto como el anterior. Así, en esa fiebre de espera, Clemencia

⁴ Se trata del refrán que dice “Genio y figura, hasta la sepultura”, el cual se refiere a que el carácter que tenemos desde pequeños no suele cambiar aunque pasen los años.

había cruzado por la vida como una sonámbula, fija la vista en aquel premio que no llegaba nunca. Se había casado, había tenido hijos, había tenido nietos, y todos esos seres queridos que se movían a su alrededor, le habían aumentado el deseo de obtener aquel premio. ¡Qué cosas bellas hubiese comprado para aquellos pedazos de su alma!... Era preciso, sí; era preciso seguir probando la suerte... Y en pos de esa suerte que no quería darle la cara, la tía Clemencia había envejecido, y caminaba ya con paso rápido hacia la tumba.

Juan, su hijo, e Isabel, la mujer de éste, sufrían en silencio, testigos de aquel anhelo nunca logrado. ¡Si Dios quisiera dar a la tía Clemencia el premio antes de que ella se fuera de este mundo!... Pero Dios no quería; y había que conformarse con su santísima voluntad.

—Cuando la abuelita se saque el premio —decían los niños, ilusos como la viejecilla—, tendremos más juguetes que los hijos de don Blas.

—¡Quiera dios que la señora Clemencia tenga pronto la buena suerte —exclamaban los pordioseros— para no mendigar tan duramente por los caminos!...

La lotería de la tía Clemencia estaba distribuida de antemano; y todas aquellas buenas gentes se creían con derecho suficiente para reclamar su parte. ¡Era tan seguro que la tendrían si el premio entraba en aquella casa!... Pero, ¡ay!, el tiempo pasaba

y los billetes, inútiles, ajados⁵ y rotos, iban a aumentar la basura que el viento alzaba en las veredas... La suerte no quería llegarse allí. Y lo triste era que ya la tía Clemencia, rendida por aquella lucha de tantos años, comenzaba a desconfiar... Cuando abría el portamonedas para pagar el billete, sentía que un frío sutil bañaba su mano temblorosa, y un gran descorazonamiento se le entraba hasta el fondo del alma. La duda fría ganaba terreno en aquel corazón, antes ardiente y lleno de fe. Largas horas pasaba en meditación silenciosa, contando el número de veces que había comprado un billete para aquella rifa en la cual sólo parecían jugarse decepciones y penas. Si aquel dinero gastado tan inútilmente se hubiera dado a los pobres... Mas si al menos viniera ya el premio, se les podría resarcir de todo lo que se les había quitado... Pero, ¡ay!, era preciso ver las cosas frente a frente: el premio no llegaría. Y como si esta confesión formulada en palabras fuera su sentencia de muerte, la tía Clemencia sintió de pronto que las fuerzas faltaban en su cuerpo. Los huesos se le molían dentro de él. Aquel saco informe y dolorido reclamaba una cama. Y fue preciso llevarlo a ella.

¡Pobre tía Clemencia! Daba pena verla bajo la colcha rameada,⁶ hecha un ovillo, con los ojos empañados de tristeza. Los que la habían visto antes,

⁵ Deteriorado.

⁶ Diseño o patrón en el que se representan ramas.

afanosa,⁷ yendo y viniendo por toda la casa, cuidando las gallinas y los gansos, visitando a las vecinas enfermas y repartiendo el puchero a los pobres, bajo el soportal de la casa, no podían comprender cómo, en tan pocos días, la tía Clemencia había tenido que renunciar a sus habituales costumbres. Y era que la viejecilla no se alimentaba nada más con las viandas⁸ que nutren a los otros mortales: ella vivía de un sueño. Caído ese sueño, el cuerpo de la tía Clemencia desfallecía y moría.

Juan y su mujer estaban desolados; aquella viejecilla, que mecía y cuidaba a los niños, que no se reservaba nada para sí, que era inofensiva como una mata de albahaca y dulce como las palomas, se les iba de las manos...

El médico del pueblo, que no era un psicólogo, diagnosticó la enfermedad simplemente: la tía Clemencia se moría de vieja, y para ese mal... tenía pocos remedios. Había que conformarse.

Hasta aquí llegaban las cosas, cuando un suceso imprevisto sacudió el corazón de Juan y de su mujer. Ésta, contagiada por la manía de la tía Clemencia, había caído en la tentación por una sola vez, y había comprado un billete de lotería. La suerte le dispensaba sus favores, y el billete había sacado el premio...

⁷ Alguien que se entrega al trabajo y se esfuerza por conseguir algo.

⁸ Alimentos cotidianos que se llevan a la mesa.

Isabel, la mujer de Juan, que tenía un rostro muy bello, y el corazón más bello que el rostro, al verse dueña de aquel tesoro inesperado, tuvo una feliz idea: poner una buena parte del dinero en manos de la tía Clemencia, y hacerle creer que al fin el premio se le había colado por la puerta. Juan, al oír el plan de su mujer, la abrazó llorando. Y los dos, después de ensayar entre lágrimas la comedia, pusieron manos a la obra.

La tía Clemencia estaba aletargada⁹ en su lecho cuando los esposos entraron en la alcoba; pero al ruido de aquellos apresurados pasos, la viejecilla abrió los ojos y levantó la cabeza.

—¡Madre, madrecita! —le dijo Isabel yendo hacia ella con aquel fajo de billetes que costaba trabajo contar—. ¡La lotería, la lotería!... Don Manuel avisó que tu billete había salido premiado, y esta mañana se fue Juan a la ciudad para cobrarlo... Aquí está; mira, mira, madrecita; palpa con tus propias manos... Un fajo enorme, que pesa tanto como una criatura...

La tía Clemencia, con los ojos abiertos de asombro, escuchaba todo aquello sin saber si era un sueño o una realidad lo que oía.

—¡Tienta, tienta! —repetía Isabel—. Un tesoro, un dineral, que no vas a saber qué hacer con él...

⁹ Persona que tiene bajos niveles de energía y, por lo tanto, no puede o no quiere hacer nada más que guardar reposo.

La viejecilla, absorta, asombrada, veía a Isabel, veía a Juan, veía aquel fajo de billetes que su nuera le entregaba radiante de alegría... No supo más: sacó de la colcha las enflaquecidas manos y las extendió hacia el paquete con ansiedad inmensa; después, llevándolo a su pecho, lo apretó contra él y dio rienda suelta a la voz... ¡Conque al fin, conque al fin le había llegado el premio!... ¿Era posible? ¿No sería un sueño que iba a desvanecerse en ese mismo instante, dejándola con las manos vacías?... No, no era un vano sueño: allí estaba el tesoro, allí lo tenía entre los dedos... ¡Qué dicha! ¡Pero qué dicha, Dios santo! Al fin el cielo había escuchado sus fervientes peticiones... Ya, ya podía morir tranquila... Pero antes, ¡a la obra, a la obra inmediatamente! La huerta para Juan; la casa para Isabel; las ovejas para los niños; la muñeca para Lili... no había que olvidar la muñeca... así... grande como una persona... Se la había prometido a la niña, y había que cumplir la promesa; luego, las mandas que se debían a la iglesia; y una misa, una misa solmene en acción de gracias. Que los manteles para el altar fueran de lo mejor. No había que olvidar la vaca para María; esa pobre mujer necesitaba ayuda, y ella se la había ofrecido. Tampoco debía olvidarse el carro para el tío Lucas; y menos aún, las misas, las veinte misas para ese pobre muerto de su marido, que fue tan honrado y bueno. A los difuntos, bienes para el alma, y a los mendigos del pueblo, la puerta siempre abierta. Dios bendice las casas donde se protege a los pobres... Ésos eran

sus encargos, y no tenía sino pedir que se cumplieren al pie de la letra. Para ella nada quería; que no se le comprase ni una cofia... ni una cofia. Así lo había prometido a la Virgen, y no se arrepentía de su promesa; nada deseaba, nada quería; con regalar a los demás, se regalaba ella misma...

Isabel y Juan, con las manos sobre el rostro, escuchaban, llorando, los encargos de la tía Clemencia.

Se cumplirían, se cumplirían religiosamente; pero para esto era preciso que ella se levantase de aquella cama. Ése no era su lugar: había que ir de puerta en puerta anunciando la buena nueva y llevando a los pobres su regalo... Había que levantarse, y pronto.

Los ojos de la tía Clemencia, ante la perspectiva deliciosa de ir con la bolsa repleta de dinero llamando de puerta en puerta, se iluminaron con fulgores de dicha... ¿Sería posible? ¿Llegaría a levantarse de aquella cama? ¿Podría ir en persona, llevando a cada una de aquellas gentes queridas un consuelo?... Sí, sí; era preciso. Se levantaría. Aún no era tiempo de morir; le faltaba eso. Había que hacerlo, y ya después, que Dios dispusiera de su existencia...

La pobre vieja sentía que nuevas fuerzas entraban de pronto en su cuerpo. Era como si hubiese recibido una inyección de vida. Se irguió, se recostó sobre los almohadones, arregló sus cabellos, sonrió, y pidió lo que hacía muchos días que no pedía: una taza de caldo.

Isabel y Juan, que a menudo se llegaban a la enferma para rogarle con las más cariñosas palabras que tomase los alimentos hechos para ella con todo esmero, y que no conseguían a veces ni una respuesta de la moribunda, quedaron atónitos al ver que la tía Clemencia se incorporaba en el hecho, sonreía, y pedía una taza de caldo.

Los dos esposos corrieron a la cocina. Precisamente en esa mañana se había puesto dentro del puchero la más hermosa de las gallinas. El momento era propicio.

La tía Clemencia quedó sola, saboreando su dicha entre sonrisas plácidas.

Y la noticia de que la abuelita quería una taza de caldo alborotó la casa entera. Aquella nueva se hizo sentir hasta en el gallinero. Lili entró corriendo al cuarto de la enferma, fatigada por la precipitación, jubilosa, con las mejillas rojas, con los ojos fulgurantes...

—Lili, niña mía, ven acá —le dijo la tía Clemencia—. Prepárate a llevar en brazos una muñeca más grande que tú. ¿No sabes, chiquilla?... El premio ha llegado ya... ¡Me he sacado la lotería!...

—¿Tú abuelita?... ¿También tú te has sacado el premio?... —dijo la niña, encantada—.

—¡Cómo *también* yo! —exclamó la tía Clemencia enderezándose y dejando que la sonrisa se apagara en sus labios—. Pues, ¿quién... quién otro se ha sacado la lotería?

—Pero abuelita, ¿no lo sabes? —dijo la niña con sencillez—. ¿No te lo han dicho todavía?... Pues mamá, mamá Isabel... Se ha sacado el premio... Papá y ella han llorado de júbilo...

La tía Clemencia, de un golpe, comprendió cuanto pasaba. No era ella, no, la que se había sacado la lotería: había sido Isabel. Y todo, todo aquello... no era sino una comedia piadosa... El rasgo de Isabel no podía ser más generoso, ciertamente; pero ella, la tía Clemencia, no había podido nunca dar a su nuera ni un ovillo de hilo... Y ya no le daría la casa, ni a Juan la huerta... ni la muñeca a Lili... ¿Qué le restaba? Morir... Sólo eso.

La viejecilla sintió que su cuerpo se aflojaba. Retiró los cojines, se extendió a lo largo del lecho, y cubrió su rostro con los almohadones...

Ya era verdad: la tía Clemencia se iba de este mundo...

Cuando Isabel y Juan entraron presurosos, con la taza humeante y los panecillos calientes, encontraron una escena distinta de la que habían dejado: la tía Clemencia, estirada, con el rostro bajo los almohadones, roncaba con extraño estertor,¹⁰ mientras Lili, junto a la cama, pálida de susto, la miraba con los ojos agrandados por la sorpresa, puestas las manos en alto y la boca abierta de asombro...

¹⁰ Respiración característica de alguien que agoniza o se encuentra en coma, y que suele ser bastante ruidosa.

La escena del pajarillo estrangulado por la mano del niño inocente se había verificado allí: Lili acababa de matar a la tía Clemencia.

Washington

LA VIUDA

— **M**amá —dije mientras vestía yo a mi muñeca—, Paz, nuestra vecina, no tiene cara de viuda.

—¿Por qué lo dices? —preguntó mi madre.

—Porque las viudas son viejas —le respondí con toda la sencillez de mis siete años—, y Paz se parece a la Virgen que tienes arriba de tu mesa; es muy bonita...

Mi madre sonrió dulcemente y salió del comedor. Yo, entonces, poniendo la muñeca a mi lado, me extendí en el canapé¹ y me quedé pensando en Paz. ¡Qué bonita era! Sólo porque tenía los ojos tan tristes, no se parecía a la Hada Azul que figuraba en el cuento del *Pájaro encantado*.² Esa hada llevaba eter-

¹ Banco de asiento y respaldo acolchonados, hecho para que las persona se sienten o se recuesten.

² No se logró ubicar un cuento con ese nombre, donde aparezca un personaje llamado Hada Azul, que concuerde con las fechas de escritura de la autora. Los textos ubicados con este título, incluso localizados por los estudiosos de María Enriqueta, son posteriores a este texto.

namente la sonrisa en la boca, y Paz, no: siempre estaba callada y seria, y a veces, hasta parecía que iba a llorar. Pero tenía la misma cabellera dorada del hada, y la misma luz en la frente... ¡Qué bonita!

Un ruido estrepitoso tiró al suelo el castillo de mis pensamientos. Puse a un lado la muñeca, salté del canapé y corrí hacia el jardín para ver qué ocurría. Mi hermano Luis y sus amigos, con kepis³ de papel y sables de hoja de lata, acababan de entrar de la calle en persecución del gato de la tía Rita, un gato negro, que era mi favorito, y al que yo guardaba diariamente la parte mejor de mis golosinas.

Como un valiente general que se pone al frente de las balas, abrí los brazos y detuve con un grito a toda esa multitud ebria de combate. Entre tanto, el gato ganaba terreno y entraba a ocultarse debajo del canapé.

—¡Nadie lo toque! ¡Nadie lo toque! –grité–. Es mi favorito, y lo defenderé con la vida...

Aquella multitud leyó seguramente en mis ojos la verdad y resolución de mis palabras, porque se alejó medrosa, aunque sonriendo con cierta sorna (quizá para ocultar su derrota humillante).

Yo, entonces, corrí hacia el canapé, y dirigiendo al gato mis más dulces palabras para prestarle confianza y ánimo, me incliné, metí las manos entre los

³ Pequeña gorra en forma de cilindro y con visera al frente que suelen usar los militares de ciertos países.

fleclos de la pasamanería,⁴ palpé en el fondo oscuro, y saqué arrastrando aquel fardo de seda negra que era el gato de la tía Rita.

—Ven acá, *Brujito* mío –le dije cuando ya estuvo a la vista, asustado y tembloroso–. Ven a comer tus pasteles y tu pan con mantequilla; hoy vas a regalarte como un rey, sí señor, como un rey, mientras esos malvados van a matar a otros bichos menos lindos que tú... Ven acá, *Brujito* de seda, ven acá...

Lo llevé a un rincón de la cocina, le di pan, leche y pasteles, y ya que había saboreado despacio todo aquello, lo levanté en mis brazos y me fui con mi pesado tesoro a la casa de Paz, nuestra vecina.

Allí estaba ella, como siempre, delante de su mesa de costura, hilvanando, cortando, cosiendo y descosiendo...

—¿Nunca te cansas, Paz? –le pregunté mientras me sentaba en la orilla del tapete y depositaba sobre el suelo mi querida carga.

—A veces no, a veces sí –me respondió, pensativa.

—Yo quisiera, cuando fuese persona mayor, ser tan seria como tú –le dije–. Querría vivir en una casa así, tener una mesita como la tuya, y estar cose y cose, como tú...

⁴ Se trata de un conjunto de adornos trenzados o entretejidos que forman flecos, cordones, botones, entre otros adornos, para la tela de los muebles.

Paz levantó de la tela sus tristes ojos, y abarcándome en una larga mirada, me dijo:

—No, hijita mía... no lo deseas...

Después, ensartó la aguja en una hebra de hilo rojo, marcó fuertemente con el lápiz una línea sobre la tela blanca, y empezó a dar puntadas, siguiendo aquella línea.

El gato, con sus grandes ojos color de uva, miraba atentamente subir y bajar la mano de Paz.

—Mira qué gato tan juicioso —dije a la vecina—. Parece que quiere aprender a coser.

—¡Florita! —me gritó mi madre desde la puerta de casa—. Ven pronto, que aquí está tu tía Isaura, y quiere verte.

—Vamos *Brujito* —dije, levantándome del suelo y cargando al gato—. Ya volveremos después a conversar con Paz. Dile adiós a la señora...

Y moviendo la manecita suave del gato en señal de despedida, salí a la puerta, crucé a calle y entré en nuestra casa.

Mi madre y la tía Isaura desenvolvían paquetes: eran panecillos y dulces que la tía nos traía.

Éste es para Florita, tiene muñequillos de coco y almendra; y éste —decía mi tía endulzando la voz— es para la pobrecita de Paz...

¡La pobrecita Paz! ¿Por qué la llamarían *pobrecita*, siendo tan bonito como era?... Quizá por ser ya viuda...

Abracé a la tía Isaura, recibí alborozada el paquete de muñequitos de coco, y con él y con *Brujito* fui a sentarme junto a la ventana.

Por la calle bajaban grandes carretas arrastradas por bueyes, y a su paso, las gallinas se dispersaban corriendo hacia las aceras.

—Siéntate aquí, *Brujito*, y vamos a ver lo que nos ha traído la tía Isaura.

Coloqué al gato en una silla, me instalé en otra, y abrí el paquete. Aquello era una maravilla; los muñequitos parecían gentes de verdad. ¡Y qué caras!... Algunos sonreían maliciosamente, apretando la boca; otros, reían a carcajadas, mostrando sus dos filas de blanquísimos dientes. Las cejas desempeñaban papel muy importante en los rostros de los muñecos; unas eran en arco, lo cual les daba un aspecto de admiración tal, que provocaban el asombro; otras eran rectas y estaban muy cerca de los ojos, obligando al muñeco a guardar una actitud graciosísima de enfado y desconfianza. Los había bizcos; pero ni éstos eran feos, porque bien se veía que extraviaban la mirada para hacer reír, cumpliendo así con su misión de payasos... Yo estaba encantada. Extendí en el suelo el papel azul con que veían envueltos, y sobre él comencé a formarlos. Bamboleaban al principio y no querían ponerse en pie, pero con paciencia y voluntad se logra todo, y yo estaba decidida a formarlos en orden de batalla.

—Verás, *Brujito*, verás... —decía yo en íntima charla con el gato, haciendo esfuerzos por ordenar aquel escuadrón de rebeldes, y mordisqueando al mismo tiempo la cabeza o los pies de algunos de ellos.

La tía Isaura y mi madre habían ido a sentarse hacia el fondo de la sala, y en el centro del estrado conversaban íntimamente, sin cuidarse de mi persona. Yo, interesada en formar los muñecos, no me curaba⁵ tampoco de ellas; pero de pronto, una exclamación dolorosa de mi madre me obligó a darme cuenta de sus palabras.

—¡Qué infamia! —había dicho—. ¡No le parece bastante el tenerla abandonada en este pueblo, sin mandarle jamás un céntimo, y ahora se presenta allá con la mujerzuela, haciéndola pasar como su esposa!... ¡Qué vileza!... ¡Y esta pobre, aquí, llevando vida de monja y dejando el pulmón en la aguja!... ¡Qué infamia!...

Mi madre, habitualmente tan dulce, se exaltaba, poniendo en su voz vibraciones que yo nunca le había oído. ¿De quién hablarían? ¿Qué significaría todo aquello?

No tuve tiempo de inquirirlo, porque en aquel mismo instante una gran mariposa amarilla entró por una ventana, y el gato, ávido, con los ojos llameantes, saltó sobre ella y cayó sobre mis muñecos, haciéndolos pedazos.

Un grito mío y un golpe de lágrimas puso en confusión la sala entera. Mi madre y la tía Isaura corrieron a presentarme auxilio. Aquello era un ciclón, un diluvio... Nadie podía calmarme.

⁵ Falta de cuidado que se le pone a algo o a alguien.

—¡Mis muñecos, mis muñecos! —gritaba yo en el colmo de la desesperación, tapándome la cara con una mano y señalando con la otra aquel campo de batalla donde no había sino muertos.

—Mañana te traeré otros más bonitos y más sabrosos —decía la tía, besándome tiernamente—. Ya verás, ya verás: con sus trajes colorados y sus bonetes⁶ verdes... Todos de turrón y almendra, riquísimos, así de grandes...

—¡Yo quiero éstos! —respondía moviendo enérgicamente la cabeza—. ¡Yo quiero éstos!...

Y mis lágrimas rodaban en perlas enormes, y los sollozos me quitaban la respiración...

Rápidamente se oyó una voz que gritaba: “¡Fuego! ¡Fuego!...”

Mi madre y mi tía, aterradas, corrieron hacia la cocina; y yo, calmada como por encanto, me enjugué los ojos con mi vestidillo azul y me fui tras de ellas, despacio, sin perder del todo mi dignidad. Al llegar a la cocina, vimos que mi hermano Luis y sus amigos, armados de palos untados con brea⁷ y encendidos por la punta, jugaban al incendio. La vista de la cocina era maravillosa; en el fondo oscuro, las flamas que despedían los palos parecían farolillos rojos en agitación fantástica. Yo, absorta, fascinada por aque-

⁶ Tipo de gorro, comúnmente usado por eclesiásticos y seminaristas.

⁷ Sustancia viscosa y rojiza obtenida de la quema de madera de distintos árboles.

lla visión deslumbradora, olvidé mi pena y hasta mi dignidad, y me puse a dar saltos y palmadas, uniendo mi alegría a la de mi hermano y sus amigos.

—¡Fuera de aquí! —gritaba mi madre, indignada—. ¡Al patio! ¡Al patio!

La turba de chiquillos salió en confusión, y yo me uní a ella gloriosamente, orgullosa de formar entre aquel pelotón de valientes que se atrevían hasta con el fuego. Pero mi madre, que juzgaba absurdo el divertimento, había salido tras nosotros, y ayudada por la tía Isaura y por la cocinera, despojaba de sus hachones a los muchachos, dejándolos bien pronto con las manos vacías y con los hombros encogidos por el disgusto.

Yo, al verlos humillados y tristes, me acordé de mis muñecos rotos; pero... francamente, ya no tenía deseos de llorar; así, me cuidé de volver a la sala (donde mi dignidad me hubiera obligado a derramar nuevas lágrimas sobre los muñecos), y abandonando la compañía de los muchachos, quienes ya sin sus hachones no tenían prestigio ante mis ojos, me salí a la calle buscando más amenas perspectivas.

Caía la tarde. En los árboles comenzaban a recogerse los pájaros; las gallinas debían de estar ya trepando a sus perchas en los gallineros. Pronto sería noche cerrada.

Oí que mi madre me llamaba desde la puerta, y corrí hacia allá.

—Mira —me dijo—. Llévale este paquete de dulces a Paz, y dile que se los manda tu tía Isaura. He guardado aquí los tuyos...

Recibí el paquete y me apresuré a desempeñar mi comisión.

Como no hallara a Paz en el cuarto de la costura, fui a buscarla a la cocina, pero tampoco allí la encontré; y ya iba a salir al huerto, cuando la oí que hablaba con alguien en la sala. ¿Quién podía ser? Paz nunca recibía visitas en aquella habitación; siempre las llevaba al cuarto de la costura para conversar allí mientras cosía. ¿Por qué habían ido entonces a la sala? Entré precipitadamente, y quedé sorprendida.

En uno de los sillones estaba sentado un hombre; tenía éste la cabeza entre las manos, como si estuviera sollozando; y en el asiento frontero, Paz le dirigía la palabra suavemente, con voz calmada.

Al entrar yo, el hombre cambió de actitud; se irguió, levantó la cabeza y se llevó una de las manos al bolsillo de la americana. Entonces pude ver bien su rostro. Tenía los ojos negros, muy grandes, y unas pestañas tan espesas que parecían alas de mariposa. La palidez de sus mejillas me llamó la atención. ¿Qué tendría que estaba tan pálido? Como para inquirirlo, me volví hacia Paz, y entonces vi que el rostro de ella estaba más pálido aún que el del visitante.

Le entregué el regalo, y después de explicarle que mi tía se lo enviaba, me despedí para retirarme, pero entonces Paz me dijo:

—No te vayas, Florita. Siéntate aquí a mi lado, cuéntame algo de *Brujito*...

Mas aquella visita me cohibía, y nada quise contar.

Un silencio solemne reinó en la sala. El hombre bajó la cabeza, y Paz comenzó a acariciar mis manos. Después de aquel prolongado silencio, el hombre levantó los ojos y vio largamente a Paz, pero ésta no alzó los suyos. Entonces él habló y dijo así, con voz temblorosa y apagada:

—Es que yo lo he visto... llevando del brazo a esa mujer, a quien presenta como esposa...

—Lo sé, lo sé... —dijo Paz con un hilo de voz.

Aquello me pareció tan misterioso y extraño, que juzgué fuera de caso mi presencia en ese sitio. Me levanté resueltamente, deseosa de irme a jugar, pero Paz me cogió con violencia una mano y me dijo:

—No, Florita; quiero darte un encargo. Espera un poco.

El silencio volvió a reinar. Se hacía de noche. La sala comenzaba a anegarse en sombras. El tic-tac del reloj que estaba sobre la mesa se oía distintamente, parecía un animalillo que andaba...

—Quien engaña, merece ser engañado —murmuró el hombre sordamente.

Paz no respondió, pero sentí que su mano, fría como granizo, temblaba entre las mías.

—¿Debo, pues, marcharme como siempre? —dijo aquel hombre después de una pausa y en un tono angustioso.

—Sí... como siempre —respondió Paz casi en secreto.

En ese momento oí que mi hermano me llamaba desde casa.

—Me voy, me voy —dije dando un salto y corriendo hacia la puerta—. Luis me llama...

—No —dijo Paz resueltamente, deteniéndome al vuelo y cogiéndome por la mano—. Te irás después.

El hombre me dirigió una mirada severa, que me hizo recordar el ceño de mi padre cuando nos reprendía por alguna grave falta; y tras un largo silencio, lanzó un suspiro, se apoyó en los brazos del sillón, se irguió violentamente, y se puso en pie.

Paz se levantó también y, teniéndome consigo, le alargó el sombrero que estaba sobre una silla. Él lo tomó sin alzar los ojos, le dio algunas vueltas entre las manos, y quedó en pie, inmóvil, con la cabeza baja.

—Es ya muy tarde —le dijo Paz, débilmente.

—Sí, sí —repitió aquel hombre, distraído, como en sueños—; es ya muy tarde... Adiós, Paz —añadió, tendiendo hacia ella la mano y mirándola ansiosamente.

—Adiós... Antonio —dijo Paz con una voz muy extraña, dando la mano al desconocido—. Adiós...

En seguida se dirigieron los dos hacia el fin de la sala; el hombre volvió a ver a Paz de un modo que hacía daño, llegó al dintel,⁸ salvó el escalón con paso

⁸ Pieza que se coloca en la parte horizontal superior de una puerta o ventana, con el fin de que soporte cierto pesos.

vacilante, y salió. Entonces Paz cerró la puerta detrás de él.

En ese instante descubrí al gato de la tía Rita, que cruzaba cautelosamente por el corredor. Me lancé tras él para cogerlo, y cuando volvía con mi suave carga, vi a Paz, en pie junto a la puerta cerrada, con los brazos tendidos hacia la calle y el rostro bañado en lágrimas...

—¡Vecina, vecinita! ¿Qué te pasa? —le grité, deteniéndome llena de asombro.

Y como en vez de responderme se dejó caer de bruces sobre una silla:

—¡Ven, *Brujito*! —dije al gato—. ¡Ven tú a contentar a la señora!...

Y con el *Brujito* en hombros, me llegué a donde estaba Paz, le quité las manos de la cara, le puse al gato en los brazos, y luego, suavemente para no molestarla, me recliné sobre ella.

Entonces Paz, abrazada al *Brujito* y a mí, lloró por largo tiempo en aquella silla, hasta que fueron a buscarme de casa, para la cena.

En la mesa, mi madre habló del regalo que tía Isaura había enviado a Paz.

—¡Pobre mujer! —dijo mi padre.

Yo me caía de cansancio. Tuvieron que llevarme cargada a la cama. Pronto estuve dormida, y entre sueños volví a ver a Paz tal como la había visto esa noche, en pie junto a la puerta, con los brazos ten-

didados hacia la calle y el rostro en escorzo.⁹ Y soñé también que le decía:

—Yo quisiera alguna vez ser tan bonita como tú y estar así, con los brazos extendidos y las mangas flotantes...

Pero ella abría los labios y me contestaba con su dulce voz:

—No, no, hijita mía... No lo desees...

Washington

⁹ Hace referencia a algo que se adapta a cierta perspectiva.

Pedro despertó bruscamente y dirigió los ojos hacia la ventana. ¿Sería la tarde? ¿Se habría dormido? ¿Habría ya partido el tren?

No, apenas amanecía. Aún era tiempo.

A través de las blancas cortinillas de aquel cuarto que por esa noche había dado albergue a Pedro, se filtraba una luz nebulosa que envolvía las cosas con suavidad de nimbo.¹ Cantaba el gallo en los huertos vecinos; en la iglesia del pueblo llamaban a la primera misa; y los gorriones, tímidamente, con la discreción que pide esa hora serena, anunciaban en suaves gorjeos² que el día despertaba.

Pedro saltó del lecho a toda prisa. Urgía alistarse.

Mientras iba y venía por aquel cuarto pequeño, tapizado con papel claro, arreglado con gracia y reluciente como un espejo, recordaba la velada de la víspera, en el comedor de aquella posada. La risa

¹ Resplandor que brinda una suave luminosidad.

² Revisar nota 8, p. 96.

de Julia hería todavía sus oídos, como una campanilla que repica demasiado fuerte. Y veía a la señora Marta cosiendo bajo la pantalla de cristal, y a Teresa, la hija mayor, distribuyendo el pan sobre los platos, ordenando las sillas, mientras que Julia, su hermana, cantaba y reía, cumpliendo religiosamente con su oficio de pájaro, aleteando por toda la casa, llenado el ambiente con los gorjeos de su voz y con los revuelos vaporosos de su falda azul, adornada de punto claro.

Pedro recordaba a Julia como se recuerdan los giros de una bailarina... Inquieta como una mariposa, no daba tiempo para estudiar su rostro; y aquel rostro venía a la memoria sólo como una luz, como una sonrisa llevada por una nube.

Ligera como la nube misma, y coqueta como la mariposa, Julia, desde que Pedro había llamado la víspera a la puerta de aquella casa, presentándose con sus maletas en la mano, le rodeó, le acaparó, trató de atarle con el encanto de su traje azul, envolverle en la red de sus miradas, dominarle con el timbre argentino de su voz y con la gracia de su sonrisa.

—Haga usted el favor de seguirme —le dijo al entrar—. Y le dio la mejor habitación de la casa—.

Luego, ya en la noche, le sirvió ella misma los platillos, le ofreció el pan más tierno, lo rebanó para él, buscando el momento propicio para mostrar su mano blanca, llena de hoyuelos, con el dedo meñique graciosamente levantado... Tenía mimos y zala-

merías³ de gata consentida. Entornaba los ojos; se inclinaba para que la cascada de sus rizos oscuros le cayera sobre el rostro, y luego, en movimiento impetuoso, espantaba con las manos aquella ola negra que se le venía sobre las mejillas.

Durante las pocas horas de la estancia de Pedro en esa casa, Julia había querido inquirir cuanto se relacionaba con él. ¿Adónde iba? ¿A qué iba? ¿Tenía novia? ¿No la tenía? ¿Se desvelaba? ¿Cuál era su profesión? ¿Prefería las corbatas grises? ¿Sólo una noche pasaría en esa casa?...

—Sí, solo una noche —había respondido Pedro.

Y ésta era la frase más larga y menos desdeñosa que el mozo articuló durante la velada.

Julia preguntaba muchas cosas, ciertamente, pero, en cambio, no hacía secreto de lo suyo. Así fue cómo Pedro supo de sus labios la eterna espera en que vivía... ¿Qué aguardaba esa mariposa que bien podía alimentarse de sus propios vuelos? Esperaba el amor... “Muchos viajeros de amor habían llamado a la puerta de su alma, pero ella no había querido abrir a ninguno. Las cosas, sin embargo, eran ya diferentes: el nuevo viajero, aunque no llevaba flechas ni carcaj,⁴ aunque no llamaba, encontraría la puerta de par en par... Un solo paso bastaría...”

³ Revisar nota 5, p. 93.

⁴ Caja cilíndrica, abierta por arriba y que posee una correa para colgarse del hombro, que sirve para llevar flechas.

Para Pedro, tan serio, tan práctico, tan ajeno a los oropeles⁵ del *flirt*,⁶ todo aquello había sonado a hueco, y las palabras de Julia resbalaron sobre su alma como al agua resbalaba sobre el plumaje de los pájaros: en perlas frías que no mojan.

La señora Marta, un poco tarda de oído y un poco cansada por los años y las penas, seguía su labor bajo la pantalla, tranquilamente, sin darse cuenta de los manejos de su hija. Y Teresa, que iba y venía como hormiga atareada, se teñía en rubores al oír los desatinos de Julia.

Más de una vez pudo Pedro sorprenderla clavando sobre su hermana dos ojos relampagueantes y sombríos, como puñales... ¡Cuánta dignidad había en aquellos hermosos ojos que no se habían levantado para buscar los del recién venido, y que sabían tan a tiempo castigar las ligerezas de Julia!

Pedro, desde el rincón oscuro en que se acomodó después de la cena, había estado contemplando con secreto placer la frente de Teresa, plana, serena y pálida, por la que bajaban los cabellos castaños en dos bandas ondulantes y suaves. Hubiera querido levantarse de la silla y poner en aquella frente un beso respetuoso.

⁵ Adornos o requisitos que puede necesitar o presentar una persona para conquistar a otra.

⁶ Relación amorosa que no se formaliza y se toma, más bien, como un juego.

¡Qué bella era Teresa!... Pero, ¡qué altiva! No podía encontrar sus miradas. Había hablado con él lo estrictamente necesario, y luego se había hundido en el silencio. El óvalo de su rostro era perfecto, y los ojos, negros, sombríos, grandes como estrellas, eran más esquivos que las luciérnagas cuando reina la noche en el campo... Pedro hubiera querido bañarse en su luz. Las miradas de Teresa eran de las que van recto al corazón. Pero ella no le veía, no quería verle...

Con tristeza pensaba en esto mientras Julia reía sin descanso... Él no la escuchaba; seguía con persistencia los pasos de Teresa, que salía y entraba llevando la vajilla, guardando los vinos, arreglándolo todo con el esmero de una persona que entiende la economía y el orden. ¡Cuánta nobleza había en los andares de aquella mujer! Su actitud altiva era como una protesta silenciosa formulada en todo momento contra las familiaridades de su hermana. Con esa actitud severa, parecía devolver a la casa todo el prestigio que Julia le menoscababa. Indudablemente que debajo de aquella corteza fría con que las circunstancias la obligaban a envolverse, palpitaba un corazón grande y noble, valiente y bien dispuesto para todos los sacrificios.

Pedro sentía de momento a momento que su alma se iba tras el alma de aquella hermosa mujer. Una grave tristeza le envolvía cuando pensaba que, dentro de pocas horas, él tendría que marcharse de allí para nunca más volver... ¿Cómo podría ser esto?

Le asaltaban inmensos deseos de acercarse a Teresa y decirle simplemente:

—Voy a pedir a la señora Marta el permiso para llamar a usted mi prometida.

Pero al formular ese pensamiento, lo desechara como imposible. ¿Qué diría Teresa, tan seria, tan reservada, tan esquiva, qué diría de oír semejante proposición? Pensaría que se trataba de un loco... No, aquello era imposible; y más absurdo le pareció cuando, al dar las once de la noche, mientras que Julia desplegaba todo el abanico de sus seducciones para conquistar a Pedro, Teresa, con aire huraño y displicente, apagó las principales luces del comedor, besó la mano de la señora Marta, dirigió un saludo ceremonioso a Pedro, y se marchó a su alcoba.

Este brusco término definió la situación. Teresa no era mujer que pudiera conquistarse en un momento. El destino mandaba que ella se quedara en aquella casa, y que el viajero se marchase para siempre...

Y como si obedeciera el destino inquebrantable, Pedro se levantó del asiento y, violentamente, sin escuchar a Julia que se desbordaba en palabras, pagó su cuenta por el hospedaje, se despidió de las dos mujeres y salió a toda prisa del comedor.

El recuerdo de Teresa le tuvo en vela hasta las altas horas de la noche, y fue ya muy tarde cuando pudo conciliar el sueño.

Por eso despertaba bruscamente entre el quieto amanecer de la mañana, temeroso de haber dormi-

do demasiado. Por fortuna, era tiempo todavía; aún no sonaban las cinco.

Mientras arreglaba su maleta, meditaba en Teresa. ¡Qué mujer tan hermosa!... Le dolía el corazón al pensar que nunca más volvería a contemplar su rostro. “Viajeros de la vida somos”, pensaba... Y así era, en efecto. ¿Por qué, si no, aquella maleta que alistaba presuroso para marcharse inmediatamente?... Se iría. ¿Qué otra cosa podía hacer sino esto? Si al menos Teresa le hubiera concebido una mirada, una palabra, algo que acusara un poco de empeño, volvería, sí, volvería. Pero no: él había pasado delante de aquella mujer como un objeto invisible. Teresa no había siquiera advertido que él ocupaba un sitio en el comedor... Era preciso partir.

Y, en esa triste resolución, Pedro recogía de prisa las ropas y los paquetes regados sobre las sillas y la mesa.

De pronto, un canto llegó a sus oídos. Reconoció al instante el timbre argentino de la voz de Julia. Era ella, que aún no se batía en retirada... Miedoso estaba Pedro de que le saliese al paso en el jardín.

Apresuradamente guardó los últimos objetos que habían quedado sobre la cómoda; echó la llave a las maletas, se puso el sombrero y abrió la puerta. En el dintel,⁷ una gran rosa amarilla, una rosa gigante y fresca, perlada en rocío, se extendía ampliamente

⁷ Revisar nota 8, p. 157.

por el suelo, como una ofrenda de amor. Todo lo había previsto la bella Julia.

Pedro, disgustado, sin tocar la rosa, entró de nuevo en la estancia, recogió las maletas y, con ellas en la mano, salió apresuradamente, pasando sobre la flor, que se deshojó bajo sus pies. En un instante cruzo el jardín, abrió la rejilla de madera y se lanzó al camino sin volver el rostro hacia atrás.

Las vagarosas neblinas del amanecer envolvieron bien pronto al viajero. Y éste no sospechó jamás que, al esfumarse en la distancia, unos tristes ojos, los de Teresa, le seguían ansiosamente desde el alto ventanillo de la casa, y que al trasponer la revuelta del camino, unos labios, los de la hermosa mujer, murmuraron a media voz, con expresión patética:

—¡El único!... ¡y acabo de perderlo!

Washington

LA PRIMAVERA DE MARÍA

A la señora doña Lidia González de Dotor¹

Todas las noches, al sonar en la puerta aquellos tres discretos golpes, el corazón de María daba un vuelco.

—Ahí está ya Leoncio, el vecino —decía la madre de la joven, adelantándose para abrir.

Y hasta entonces era cuando María comenzaba a sentir que aquel fuego de sarmientos² olorosos calentaba verdaderamente.

La puerta se abrió un instante, y Leoncio aparecía.

¹ Esposa de Ángel Dotor Municio, pareja que figura entre las amistades de María Enriqueta durante su estancia en Madrid, pues se sabe que Ángel, además de ser escritor e historiador, ocupaba el cargo de jefe de correo y de la propaganda de Espasa Calpe, la editorial que publicó los presentes cuentos de María Enriqueta, y que, además, publicó un libro titulado *Mujeres célebres*, donde aparece María Enriqueta.

² Tronco retorcido, largo y flexible de las plantas que producen uva.

—¡Qué noche hace afuera, amigas mías, qué noche! He creído morir de frío mientras atravesaba las calles... Pero aquí sí que se vuelve a la vida...¡Con este fuego tan hermoso!

—¡Vamos! Pues a tomar asiento a su lado –decía cariñosamente la anciana–, que yo misma no me alegro bien con él, sino hasta que se nos llega tan buena compañía.

La joven no levantaba los ojos, miedosa de que se leyera lo mismo, y aún más, en sus pupilas; pero retiraba un poco la silla en que bordaba, para dejar a su amigo un lugar junto a la chimenea.

Leoncio saludaba a María y se instalaba cerca de ella con sus libros y cuadernos, mientras la anciana se hundía en un amplio sillón, para repasar las cuentas del rosario.

La escena era la misma, noche a noche.

—¡Cuánta ventura! –exclamaba para sí la joven, dejando que sus ojos siguieran de cuando en cuando los caprichos de los leños encendidos.

En los grandes palacios de la Avenida Real,³ ¿habría una dicha semejante a la que flotaba allí, ante aquel fuego humilde, y en el reducido espacio de cuatro muros desnudos de todo aliño?...

María, poco a poco, y discretamente para no entregar su secreto, dejaba escapar un gran suspiro de gozo.

³ Avenida Real de Pinto, que es la avenida principal del barrio de Villaverde Alto, Villaverde, uno de los distritos de Madrid, España.

—¡Cómo vuelve uno a la vida junto de este fuego! –exclamaba Leoncio, dirigiendo los ojos hacia su amiga, y como si adivinase lo que estaba en el pensamiento de ella.

—Es natural –respondía la joven–. ¡Hace afuera tanto frío!... El invierno pasado no fue tan riguroso...

—Ciertamente –decía la anciana, tomando parte en la conversación–; el termómetro bajó menos que ahora. Estos fríos matan... Yo espero con ansia la primavera.

María y Leoncio callaban. La joven se aplicaba a realizar un botón de margarita que era el motivo principal del bordado, y Leoncio tomaba apuntes en el cuaderno, como si quisiera ganar los momentos que corrían.

El viento bramaba afuera. Debían de transirse⁴ de frío los que estuviesen cruzando la calle. Una campana que sonaba temblorosa hacía pensar en el espacio negro, donde los copos de la nieve, azuzados⁵ por el viento, darían mil vueltas en densos remolinos antes de bajar definitivamente a engrosar la blanca alfombra de los embaldosados.

—¡Qué contraste! –repetía Leoncio–. Aquí, tana amable calor, y afuera... dijérase que hasta las

⁴ Verbo en desuso que hace referencia a la acción de morir.

⁵ Aquello que es estimulado o impulsado por otra cosa, en este caso por el viento.

campanas se estremecen de frío... Esta chimenea parece encantada...

—Es que los leños son de buena madera secada al sol —explicaba María, pretendiendo dar naturalidad a sus palabras—. Cuando la madera está bien seca, el fuego calienta mucho más.

Un golpecillo que sonaba en la puerta dejaba a Leoncio con la respuesta en la boca.

Era Margarita, la vecina, que entraba por un paquete.

—Aquí está —decía María, entregándolo a su amiga—. ¿No quieres quedarte un momento?

—Hoy no puedo —replicaba Margarita—. Otra noche será, porque tengo pendientes muchas cosas. Que ustedes la pasen buena.

María acompañaba a su amiga hasta el corredorcillo, y no entraba de nuevo sino después de haber cambiado con ella algunas frases, cuyo tema era siempre la visita del vecino.

—Se ve que aquí no le corren las horas —indicaba Margarita—. Te felicito. Es un muchacho muy serio. Se dice que no te hablará palabra sino hasta que mejore de suerte. Parece que hoy pasa grandes pobreza. Pero cuando se tiene un juicio como el suyo y tanta honradez, el camino se abre pronto. Es malo el momento; con el invierno, muchos trabajos se paralizan. Quizá al llegar la primavera...

María dejaba escapar un suspiro, estrechaba la mano de su amiga, y entraba de nuevo en la sala.

Los días, más bien dicho las noches —porque para María sólo éstas contaban—, transcurrían iguales, llenas de un delicioso encanto que la joven saboreaba en silencio, al amor de aquel fuego atizado empeñosamente por sus manos.

—Yo espero con ansia la primavera —decía de continuo la anciana—, porque para los viejos es muy dura la estación de las nieves.

—No hay razón para quejarse cuando se tiene fuego tan hermoso —respondía casi siempre el vecino, dirigiendo una mirada triste a la anciana—. Malo para los que, como yo, pasamos el día zaqueando⁶ calles en busca de trabajo. Entonces sí que es dura la nieve. Pero aquí, bajo un techo abrigado, junto a un fuego bienhechor...

—Margarita dice, y lo dicen todos —interrumpía la joven, intentando alentar a su amigo—, que el trabajo escasea en el invierno, pero que al llegar la primavera hay más facilidades para conseguirlo.

—Cuando la estrella de uno se nubla, lo mismo es la buena que la mala estación... Pero, en fin, no hay que descorazonarse...

—No, no —exclamaba María—. Esperemos que el sol vendrá para abrir horizontes a todos.

E interiormente pensaba en sí misma, en su gran ventura cuando Leoncio, ya en posesión de un trabajo seguro, viniera hacia ella para decirle al fin

⁶ Acción de ir mucho a pie, de un lado a otro, buscando algo.

lo que, por un exceso de honradez, no había salido aún de sus labios...

Y María fantaseaba, adelantando en su imaginación la hermosura de las tibias noches de primavera, que entonces vería transcurrir, con su madre y su vecino, en el pequeño jardín de la casa, bajo el emparrado⁷... ¡Qué esperanza tan dulce!

Tales eran las escenas que se desarrollaban en aquel rincón humilde, ignorado por la ola de las multitudes, pero al que no faltaban ni su gota de tristeza ni sus alegrías, porque allí, como en todas partes, la vida tejía también su madeja a dos colores.⁸

Uno tras otro, los días habían pasado, sin prisas ni retardos. La labor de María estaba concluida; en los cuadernos de Leoncio faltaba lugar para más letras y números. El invierno tocaba a su fin. El fuego del hogar minoraba.

Y como todo en este mundo tiene término, vino una mañana en que se abrieron las vidrieras de aquella estancia y en que la lumbre, por fin, se apagó en la chimenea.

María, fijos los ojos en el límpido azul del cielo que se manchaba con una bandada de pajarillos, recordó las palabras de su amiga:

⁷ Especie de techo formado por planta trepadora en conjunto con un armazón de madera o hierro.

⁸ Expresión usada para referir el todo que forma una cosa cuando va recogándose en un mismo lugar.

—Quizá en la primavera...

Sí, entonces, en la hermosa estación... Y la primavera estaba allí... Era preciso, pues, barrer el jardinillo, prepararlo, porque ya la visita de Leoncio se efectuaría bajo la poética luz de los astros. Había que sacudir el banco de madera que estaba debajo del tilo;⁹ allí tomarían asiento la joven y su madre. Para Leoncio se llevaría la silla que él ocupaba siempre junto al fuego; había que bajarla.

Llegado el momento, María lo hizo todo con empeño y entusiasmo.

Esa noche, la primera que iban a pasar en el huerto los tres, sería una grata sorpresa para el mozo, quien no sabía palabra de tales proyectos. ¡Qué regocijo iba a sentir al encontrar su silla en el jardín!...

—Como yo tengo que salir a las siete para llevar los bordados –dijo María a su madre en la mañana de ese hermoso día–, no podré presenciar la llegada de Leoncio; pero tú me contarás cómo fue su sorpresa, y yo vendré después para servir los pastelillos y el té.

—¡Gracias a Dios –dijo la anciana– que vamos ya a gozar del aire libre y de la belleza del cielo!...

Llegada la noche, María se ató el sombrero, tomó la caja de los bordados y salió, ligera, dejando a su madre instalada en el jardín.

⁹ Es un árbol de gran altura, tronco grueso y liso, de flores blancas y frutas pequeñas.

De prisa cruzó las calles, como ninfa que va huyendo, se internó en un soportal,¹⁰ llamó a la puerta de una elegante casa, le abrieron y entró.

La señora, como siempre, recibió con elogio los trabajos de María. Aquellas margaritillas parecían reales. ¡Qué arte el suyo! ¡Era inimitable! ¿Aún le quedaban sedas? Quería encomendarle la confección de un tapiz para mesa. Debía ser más ancho que largo, y llevaría pesados flecos en las orillas. Sería preciso escoger el dibujo entre los últimos cuadernos de *La Moda*.¹¹

La señora se levantó para traer aquellos cuadernos; y María creyó contar siglos mientras ella y la dama hojearon los periódicos en busca del dibujo deseado.

La inquietud de María era visible. La joven pensaba que su dicha iba a escapársele si no la atrapaba a toda prisa...

Pretextó un fuerte dolor de cabeza, y dejando para el siguiente día el fin del arreglo, dio sus excusas a la dama, y partió.

Los pies de María iban midiendo las baldosas de la calle; pero sus ojos y su corazón se adelantaban para entrar en el jardinillo... Leoncio habría llegado

¹⁰ Pequeño espacio cubierto/techado que antecede la puerta de algunas casas o edificios.

¹¹ Revista española iniciada en Cádiz el 1 de mayo de 1842, bajo el título completo de *La Moda: Revista Semanal de Literatura, Teatros, Costumbres y Modas*.

ya a él. Estaría esperándola... Quizá en esa noche... Pero no, no. ¡Eso sería tan hermoso!... Era una dicha imposible.

De pronto, la joven se estremeció: una voz bien conocida hablaba cerca de ella. Hizo a un lado sus fantaseos, volvió a la realidad y escuchó. La voz era de Leoncio; éste iba delante de María, dando el brazo a un compañero.

—No es verdad —afirmaba el mozo con energía—. No es verdad...

—Pues todos lo aseguran —replicó su amigo.

—Lo siento entonces infinitamente —dijo Leoncio—, porque acaso, y sin quererlo yo, he impedido que a ella se acerque algún enamorado. Pero haces bien en abrirme los ojos. Ante todo, la honradez. Si es para perjudicarla, prefiero suspender mis visitas. No sería justo quitar el porvenir a una joven tan buena...

—Pero, entonces, ¿cómo se explica —insistió el amigo— que no teniendo amores con ella, hayas pasado a su lado tantas veladas del invierno?

—¡Ah! ¡Pobre de mí! —exclamó Leoncio con sorpresa y amargura—. Es verdad... Debí pensar en ello. Pero María y su madre lo saben bien, y esto basta a mi lealtad. La pobreza es la culpable, amigo mío, la pobreza, porque ella me impidió encender un fuego en mi propia casa, obligándome a buscar en la de María lumbre para calentar mis huesos

ateridos.¹² Ese es todo el secreto; pero no lo ha sido para mis amigas, pues que apenas me veían entrar, la anciana y la joven, delicadamente por miedo de causarme un dolor, me conducían junto al fuego, confortando, además, mi espíritu con esperanzas de hallar bien pronto algún trabajo. Esto es lo sucedido. Y no se podrá decir que abusé de la confianza que me concedieron, pues que nunca hablé de amores a María, a la que profeso un cariño de hermano...

Los dos amigos pasaban en aquel momento por un café.

—¿Quieres que entremos? —dijo Leoncio.

—Con gusto —respondió su compañero.

Y entraron.

María se llevó las manos al corazón, se detuvo un instante, apoyándose en la pared, y avanzó en seguida para continuar el camino.

Bien pronto llegó a su casa. En el jardín, sentada apaciblemente, la esperaba ya su madre.

La noche era serena y tibia. Una música lejana, venida quizá de algún lugar de recreo, poetizaba el huertecillo y el momento.

—Aún no llega Leoncio —dijo la anciana con sencillez.

—No creo que venga ya —respondió María, casi en secreto para ocultar los temblores de su voz—. Y

además —añadió en seguida—, yo tengo mucho frío; ¿no quieres que nos recojamos?

—¿Es posible? —dijo la anciana—. ¡Con esta hermosa noche de primavera!... Pero, en fin, si tú lo quieres...

Y se levantó del banco.

María, entonces, dirigiendo una angustiosa mirada al jardín y al cielo, siguió a su madre, llevando a la espalda, como una cruz, la silla destinada a su amigo.

Lausana

¹² Sinónimo de *helados*.

VIAJERO QUE VUELVE... A PARTIR

No me doy cuenta clara de las cosas... ¿Por qué estoy recostada en el diván de mi alcaoba, cuando yo me creía en la fiesta? ¿O es acaso que me he dormido y aún no despierto del todo?... ¿Sueño?... ¿Divago?... ¿Estoy en un jardín? ¿Estoy en el salón de baile?... ¿Es que el *champagne* ha nublado las ideas en mi cerebro?... No, nadie ha servido licor en mi presencia. Y la fiesta no es hoy, sino mañana, 10 de marzo; lo recuerdo muy bien. Hoy es 9 apenas... Pero... ¡cuán alto sube ese surtidor!¹... Se diría que intenta llegar al cielo... Al caer finge lluvia de finísimo polvo. Un arco iris se pinta en él, y canta, al bajar, una rara melodía que se dispersa en el viento... Agua, polvo, colores, música... ¡cuántas cosas puede tener un surtidor! El amplio tazón de alabastro que lo recibe parece abrir los brazos para darle acogida blanda. Y el surtidor se deja caer allí resignadamente, ahogando en el agua temblorosa todos los sueños

¹ Chorro de agua que surge hacia arriba.

imposibles que llevaba al levantarse... Me pone triste ese surtidor que parece un símbolo de todos los anhelos humanos...

Un hermoso pavorreal, con la cola extendida sobre la ancha escalinata, mira la cabellera fina del surtidor, que se desmelenan en el aire pintándose con el oro del poniente... Ese pavorreal, ¿es un príncipe encantado?... ¿Espera que el chorro de la fuente lo desencante?... Si así no es, ¿por qué lo ve con tal fijez... Ahora clava los ojos en mí... ¿Seré yo la que deba ir hacia él para pronunciar las palabras cabalísticas que han de romper su hechizo?...

Tal vez sí, porque el pavorreal no retira sus ojos de los míos... Y hasta parece que articula mi nombre: “Inés, Inés...” Será preciso ir a donde está... Pero no; la pereza me lo impide... ¡Era tan largo el camino que ayer recorrí!... No se sube y se baja por tan bruscas pendientes sin gran fatiga. Aquella vereda parecía de cuento... No tenía fin. Y lo peor era que se hacía de noche. La arboleda de los lados, espesa y negra, se apretaba para no dar paso por sus flancos; y había que seguir recto siempre, hacia arriba, como rueda de carro que se arrastra en las piedras con trabajo inmenso. ¿Cómo después de tal ascensión he de poder llegar hasta el pavorreal para desencantarlo? ¡Imposible! No iré. Pero... habrá que llamar a alguien para que lo haga...

—¡Rosario!... ¡Rosario!...

¿Por qué no responderá?... ¡Ah! Ya la oigo: lucha con una persona que pretende entrar... Claramente me llega el diálogo:

—No, no se la puede ver —dice Rosario.

Y oigo la otra voz que habla con insistencia. Es una voz de mujer, aunque un poco destemplada, casi cavernosa...² ¿Qué dice?

—Pasaré, pasaré... Inés me ha llamado. No hay sino repetirle mi nombre.

—¿Cuál es? Yo se lo diré.

—Pues... mi nombre... Bastará con decirle que soy la que ella ha llamado con tanto empeño; que soy... ¡vamos!... que soy... ¡la Muerte!

Rosario cierra de golpe la puerta, y yo siento como un viento frío que sopla sobre mi rostro...

—¡Cierra! ¡Cierra presto, por favor! —gritó con angustia a Rosario.

Ella ha corrido los cerrojos de la puerta, pero la lucha que allí se oye es terrible...

Doy un salto, y en carrera loca huyo hacia el fondo.

Atrás, como en un círculo de plata, iluminado ya por la luz de la luna, queda el surtidor murmurante que peina sus cabellos luminosos bajo la noche profunda; y el pavorreal de la escalera, como si estuviese tallado en piedra jaspeada, sigue inmóvil, fijos los tristes ojos en el polvo de agua que descende temblando hacia el tazón...

Entre las ramas colgantes de un árbol me escondo sigilosamente y espero... Nada se oye; reina un

² Voz que es áspera.

silencio profundo. La noche es dueña y señora de cuanto existe en torno. Una paz inmensa se extiende sobre todas las cosas; y bajo el árbol protector, cuyas ramas parecen brazos listos para defenderme de todos los daños, siento que mi vida está segura y oigo que mi corazón late tranquilo.

Es verdad: la Muerte se había equivocado de puerta. Ahora estará llamando en otra parte...

Y entre las ramas, junto a mí, suena de pronto una voz dulcísima, que dice: “Oído todos y no perdáis palabra, porque esto se dirá una sola vez, y quien tenga la fortuna de escucharlo podrá aprender a ser feliz...”

Aguzo el oído para no perder ni una sílaba de esas mágicas palabras, y éstas comienzan a caer lentamente, una sobre otra, como gotas de agua cristalina...

Pocos, o ninguno, entendieran las frases que la voz pronuncia, porque, verdaderamente, estas palabras son raras, nunca oídas, como murmuradas en idioma desconocido; mas por un prodigio que no me explico, yo las entiendo todas, y su misterio se me revela...

Tengo ya en mis manos el secreto de la felicidad...

De pronto, otra voz, la voz que quiero, la voz que ha tiempo no me hablaba en este mundo, dice en mi oído:

—¡Ven, partamos! Arden nuevamente los leños en la chimenea... La suave lámpara está encendida. Partamos presto...

Es que las palabras misteriosas que oí bajo las ramas han comenzado a hacer el milagro...

Siento que mi cuerpo se baña en una dulzura sin nombre... La tierra no es ya la tierra sombría, sino que es el cielo, nimbado³ por apacible luz...

Ando sobre nubes de seda... La mano querida me guía, infiltrando en mi ser una deliciosa y suave sensación que pone languideces en mi espíritu. Mi cuerpo ha perdido su peso... Me parece que soy de niebla, de espuma, de aire leve... Si tropiezo con algo, haré la impresión de una caricia, de un roce de ala...

Y la mano querida, la mano tibia y suave, la mano esperada tanto tiempo, me lleva... me lleva...

De pronto, choco bruscamente contra algo que no puedo definir. Se suspende por un momento el milagro de aquella dicha incomparable, y oigo una voz de timbre desagradable, que dice a mi lado:

—Es la malaria...⁴ la malaria... Pero no hay que alarmarse: el delirio se calmará con la quinina...⁵ Que la tome inmediatamente.

En un instante lo comprendo todo... Estoy en mi alcoba. Un caballero pulsa mi mano, mientras me observa con fijeza.

³ Hace referencia a esta luz o aureola que suele iluminar a una figura o imagen.

⁴ Enfermedad que causa fiebre, transmitida por la picadura de un mosquito.

⁵ Es un medicamento utilizado para curar la malaria.

—¡Vamos, Inés! –me dice–. Con unos cuantos gramos, esto pasará...

—¡Doctor, por piedad! –le grito desesperadamente, volviéndome hacia la pared–. Si hay compasión para mí, ¡que no se me obligue a tomar medicina alguna!...

Y mientras que los demás se miran unos a otros, asombrados de mi súplica, hundo yo la cabeza bajo la almohada, y cierro los ojos para reunirme de nuevo con aquel que partió para siempre y que por esta sola vez ha venido...

México

EL MAESTRO FLORIANI¹

Relato de Juan, su discípulo

I

Mucho tiempo hace ya, mas lo recuerdo cual si fuese ahora mismo. Aquella extraña influencia que llegó a ejercer en mi ánimo, no poco soñador, el viejo Conservatorio² que, casi derruido por el peso de los años, se alzaba, sombrío, en el fondo de una calleja solitaria; y luego, aquellas veladas tranquilas que pasábamos en él, bajo la autoridad del gran maestro Floriani...

¹ Publicado por primera vez en *Revista Azul*, núm. 11, el 13 de enero de 1895, con el título “El maestro Floriani (Relato de Juan, su discípulo)”, pp. 165-172. Aquí se usa la edición publicada en *Lo irremediable (novelas)*, publicada en 1927, por Espasa Calpe en Madrid.

² El Conservatorio Nacional de Música de México fue fundado el 14 de enero de 1866. Es relevante no sólo por su iniciativa en formar músicos, sino porque fue la primera escuela en el país donde una mujer podía recibir un título profesional.

Aún me parece ver el viejo Conservatorio: los anchos y extensos corredores, donde las golondrinas colgaban sus nidos; las toscas puertas de las clases, adornadas de alegóricos relieves; el inmenso jardín misterioso y sombrío; los altos cipreses que besaban el coronamiento del edificio, y, dominándolo todo, aquella salvaje confusión de notas que, al trasponer el dintel de la puerta, se oía, ensordecedora y tenaz, extraña algarabía que se escapaba de todos los ámbitos del edificio, y que era producida por los más diversos instrumentos. Aquello era una queja, un murmullo donde se mezclaban los gorjeos de la flauta, los acordes del piano, el llanto del violín, los gritos del oboe, los mugidos del contrabajo... Era una confusión que ensordecía, pero que a la vez halagaba, prestando al viejo edificio una atmósfera especial y atrayente.

Yo era de los que llegaban a las nueve de la noche, hora en que todos estaban ya ocupados en el interior de las clases. Subía las anchas escaleras, dirigía una mirada indiferente a los cuadros históricos que decoraban los muros, y avanzaba por los amplios y lóbregos corredores.

Aquella abanicada de sonidos parecía alzarse para ir en pos de las estrellas que palpitaban tímidamente en la altura... ¡Qué ilusión! ¡Qué misterio!... Detenía mis pasos, y, apoyado en el barandal del corredor, dirigía la vista hacia el oscuro jardín, donde los árboles semejaban fantasmas negros... Después de meditar un momento entre la soledad de los co-

rredores, me encaminaba hacia el salón del fondo, empujaba suavemente la puerta, y, dirigiendo una última mirada a los cipreses, entraba por fin. Iba yo a recibir la clase de piano, aquella clase que formaba tan importante parte de mi vida.

Saludaba al maestro y a mis camaradas, colgaba el abrigo y el sombrero en la percha, y avanzaba hacia mi rincón favorito, donde entre el misterio de una deliciosa semioscuridad podía yo dar alas a mi loca imaginación y echarme a soñar.

Desde aquel rincón, nunca olvidado, lo miraba todo, más que con los ojos, con el alma: las tres bancas llenas de alumnos, siempre atentos a la voz del maestro Floriani; la gran lámpara suspendida en el centro; los extremos del salón un tanto oscuros; los anaqueles llenos de libros; los atriles diseminados desordenadamente; los dos hermosos pianos de cola simétricamente colocados, y, destacándose en el fondo de aquel cuadro, el maestro, que, batuta en mano, dirigía con ardor la interpretación de un estudio o de una sonata, ejecutados en el piano por alguno de los discípulos.

Aún me parece estar mirando a Floriani: alto, la frente noble y espaciosa, la nariz recta, el cabello y el bigote negros, la cabeza encrespada y los ojos expresivos, ardientes, hondos. La mirada de esos ojos se pintaban con la música; en las ondas sonoras parecía beber sus rayos y fulgores. Al conjuro de algu-

na romántica elegía,³ los ojos de Floriani se velaban; la poética balada de amor ponía en ellos toques de ternura; la marcha triunfal los pintaba con luces de incendio; el gracioso rondó los tornaba juguetones y los hacía sonreír. Eran unos ojos cambiantes, magnéticos, sugestivos. Con ellos nos dominaba Floriani; ellos le prestaban aquella atmósfera de autoridad que le rodeaba como un nimbo.⁴

¡Hace ya tanto tiempo!... Y, sin embargo, no he olvidado ni un detalle de la clase. Cierro los ojos y veo a mis condiscípulos, uno a uno, con el papel de música en las manos, acercándose al gran Steinway...⁵ Y veo, claro, como si lo tuviera en este momento ante los ojos, al maestro, en pie junto al piano, llevando nerviosamente la batuta...

Floriani era italiano; muchas veces le habíamos oído contar su historia, una historia sin golpes escénicos, pero que le conmovía profundamente. Su padre y su madre habían muerto en Florencia, cuando él era niño; cayendo y levantando, recorrió después Italia, y luego pasó a Alemania, donde pudo formarse maestro bajo la dirección del gran Polows-

³ Una elegía es un poema en el que se lamenta una muerte o algún suceso desafortunado.

⁴ Revisar nota 1, p. 161.

⁵ Se refiere a un piano de cola que recibe este nombre al ser producido por la compañía Steinway & Sons, quienes fabrican pianos de cola y verticales desde 1853.

ky.⁶ Estando allí, fue llamado por mi patria para dar una clase de piano en el Conservatorio Nacional de Música.⁷ Y ésa era la fuente de nuestro conocimiento con Floriani.

Cuando lográbamos sentarle ante al piano para que nos tocara su música favorita, un olvido de todo nos arrancaba de este mundo. Las notas, como alas de pájaros, nos llevaban muy lejos; y cuando en el piano moría el último acorde, todos quedábamos mudos, suspensos de aquel sonido vago que cruzaba lentamente el salón y huía por la ventana abierta... Entonces Floriani, al ver nuestro arrobamiento, sonreía complacido y nos decía:

—Ustedes me comprenden, ustedes son mi familia.

Razón le sobraba para decirlo. Y razón le sobraba para llamarnos su familia: le queríamos con toda el alma.

Aquella clase que nos daba era ya una necesidad para nosotros. Yo estudiaba todo el día en mi viejo piano, muy desafinado para regalar el oído con efectos hermosos; pero al sentarme delante del Steinway de la clase, sometido fielmente a la batuta del maestro, influido por él y dando a cada pasaje su

⁶ No se posee información sobre un músico con este apellido, ni el Conservatorio Nacional de Música cuenta con registro de algún músico de la época que se apellide de este modo, tampoco ningún alumno o profesor.

⁷ Revisar nota 2, p. 187.

matiz correspondiente, me parecía que, al cabo de pocos años y estudiando bajo la dirección de aquel hombre prodigioso, llegaría yo a ser tan artista como él. ¡Vanidosas pretensiones de muchacho!

Los discípulos eran de todas las condiciones sociales, desde la más alta hasta la más humilde; pero al reunirnos en la clase todos se olvidaban de su posición y pasaban a ser hermanos. Floriani lo decía: para el arte sólo hay corazones. Y por cierto que los nuestros eran bien grandes y estaban rebosados de ternura.

El maestro no se concretaba a enseñarnos a mover los dedos con más o menos precisión. Comprendía que las almas elevadas interpretan de mejor manera las grandes obras clásicas, y nos educaba el espíritu, leyéndonos para ello a Dante, a Homero, a Virgilio.⁸

Encantábanos que Floriani tomase la palabra y nos refiriera este o aquel episodio de su vida. Había oído tocar a los más notables artistas; había viajado

⁸ Dante Alighieri, nacido en Florencia en 1265 y fallecido en Rávena en 1321, fue un poeta italiano conocido sobre todo por su poesía dedicada a Beatriz, su eterna amada, y por su libro *La divina comedia*. // Homero fue un poeta griego, a quien se le atribuye la autoría de la *Ilíada* y la *Odisea*, los dos grandes y más importantes poemas épicos de la antigua Grecia. // Publio Virgilio Marón, nacido en Andes, hoy Pietole, Italia, el 70 a. C., y fallecido en Brindisi el 19 a. C., fue un poeta romano, conocido sobre todo por su poema épico la *Eneida*, el cual presenta las virtudes del pueblo romano y construye una mitología propia.

por los más bellos países; había leído los más hermosos libros; y como tenía fácil palabra y vigorosa imaginación, nos absorbía del todo, haciéndonos perder hasta la noción del tiempo.

A la hora de dar la clase, era otra cosa; se tornaba serio y se volvía tan exigente que jamás mereció un elogio suyo lo que interpretábamos; y eso que, a nuestro modo de ver, no dejábamos de tener momentos felices en los cuales imitábamos muy acertadamente el ritmo de esta o de aquella frase musical explicada por él con toda conciencia.

Era intransigente hasta el delirio. Jamás llegábamos a escuchar la ejecución de un estudio completo: cada seis o diez compases, el maestro nos interrumpía, diciendo:

—No, no; eso está mal comprendido; más delicadeza en esa frase, más dulzura...

Y a poco volvía al eterno y reglamentario:

—¡No, no! Sin marcar tanto ese acento; ligeramente, con suavidad, con gracia...

Jamás nos alabó como pianistas; elogiaba el talento de este, el ingenio de aquél, la bondad del uno, la paciencia del otro; mas como ejecutantes, siempre nos juzgaba pésimos; aunque llegamos a conocerle tanto, que al fin pudimos distinguir cuándo lo hacíamos a su gusto, revelación que comprendíamos por cierta expresión en los ojos, por una disimulada y ligera sonrisa, por un imperceptible movimiento de cabeza. No quería volvernos vanidosos, y por eso no nos tributaba elogios.

Al llegar los exámenes, era diferente; entonces nos alentaba, nos daba ánimo y hasta llegaba a decir que tenía plena confianza en nosotros. Hubo vez que, ante el jurado, al decirle yo con la voz temblorosa: “Maestro, van a reprobarme sin remedio”, hubo vez, digo, que llegó a responderme: “Déjate se tontearías, Juanillo; tus estudios están perfectamente”. Pasó el examen, salí aprobado con una calificación que a poco andar olvidé, pasó el día, pasaron los años, pero lo que no se me olvida aún es la impresión que recibí al oír decir al maestro Floriani: “Tus estudios están perfectamente”.

Con frecuencia íbamos a visitarle a su casa, pequeña y bien decorada. En artístico desorden se veían allí bronces, mármoles, jarrones, bustos de músicos y poetas, cuadros, vitrinas, dos pianos de media cola y un armónium.⁹

En aquellos pianos, Floriani interpretaba cuanto le pedíamos. Beethoven era su autor predilecto, aunque adoraba la música de Chopin y gustaba de la de Grieg.¹⁰ Después nos hacía conocer sus propias

⁹ Instrumento con la forma exterior de un piano, al que debe dársele aire por medio de una especie de pedal.

¹⁰ Ludwig van Beethoven, nacido en Bonn, Alemania, en 1770 y fallecido en Viena en 1827, fue un compositor alemán, conocido por el freno de su carrera a raíz de una sordera que lo atacó desde 1796. // Frédéric Chopin, nacido en Zelazowa Wola, actual Polonia, en 1810, y fallecido en París en 1849, fue un compositor y pianista, reconocido por lo poético de sus composiciones en el piano, lo cual volvió este instrumento el más

obras, composiciones bellísimas, de un sabor clásico muy marcado, llenas a la vez de arranques apasionados y de frases delicadísimas.

Al terminar la clase en el Conservatorio, todos los alumnos acompañábamos al maestro hasta su casa; y si era noche de luna, íbamos con él al parque, donde, sentados en algún banco, nos refería los más interesantes sucedidos. No faltaban los temas: la inmensa desesperación de Beethoven al sentirse sordo cuando estaba en la plenitud de su genio; la muerte de Chopin, producida por una tisis¹¹ lenta, que poco a poco había ido minando su vida; las extravagancias de los grandes músicos; los triunfos alcanzados por ellos; las decepciones que emponzoñaron su existencia...

Y corrían las horas, él hablando con vehemencia, nosotros llevados por su fácil palabra a sitios lejanos, para presenciar esta o aquella escena...

II

Así, suavemente y casi sin darme cuenta, se habían deslizado cinco años de mi vida, en los que, día por día, aquel cariño hacia el maestro había ido echando raíces profundas en mi corazón.

reconoció en cuanto a la música romántica.// Edward Grieg, nacido en 1843 y fallecido en 1907, en Bergen, fue un compositor noruego conocido como el principal exponente de música nacional de su país.

¹¹ Enfermedad que hace adelgazar de manera gradual y lenta, causa fiebre y provoca úlceras en algún órgano.

Una noche fría y lluviosa en que nadie se hubiera atrevido a cruzar la calle, yo, protegido por mi paraguas, salí de casa rumbo al Conservatorio. Era noche de clase, y por nada habría faltado a ella.

Bien sabía yo que casi todo el plantel estaría vacío; pero me halagaba la idea ciertísima de que en nuestra clase, y sin faltar el maestro, se hallarían ya todos reunidos. Me adelantaba con el pensamiento, y sentía ya en mi cuerpo, aterido por el frío, el confortante calor que allí reinaba. Floriani estaría llevando el compás, febrilmente, mientras murmuraba su inseparable: “No, no; con más delicadeza, con más dulzura...”

Caminaba yo de prisa, chapoteando entre el barro, empapado, temblando de frío. ¡Cuánto se iban a reír mis compañeros al verme llegar más mojado que un perro de aguas! Y ya oía la voz de Floriani, diciendo:

—¡Pobre Juan! Hoy, con los dedos engarabitados,¹² va a darme su lección peor que nunca...

Apresuré mis pasos y pronto estuve en el Conservatorio. Subí de prisa por las amplias escaleras, y sin echar una ojeada al jardín, porque el viento hería los ojos, me dirigí hacia la clase.

Por fin llegué a ella, abrí la puerta y entré; mas, ¿qué vi?

¹² Con forma de garabato, provocado, sobre todo, por el frío.

La clase, siempre tan silenciosa y tan tranquila, estaba revuelta; nadie en su sitio de costumbre; todos discutiendo con ímpetu, y, lo que era aún más extraño: el maestro, ausente... ¿Qué acontecía?

Al verme, mis camaradas prorrumpieron en esta exclamación:

—¡Por fin llegas! ¡Solo a ti esperábamos ya!

¿Qué quería decir aquello?...

—Pero... ¿qué es lo que pasa? —les pregunté, asombrado.

—Nada, casi nada —me respondió con voz extraña uno de los compañeros—. Poca cosa: que el maestro Floriani parte para Francia, donde le ofrecen un puesto en el Conservatorio de París,¹³ y nos deja. Ya ves... poca cosa.

Y a continuación, sin darme tiempo de hablar, me mostró una tarjeta del maestro, en la que nos anunciaba su partida, citándonos para su casa.

—Y puesto que ya estás aquí, salgamos en seguida —dijeron los compañeros—.

Yo era un autómatas que aún no tenía tiempo de reflexionar sobre mi desgracia, más bien dicho, sobre la desgracia de todos. Aquello nos hundía. El maestro Floriani era el orgullo del Conservatorio y

¹³ Se refiere al Conservatorio Nacional Superior de Música y Danza de París, una institución pública en la que se ofrece formación profesional en música, danza y otras actividades relacionadas. Fue fundado el 3 de agosto de 1795, bajo el nombre de Conservatoire de Musique.

estaba reputado como el primero en el profesorado. Suprimido él, ¿con quién íbamos a sustituirlo? Esto, por una parte, y por la otra, nuestro inmenso cariño al maestro... Aquello era aplastante.

Salimos media atontados por la brusquedad del golpe, y nos echamos a caminar, como ebrios, por las oscuras calles encharcadas. La lluvia era más menuda, pero más picante, y oleadas de un viento de hielo nos azotaban el rostro.

Era tal la rapidez de nuestra marcha, que no teníamos tiempo de hablar, y cada uno se entregaba por su lado a meditar sobre la brusca sacudida que nos daba la suerte cuando más seguros nos sentíamos.

Por lo que a mí se refería, no hay palabras bastantes para describir la pena inmensa que me embargaba al pensar en la pérdida del maestro, aquello no tenía nombre. Era inconcebible. Yo casi no lo creería sino hasta que la desgracia fuera evidente, hasta que el maestro Floriani estuviese ya muy lejos de nosotros.

Después de caminar largo tiempo entre la lluvia y las brumas de esa horrible noche, llegamos por fin a la casa del maestro.

Sonó el aldabón,¹⁴ abrió el criado y entramos. Confieso ingenuamente que cuando me vi en ese pequeño salón donde habíamos pasado tantos ratos

¹⁴ Pieza de metal que se coloca en la puerta para llamar con un golpe.

deliciosos escuchando al maestro, y pensé que todo aquello se perdía, poco me faltó para soltarme a llorar como un chiquillo.

Iba a hundirme en hondas reflexiones, cuando Floriani entró en el salón.

Al verle, ninguno pudo hablar. ¿Qué íbamos a decirle?... Pero él, con la ternura que reservaba para los grandes momentos, vino hacia nosotros, y abrazándonos uno a uno:

—Comprendo vuestra pena —dijo—. Yo también lamento de corazón alejarme de vosotros; pero... ¿qué puedo hacer!... El arte me lo exige.

Y nos hizo ver sus razones: la necesidad para él de ocupar un puesto de esa categoría; la esperanza que abrigaba de que en el Conservatorio de París fuese adoptado su método, un método rigurosamente progresivo, en el que había trabajado por largos años; las promesas halagadoras que se le hacían; el anhelo inmenso que tenía de ir a esa gran capital para ganar la opinión que lo consagraría como verdadero maestro; la ilusión que abrigaba de ver sus obras publicadas en Francia, y luego la de escucharlas instrumentadas por aquella orquesta maravillosas del Conservatorio... ¡Ah!, nosotros no sabíamos cuánta era su ambición de gloria; él se sentía subyugado por ella, y luchaba, lucharía hasta alcanzarla, hasta sentirse llevado en sus alas potentes...

Y todo esto lo decía con voz temblorosa, emocionado por la pena que le causaba la idea de abandonarnos.

En cuanto a nosotros, le escuchábamos conmovidos, y ninguno se atrevía a murmurar una frase de queja.

Él volvía a tomar la palabra para demostrarnos que su partida era precisa, necesaria.

—Sin embargo –repetía–, el vacío de vosotros me seguirá por todas partes... ¡Estoy tan acostumbrado a vuestra compañía!... ¡Tan acostumbrado a quereros!

Aquí hubo una explosión, y todos hablamos. Nos dejaba, y esto era lo único que comprendíamos; prefería la gloria a nosotros, que éramos “su familia”, como él nos llamaba; iba en pos de nuevos alumnos, y abandonaba a los que le querían con toda el alma... Esto era lastimoso. Pagaba con ingratitud nuestro afecto; sacrificaba a sus pobres discípulos, sin ver que, por él, ellos hubieran dado hasta la vida...

—Pues bien –dijo en ese momento Floriani–; probadme que sabéis sacrificaros por mí, dejándome partir sin tacharme de ingrato...

El golpe estaba dado. Sin embargo, ninguno quería declararse vencido. Cada uno tenía algo propio que alegar, algo especial que decir...

La lucha fue reñida y larga; nos defendíamos como soldados, como leones... Pero al fin tuvimos que ceder: la determinación de Floriani era irrevocable y había sido pensada despacio; nada le haría cambiar de voluntad; la tenía de hierro, y, además, la razón estaba de su parte. ¿Quién hubiera podido convencerle de lo contrario?... Tuvimos que ceder.

Bajamos la cabeza y dejamos que el destino pasara sobre nosotros, arrasándonos en su ola arrolladora...

Callamos, y sólo Floriani habló en esa noche. El maestro desplegó su fantasía de un modo brillante y deslumbrador. Habló como un inspirado; nos mostró hasta el último rincón de su alma, dejándonos ver todas las fulguraciones de su genio.

Y después, cuando a instancias nuestras tocó en el piano las obras favoritas, yo, abrumado por el exceso de tantas impresiones, me levanté bruscamente del sillón, llegué hacia Floriani, y abrazándole con arrebato, le dije:

—Maestro, el piano ha muerto para mí; jamás volveré a tocarlo.

No quiero referir nuevas escenas. Solo diré que diez días después de aquella noche inolvidable, antes que el sol despuntara en el horizonte, un grupo silencioso de jóvenes se paseaba a lo largo del andén. Éramos nosotros, que habíamos ido a dar el último adiós al maestro Floriani.

Éste, profundamente conmovido, caminaba a nuestro lado, dirigiéndonos la palabra a media voz. Nos daba los postreros consejos, nos hacía las últimas recomendaciones, nos exhortaba al estudio constante, y acabó por repartir entre nosotros unas hojas de papel escritas de su propia mano, en las cuales había anotado los defectos en que podríamos incurrir y el procedimiento más seguro para evitarlos.

—Por lo que hace a mí –le dije–, no rezan con mi persona esos consejos: he dicho que no vuelvo a

tocar, y lo cumpliré. Anoche mismo eché la llave a mi viejo piano, y aquí la traigo. Tómela usted, maestro; es el único presente que puedo hacerle.

Y al decir esto, se la introduce en uno de los bolsillos del abrigo de viaje. Quiso decir algo; pero no hubo ya tiempo; en esos momentos daban las últimas campanadas, y el tren comenzaba a moverse.

Rápidamente nos estrechó a todos en sus brazos, y subió a la plataforma. La máquina silbó estrepitosamente, arrastrando los vagones con violencia, y poco después, el tren se perdía a lo lejos, entre el humo y la distancia...

Cuando no quedó ya nada en el horizonte, nos volvimos silenciosos y tristes, sintiendo en el alma un vacío infinito. Y al llegar a la ciudad, cada cual tomó por su lado; ya no éramos una familia: cada uno seguiría distinto rumbo en el camino de la vida...

Aquello fue un desconcierto completo, un desorden; todos andábamos en dispersión.

Al día siguiente fui al Conservatorio a recoger mis libros. La clase estaba polvosa, oscura y fría... Tomé los cuadernos y me salí a toda prisa.

En los altos corredores, los criados, armados de escobones, sacudían el techo. Los nidos caían al suelo produciendo un golpe seco, y las golondrinas, piando asustadas, huían a la desbandada...¹⁵

—Como nosotros... —pensé—.

¹⁵ Huida que se da en desorden.

III

Hoy, ya soy casi un viejo. Algunas canas orlan¹⁶ mi frente, como la hiedra orlaba en aquel entonces las paredes ruinosas del Conservatorio. Pero cuando escucho a mi pequeña Lili, que con sus dedos color de rosa intenta modular en el piano algún cantarcillo, una oleada del pasado viene a orear mi cansado cerebro, y olvidando por un momento las realidades de la vida, me echo a soñar como entonces; vuelvo a sentir mi corazón rebosante de entusiasmo; vuelvo a ser joven; vuelvo a conversar con aquel inolvidable maestro, y así, medio adormecido por los recuerdos, me hundo en grata somnolencia.

De pronto, la impresión producida en mi frente por un beso tibio, me saca de esas ensoñaciones plácidas: es mi pequeña Lili, que al oírme articular un nombre, me pregunta con dulce curiosidad:

—Papá, ¿quién es Floriani?

—Floriani eres tú ahora, vida mía —le respondo, atrayéndola hacia mí con ternura.

Y así, abrazados los dos, vuelvo a soñar en el pasado.

México

¹⁶ Sinónimo de *decorar*.

UNA CARTA ROMÁNTICA

Sentada en su mesa de trabajo, mi amiga me mostraba sus libros favoritos, sus recuerdos, sus apuntes.

—Mira —me dijo de pronto, abriendo un cajón y sacando un pequeño papel escrito—. Mira esta carta. Es de Rosa, dirigida a su novio. Hace un año, cuando fui a mi pueblo a pasar el verano en su casa, la escribió una tarde, frente a los setos del jardín, y yo, antes de que la cerrara, saqué esta copia; léela, es una carta romántica.

La letra era pequeña y clara.

“Sólo porque el viento llevaba muy de prisa una hoja —decía la carta— se nubló la luz en mis ojos, sentí frío y abrí el alma a la tristeza... Fue que el huir de esa hoja apresurada me hizo pensar en tu partida, en tu olvido... Porque tú, como todo lo que es ilusión y ensueño, has de alejarte... ¡Quién lo duda! Eres no más la golondrina que se detiene un punto en el alero del tejado, y que después, con las alas en cruz,

huye y desaparece entre los arreboles¹ de la tarde... Te irás. Porque el amor tuvo alas siempre, y las alas son inquietas.

¿Cómo será tu partida? Punto de tristes meditaciones es para mi pensamiento esta pregunta. No creo que partas en primavera –esto sería un desentono con la naturaleza amiga–. Partirás en otoño, cuando el pastor de los valles, y las ovejas que él cuida, caminan sobre alfombras de hojas mustias; cuando el viento no abre capullos, sino que despoja ramas; cuando los días comienzan a morir temprano y se arropan con neblinas.

”Como siempre, estaré esperándote en la ventana, puestos los ojos sobre el sendero que han abierto tus pasos entre la maleza. Y tú llegarás para decirme estas breves palabras: —Tengo que partir; un grave llamamiento me obliga a hacerlo, pero volveré bien pronto; lo prometo... lo juro.

”Dicho esto, desandarás el camino que recorriste, y te marcharás para siempre.

”Como un recuerdo tuyo quedará ese angosto sendero que abrieron tus pasos, pero bien pronto la maleza volverá a juntarse en un beso salvaje, y la vereda habrá desaparecido... Esto será como el símbolo de lo irremediable. Y será también entonces cuando muera definitivamente la esperanza de un retorno.

¹ Nubes rojizas que adquieren este color por su iluminación con los rayos del sol.

”Te irás... Estas dos palabras, desde que huyó ante mí la hoja seca, me siguen con obstinación. En mal momento salí al campo en busca de algunas florecillas que mandarte dentro de mi carta, no había acabado de cortarlas cuando un extraño rumor me obligó a volver el rostro... Era la hoja crispada que huía locamente, como si una mano invisible la empujara... Esa mano era el viento, y ese viento era el destino. Y ese destino es el que ha de llevarte muy lejos de mí, tan lejos, que no habrá puente ni sendero que otra vez pueda traerte...

”Perdona que, en vez de esas flores que no quise ya cortar, vaya dentro de esta carta una legión de mariposas negras... ¡De lo que es capaz una hoja que huye! Por ella te escribo tan tristemente. Empujada por ella me asomo con frecuencia a la ventana para ver si la maleza respeta aún la vereda que abrieron tus pasos. Me ha parecido más angosta que ayer... Esta noche soñaré que la hierba salvaje crece en ella como en las selvas vírgenes... Pero mañana diré al pastor que a menudo lleve allí sus cabras, ellas morderán con avidez los brotes, y no dejarán que las raíces tiendan su red en la tierra de ese camino...

”Con ansia guardo el nuevo día para salir en busca del cabrero. Alegre va a sentirse con la noticia: nunca pastaron sus rebaños hierba más tierna y fina... Es preciso que la muerdan toda, que la recorten sin piedad, que la agosten, que la arranquen de raíz...

”¡Oh, bien mío! Mira de lo que es capaz una hoja que huye”

La carta terminaba aquí. Después de leerla quedé en silencio, y luego pregunté:

—¿Se casó ya Rosa con el que amaba?

—No –me dijo mi amiga–. Él no volvió. Y como el cabrero no llevó a pastar allí a sus cabras, la hierba creció con vigor salvaje, y el camino está ya cerrado para siempre...

—¡Es posible! –exclamé, sintiendo mi corazón más cerrado que aquel camino–. ¡Conque él no ha vuelto!... ¿Y por qué?

—No se sabe –dijo mi amiga–. Pero yo lo adivino: es que no agradan a muchos hombres las mujeres románticas...

México

LO IRREMEDIABLE

El tranvía en que yo ocupaba esa tarde uno de los asientos de atrás, se detuvo de pronto, y vi subir, por la plataforma delantera, a una joven rubia, de ojos grises, y a un caballero moreno y distinguido que abrió la puerta con rapidez. Ambos buscaron ansiosamente sitio donde colocarse, y como sólo hubiese un asiento libre en aquellos primeros bancos, la joven avanzó para ocuparlo; pero entonces, el humilde obrero que a su lado iba a quedar, se levantó respetuosamente y ofreciendo el asiento al caballero, se encaminó hacia el lugar vacío que estaba en mi banco, al extremo del tranvía. Mientras avanzaba este hombre pude advertir, con pena, que era jorobado. Me corrí cuanto pude hacia la ventanilla para dejarle alguna comodidad, y él, tocándose la gorra cortésmente, me dijo:

—Siento incomodarla, pues no es agradable tener por compañero a un corcovado. Pero me ha parecido preferible ocupar este sitio vacío, a separar a ese matrimonio que acaba de entrar... Forman los dos tan completa y hermosa pareja... Ya los habrá

usted visto: él, corpulento, como corresponde a un hombre; ella, fina, rubia, de hermosos ojos grises... No he querido apartarlos ni en el tranvía... Que gocen de su felicidad sin interrupción.

—Es usted generoso –le dije–. Se preocupa usted demasiado por la dicha ajena.

—Es que... como yo nunca he podido darla, no quisiera estorbarla... Ya sabe usted que los jorobados tenemos mala sombra... Por eso he pedido a usted perdón de sentarme a su lado...

Y como viera que iba yo a interrumpirle:

—No, no –me dijo–. Ésa es mi creencia, y no cambiaré jamás. Llevo la mala sombra a todas partes. Donde pongo la mano, la hierba se seca... Es irremediable, ¡irremediable... como mi joroba! Ya ve usted: hay muchos ciegos que obtienen cura; algunos cojos vuelven a marchar tan bien como los soldados; las fiebres, ceden; el tísico¹ se alivia y hasta sana; la locura pude dar paso nuevamente a la razón... pero la corcova... ¡es irremediable! ¿Lo entiende usted bien? ¡Irremediable!...

Los ojos de aquel hombre y el tono de su voz estaban en perfecto acuerdo. Unos y otros destilaban el escepticismo más cruel.

Intenté nuevamente protestar contra sus ideas; pero él volvió a interrumpirme:

¹ Persona que padece tisis (para recordar sobre la tisis revisar nota 11, p. 195).

—Es inútil cuanto se me diga... E irremediable, como mi joroba, es la creencia que tengo de llevar la mala suerte a los demás. Para que usted me diese la razón, fuera preciso referirle uno por uno los muchos males ajenos de que he sido el causante, sin querer, y las propias desgracias que caen sobre mí como lluvia nutrida. Y esto, desde niño... Ya no es tiempo de esperar otra cosa. Hago mi desgracia y la ajena. Las dos me duelen mucho, porque las dos caen sobre mí. Todo se achaca a mi corcova, ¿entiende usted? Ella es la culpable. Yo no podré decir jamás, como dicen muchos: “Fulano, o Mengano me debe a mí su felicidad, porque una vez...” Esa vez no ha llegado para mí, ni llegará. Y bien sabe Dios que hacer la dicha de otro me habría proporcionado una inmensa alegría; pero por eso, precisamente por eso, no haré la felicidad de nadie, porque a mí me está vedada toda felicidad.

Quise por tercera vez decir alguna cosa, y por tercera vez se apresuró a interrumpir mis palabras.

—Tengo que marcharme ya –me indicó, tocándose la gorra con respeto y apretándose a salir–.

Detuvo el tranvía y bajó rápidamente.

Como relámpago habían pasado ante mí su persona y su charla.

Con pena le vi alejarse por la calle, cojeando un poco, deforme, sombrío...

Meses después, en un tranvía, tuve que replergarme en mi banco para dejar sitio cómodo a una joven esbelta, rubia, de hermosos ojos grises, que

acababa de entrar acompañada de un caballero moreno y distinguido. Los reconocí al instante. Era la pareja aquella a la que no había querido separar el obrero escéptico. La joven tomó asiento a mi lado, y su compañero se instaló en el banco delantero, donde había también un lugar vacío.

De tiempo en tiempo, la pareja cambiaba ideas. Ya era el caballero quien, volviendo el rostro hacia atrás, formulaba una pregunta; ya era la joven quien adelantaba el cuerpo para hacer alguna observación. Yo los estudiaba con placer, parecían quererse y comprenderse hasta llenar la media.

De pronto, el caballero, señalando hacia la calle, dijo a la joven, con presteza, aunque bajando la voz:

—Mira al autor de nuestra dicha...

Volví el rostro precipitadamente. Un hombre, deforme y un tanto cojo, cruzaba en ese momento la angosta calleja. Al punto le reconocí: era el jorobado.

La joven, ansiosamente, le dirigió una tierna mirada, reveladora de inmenso agradecimiento y simpatía.

—¡Pobrecillo! —agregó—. No sospecha siquiera el bien que nos hizo...

Era tan buena y tan dulce la voz de esa mujer, que me atreví a exclamar, olvidando toda conveniencia:

—¡Qué alegre se sintiera ese hombre si supiera que alguien le debe un servicio!...

—Y éste no es pequeño —me dijo la dama—. Ha de saber usted que una vez... al subir yo al tranvía,

ese hombre, creyendo que un caballero que entraba también al mismo tiempo que yo, venía conmigo, se levantó del banco que ocupaba, y nos cedió el asiento a los dos. ¿Comprende usted?... Ese acto suyo fue el principio, la causa de mi matrimonio con dicho caballero... Y ese caballero, a quien yo no conocía antes de aquella ocasión, es éste que usted ve aquí... Por eso decimos mi marido y yo que nuestra dicha se le debe a ese hombre, sólo a él...

Una ansiedad inmensa de referir al pobre cojo cuanto acababa yo de saber se apoderó de mí. Juzgué un deber notificárselo. Era preciso enterarle de que por causa suya, solamente por su casusa, dos seres habían encontrado en este mundo la suprema felicidad...

Vertiginosamente me puse en pie, dije adiós a la dama, y como el tranvía se detuviera en ese instante, bajé con precipitación. A todo correr avancé por la acera, esperando alcanzar al jorobado, pero éste no aparecía ya por ninguna parte.

Pensando que tal vez hubiese entrado en alguna casa, de la que saldría más o menos tarde, me instalé pacientemente en el centro de la calleja —que no era muy larga—, y comencé a esperar.

He advertido que siempre, para estos casos, hay un reloj que marca las horas...

Ese reloj dio aquella tarde las cuatro, las cinco, las seis... Poco después, la sombra, con su dedo inflexible, empezó a borrarlo todo... Las luces de los faroles me parecieron chispillas intermitentes, encargadas sólo de sembrar la confusión.

Con todos estos factores en contra, mi esperanza de hallar al humilde obrero se borró también...

Sin embargo, propuesta a encontrarle, esperé todavía muchas horas al arrimo de un portal; mas como la soledad de aquella calle, desconocida para mí, fuera acentuándose poco a poco hasta llegar a ser completa y desconcertante, mis resoluciones de espera comenzaron a desfallecer.

Y como una voz interior me dijese, además, que no había de ver ya nunca al que iba buscando tan afanosamente, prescindí de esperarle y me marché, por fin, no sin repetir aquella exclamación amarga, que era su favorita:

—¡Irremediable!... ¡Irremediable!...

Madrid

LA NUBE

A Felicidad Galván y de la Rosa¹

Bajo el cielo suave, levemente matizado de azul, todo el valle, desde el pequeño remanso,² que copia en su minúsculo espejo esas mágicas tintas hasta el lindero del bosque, donde ya se ennegrecen los ramajes, todo sonrío. Cantan los pájaros, juega el viento, danzas las mariposas, revuela fantásticamente la flor desprendida del manzano... Y ríe la luz, ríe la linfa³ del agua, ríen las golondrinas, ríen los ecos...

¹ Dado que su nombre aparece en un par de notas periodísticas del siglo xx de México, situadas en Coatepec, Veracruz, en la sección de notas sobre la sociedad y los encuentros de familias distinguidas, se cree que fue una de sus amigas de Coatepec.

² Lugar o situación en la que hay mucha tranquilidad y, por tanto, mucho disfrute.

³ Forma poética de llamar al agua.

Pero como el mundo es contraste, allí, bajo la hermosa encina que semeja un temblante dosel,⁴ los dos enamorados se envuelven en invencible tristeza.

Es en vano que hablen de amor, en vano que tejan ilusiones, en vano que levanten esperanzas... Todo cae por tierra apenas intenta levantarse... ¡Está ella tan pálida! ¡Está su prometido tan lleno de sentimientos negros!

Un secreto se alza entre los dos, con miras de separarlos. Es una palabra sencilla, escrita para él por mano segura, por mano sabia. No son sino unas cuantas letras juntas, unas cuantas sílabas que, disgregadas, valdrían mucho menos que las arenillas del mar; pero que unidas en el orden que guardan, son fatídicas, impías,⁵ desoladoras...

¿Cuál es la palabra temida? Ésta, que parece tan simple: *Desahuciada*.

Los ojos de la elegida no han seguido los giros de estas letras negras y crueles. Ella ignora que allí mismo, a unos centímetros de su corazón, en la cartera gris de su amado, la inicua⁶ palabra está doblada sobre un papel... Dijérase un puñal encogido en la vaina, dispuesto a salir en el momento menos esperado...

Pero su prometido conoce bien la palabra. La ha deletreado lentamente, sin querer sorprenderla

primero, y después, palpándola, ahondando su significado, pasando entre sus págs para llegar al fondo y beber el veneno aposentando en ella... Su alma está ya saturada por ese veneno, por esa idea desoladora. A veces, lucha, la espanta, la ahoga, y él, para engañarse, ríe; pero esta risa importuna, forzada, que suena tan mal, le pone enfrente la visión de las calaveras, mostrando eternamente los dientes... Entonces, medroso, encuentra que es menos macabro y hasta más digno entregarse valientemente al dolor. Y su espíritu, como flor de resignación, se abre a la pena, sintiendo que ésta baja y le envuelve lo mismo que una neblina espesa, entre la que no se vislumbra ni el menor claro de luz...

Y allí están los dos enamorados, a la sombra de la gigante encina, levantando esperanzas sin base, que tiemblan en el viento, y que caen irremediablemente, haciéndose pedazos...

El diálogo se corta a cada instante; entonces, un silencio fatídico les deja inmóviles, con la vista perdida en lontananza.⁷ Pero la enferma se rehace y expone con vehemencia su anhelo: quiere vivir, vivir...

Plegando sus blancos labios, tan blancos como si fuesen de cera, dice con una sonrisa que parece un crepúsculo:

⁴ Mueble de cierta altura que se utiliza para proteger un lecho o altar.

⁵ Falto de piedad.

⁶ Sinónimo de *injusta*.

⁷ Expresión usada para referir algo que no logra distinguirse por lo lejano que se encuentra.

—He de amarte siempre, siempre... Algo me dice esta tarde que te amaré por mucho tiempo todavía; algo me lo dice al oído, y yo lo creo. Es imposible morir tan temprano. Mira los campos, el horizonte, el cielo... y dime, ¿algo habla de muerte? ¿Es posible morir cuando todo a nuestro alrededor habla de vida? ¿Cuando hay tantos perfumes en el aire, tantos colores arriba, tantas flores abajo y tanto amor dentro del alma?... ¡No, no: viviré! Podremos amarnos por mucho tiempo todavía. Me lo dice el remanso, esta vieja encina que aun resiste el peso de los años, el viento, las nubes, sí, sí, las nubes —exclama en un raptó de entusiasmo y con voz febril—, las nubes; mira hacia allá, por aquel claro del cielo que semeja un lago de plata... ¿Ves?... Allí, allí va la alegoría⁸ de nuestro amor... Mírala bien; esa nube la forma: una barca pequeña que boga tranquilamente por un mar luminoso y azul... Es la barca de nuestros amores... Mira, mira...

Él, con inmensa ansiedad, busca por todo el cielo esa nube que tiene la forma de una barca y que es, para los ojos de la enferma, la alegoría de su amor.

—¿Por dónde, por dónde? —repite anhelante, explorando el firmamento—. ¿Por dónde?...

—Es allá —le indica ella, señalando hacia el horizonte—. Allí, por aquel claro del cielo... Mira, mira...

⁸ Se refiere a una invención en la que una imagen representa algo distinto a lo que es.

Y mientras el enamorado busca ansiosamente una barca en la inmensidad azul, la nube se mueve poco a poco, y cuando al fin llega él a verla, no es ya una barca que boga en el agua luciente, sino algo informe y sombrío que semeja un féretro...

Madrid

MONÓLOGO LÍRICO DE PAZ

Pequeno jardín con verja hacia la calle. Paz, mujer interesante y bella, está sentada en un banco, bajo la sombra de los árboles. Parece añorar tiempos mejores. Su voz tiene un dejo de melancolía.

PAZ (*mirando hacia el suelo*). —Hoy, más que nunca, en esta hermosa tarde, me viene el recuerdo de la patria lejana. Siento correr por mi cuerpo un violento calofrío... (*Después de una pausa, Paz se pone en pie y se dirige al público*). En mi tierra, que es un pueblo pequeñín, capaz de caber en el hueco de una mano, todas las calles son de igual categoría; por eso quien ahora vive junto a la parroquia, mañana puede habitar cerca del río. No me miréis, pues, con asombro si os digo que cuando yo contaba siete primaveras, mi casa estaba cerca del camposanto.

La menuda flor de los saúcos¹ que adornaban aquel cementerio se entregaba al viento para ir a alfombrar nuestros corredores. Yo la juntaba en montículos, y luego volvía a esparcirla, fingiéndome en ella la espuma que blanquea las playas.

En mi casa había un jardín lleno de flores, y un corral con gansos y palomas; pero yo, para mis juegos, prefería el camposanto.

Como la pequeña heroína de William Wordsworth,² gustaba de saborear mis tortas con miel vagando entre las tumbas. Allí, mis canciones, a las que el viento ponía sordina y modulaba, parecíanme deliciosas, y nunca bebía más vida que cuando triscaba³ por aquel reino de la muerte.

No os asombraréis tampoco si os digo que mi mejor amigo por aquel entonces era uno que estáis muy lejos de suponer: el enterrador.

¿Lo imagináis encorvado, con las manos engarbitadas⁴ y recias, con la nariz puntiaguda, los ojos perversos, medio escondidos bajo la maraña de las cejas grises, y la boca torcida por la sonrisa mala y triunfal del verdugo que tiene bien cogida su presa?

¹ Árbol común de España que tiene hojas de color verde oscuro, olor desagradable, sabor irritante y flores blancas usadas para la medicina.

² Poeta inglés nacido en Gran Bretaña en 1770 y fallecido en 1850 en Rydal Mount.

³ Se refiere a alguien que se mueve de manera inquieta de un lado a otro.

⁴ Revisar nota 12, p. 196.

Pues estáis engañados.

Pablo, el enterrador, era un mozo que vendía vida; con las mejillas sanas y duras; bien plantado, como árbol que no solicita pértiga⁵ para enderezarse; con los cabellos más tersos que las plumas del tordo⁶; con la manos lisas, los ojos luminosos, la boca sonriente.

Ése era Pablo, mi amigo.

El oficio de enterrador en mi bendita tierra no era fatigoso: las gentes no querían morir. Y si Pablo cogía la azada muy a menudo, era solamente para aflojar la tierra de sus coles, o para ensanchar las zanjas por donde iba el agua.

Y cuando Pablo no abonaba sus hortalizas, cogía mariposas para mí, coronaba mi cabeza con guirlandas de flores recogidas entre las cruces, labraba pedrezuelas o huesos de albaricoques para mis juegos, me hacía collares ensartando las bellotas caídas, me alzaba en sus brazos para que yo cortara del árbol las manzanas, corría conmigo por los senderos incultos; y cuando ya rendidos caíamos a descansar sobre la hierba, Pablo, afinando su voz dulcísima en el tono menor, cantaba canciones de sentimiento y melancolía. Bien recuerdo sus coplas.⁷

⁵ Vara que suele ser larga.

⁶ Es un pájaro de España que posee un plumaje característico por su combinación de blanco y negro.

⁷ Tipo de canción popular en España que trata, sobre todo, temas amorosos.

Paz canta con dulce voz:

Cuando yo la conocí,
ya le vi
esa sortija en la mano...
Hermano que vez mi pena,
¡quítame la vida, hermano!

Después de una pausa, Paz entona esta nueva canción:

De su garganta pendía
un relicario de oro;
pero ninguno sabía
qué recuerdo o qué tesoro
esa joya encerraría.

Y cuando al fin, ¡ay! murió,
la mujer que lo llevó
con tan honesto recato,
una amiga me contó
que en el relicario vio
mi retrato...

Paz suspira, y canta esta copla final:

Al pie del ciprés umbrío
lloro un pesar y un desvío.
Pájaro del pico verde:

¡baja del ciprés y muerde
este corazón que es mío!

Paz cesa de cantar y dice: —La voz de Pablo se alzaba en el viento y parecía balancearse en él con los giros de una lánguida mariposa...

Yo, acurrucada como un pajarillo junto a Pablo, escuchaba plácidamente aquellas melodías; y a través de esas palabras y de aquel tapial⁸ que limitaba el cementerio, mi pensamiento volaba hacia horizontes amplios, hacia el mundo que recorrería después, y que ha sido menos grande y hermoso de lo que lo viera entonces mi imaginación de niña.

Paz suspira, y continúa: —Mientras Pablo cantaba, trenzaba y destrenzaba mis cabellos, me cerraba los ojos, medía mis manos con las suyas. Yo, al ver la pequeñez de las mías, que se perdían entre sus fuertes dedos, recordaba el cuento de *La niña y el gigante*.⁹

—Pareces una muñeca —decíame Pablo, de pronto, interrumpiendo el canto y besando mis dedos diminutos—; pareces un angelito de iglesia...

Y cogiéndome fuertemente en sus brazos, se levantaba para pasearme entre las tumbas floridas, diciéndome con voz de mimo:

⁸ Pared o pequeño muro hecho con tierra amasada.

⁹ Es un cuento escrito por el español Romualdo Nogués Milagro, y publicado en una antología de cuentos titulada *Cuentos para gente menuda que da a la estampa un soldado viejo natural de Borja*, en 1887, en Madrid, España.

—¿Quién es la niña que yo prefiero? ¿Quién es la rosita más blanca de este jardín?...

Paz medita un instante, como quien evoca lejanos recuerdos, y luego añade: —El Tiempo, ese hilanderero infatigable, lleva ya enredados en el huso¹⁰ muchos años desde que mi casa lindaba con el camposanto amigo.

Lejos de mi pueblo estoy ahora, en ciudad que tiene suntuosos cementerios con monumentos de mármol.

He paseado entre ellos para admirar las estatuas que los coronan, las columnas con cadenas de bronce que los limitan, las guirnaldas de piedra que corren severamente por sus frontispicios.¹¹

Conozco a los enterradores, hombres de frente estrecha, de cabeza hirsuta¹² y descuidada, de mirar sesgado, de boca fría, donde la sonrisa se hiela, de manos terrosas y endurecidas, de voz cascada, que ignora la inflexión piadosa y que sólo sabe ironías y burlas.

Son las manos de estos enterradores las que cortan los dedos de los muertos para robar sus joyas; las que cavan la fosa, renegando del trabajo duro; las que bajan los cajones con ademán brutal y descui-

¹⁰ Instrumento de madera, con forma redondeada, que sirve para hilar con torceduras y enrollado.

¹¹ Fachada de una casa, mueble o edificio.

¹² Hace referencia a alguien que posee un cabello duro y disperso.

dado; las que después arrojan la tierra sobre el hoyo con prisas descorazonadas.

Son éstos los enterradores que, al concluir la faena,¹³ lanzan un suspiro de alivio, diciendo mentalmente al pobre muerto:

—¡Ya, por fin, estás bajo tierra! Espero que no me darás nuevo trabajo...

¡Pensad cuál sería su disgusto si alguno de los que están sepultados, resucitara!...

Paz queda en muda reflexión y luego añade:

—Bien pronto he de volver al pueblo que me vio nacer. Y vosotros, los que amáis, oíd: cuando ya mi cuerpo esté en la caja, llamad a mi viejo amigo Pablo. Yo quiero que él me entierre con la misma azada que le sirva para aflojar sus coles; yo quiero que, mientras deje caer en la fosa el rocío de sus lágrimas, entone algunos de aquellos versos que abrieron a mi alma las puertas de la fantasía; yo quiero que, mientras mansamente vaya empujando mi cajón hacia el hondo hueco, cante con temblorosa voz:

Al pie del ciprés umbrío
lloro un pesar y un desvío.
Pájaro del pico verde:
¡baja del ciprés y muerde
este corazón que es mío!...

¹³ Trabajo corporal que hace una persona.

Paz termina su canto, para correr hacia la reja del jardín, donde el cartero llama apresuradamente, mostrando un sobre. Después de recogerlo, Paz lee en voz baja las señas que trae, mientras el cartero parte. —Es para mí (*dice en alta voz*), viene de mi pueblo natal. Reconozco la letra de Herminia, mi amiga de la infancia... Veamos qué es lo que me cuenta. (*Rompe el sobre, y lee*). “Mi querida Paz: Comenzaré por decirte que Pablo —ya recordarás quién es, tu gran amigo Pablo, el enterrador— ha muerto... No sabes cómo lo hemos llorado en el pueblo... Hoy por la mañana le enterraron...”

Paz se lleva las manos a la cabeza.

—¿Es posible? —murmura—. ¿Es posible?...

En ese instante, una murga¹⁴ estrepitosa cruza alegremente la calle.

Es la Vida que pasa.

Madrid

¹⁴ Se trata de un grupo de músicos que va tocando las puertas o que va por la calle buscando recibir una moneda.

VIAJANDO

Todos hablaban de viajes. Sólo aquella pálida mujer, enflaquecida y bella, que se apoyaba en la barandilla del buque, guardaba silencio.

Íbamos sobre cubierta, ante el amplio mar teñido de azul cobalto. La mañana era gloriosa. Inmensa calma apaciguaba las ondas, y el viento dormía. A la distancia, las velas de los barcos parecían inmóviles pájaros en meditación.

No había más ruido que el acompasado de la hélice; y las voces de los que hablaban adquirían matices raros y armoniosos al sonar en aquella atmósfera serena, aprisionada entre mar y cielo.

¡Oh, los viajes!... Todos los pasajeros tenían bellas cosas que contar.

—No fue París la que se llevó mis preferencias —decía un caballero que estaba a mi lado, envuelto hasta los pies en un gabán de tela oscura—. Fue un pueblecillo insignificante, pequeñísimo, al suroeste de Dinamarca. En los techos de las chozas crecía la hierba; los árboles, esqueléticos, retorcidos, tenían

un aspecto extraño, como si se hallasen bajo el influjo de la desesperación y el dolor; un cielo gris, tan bajo que parecía alcanzarse con la mano, se extendía, como una urna color de acero, sobre toda aquella comarca estremecida por los primeros soplos del otoño. Grandes ciénagas¹ se ensanchaban sobre los campos, y los patos salvajes, en bandadas caprichosas, cubrían sus orillas, lanzando agudos gritos... Nada vale París, la ciudad de las bagatelas,² comparado con aquel trozo de paisaje, único, exquisito, que ha dejado en mi alma una huella profunda...

—Yo recuerdo también un pueblecillo que me hizo inmensa impresión —dijo otro de los pasajeros—: sólo que yo no podré pintarlo tan claramente, porque lo vi a través de la lluvia. Era un rincón de Saboya;³ íbamos en el tren, cruzando una hondonada;⁴ el valle había sido extenso y cansado; pero de pronto la monotonía se rompió y, exabrupto, como cuando se levanta el telón en los teatros, apareció el pueblecillo aquel. En ese instante se soltó la lluvia, y fue así como pude contemplar, rayados por las finas gotas de agua y lo mismo que a través de un velo de muselina,⁵ el caserío, la arboleda, que

¹ Lugar pantanoso.

² Cosas de poco valor.

³ Región europea que abarca el territorio de los Alpes. Actualmente se ubica en Francia, luego de ser anexada en 1860.

⁴ Lugar donde el terreno es profundo.

⁵ Tela fina, hecha de materiales como el algodón, seda o lana.

parecía de encaje, las mozas detrás de las ventanas, las flores de los huertos, los portales, donde reían alegremente los aldeanos, y las gallinas, que picoteaban a media calle sin preocuparse de las gotas, desgranadas como perlas sobre su plumaje lustroso... Fue aquello una visión de encantamiento. Recuerdo que llevaba el espíritu entristecido, y que, al salir de aquel pequeño oasis⁶ que la máquina cruzó rápidamente, me sentí ligero, optimista, casi feliz.

La dama pálida y bella, que se apoyaba en la barandilla, fue a sentarse entre el grupo; y una rubia dijo en ese momento:

—A mí nada me agrada como Viena, la ciudad de la elegancia y la distinción...

—Nada hay como Venecia —interrumpió otra voz con apasionamiento—, la ciudad del misterio, la ciudad del agua y de la luna, la ciudad de los balcones de piedra y de las serenatas con bandolines... No hay nada como ella.

—Yo prefiero París —dijo una morena, riendo—. París, con sus bulevares, sus jardines, sus ómnibus, sus cafés-concierto, su alegría jovial y su dorado *champagne*...

Señores —exclamó de pronto el capitán del buque, cruzando de prisa por la cubierta—, nada valen París, Dinamarca, Viena... No hay sino una sola cosa: el mar.

⁶ Lugar o momento que sirve como refugio de las preocupaciones o del cansancio de una persona.

Había pasado ya, y solo quedaban sus palabras.

—Mi mejor viaje sería al Polo —dijo un militar alto y corpulento, dando vueltas a su kepis.⁷

—El mío —dijo una institutriz que bordaba junto a dos niñas inquietas— sería el que emprendiera hacia mi hogar.

Yo pensé en silencio que mi viaje mejor es el que hago cada día al País del Ensueño...⁸

—Y usted, señora —preguntó uno de los pasajeros a la dama triste y pálida—, ¿por qué no abre los labios? ¿Por qué no dice cuál sería su viaje preferido?

—¿El mío? —dijo ella como si volviese de muy lejos—. El mío, el que más me agradara, sería uno solo: el que hiciese al cementerio...

Todos callamos discretamente, y la campana sonó tres veces llamando hacia el comedor, donde los violines desataban ya las notas de un apasionado vals.

México

⁷ Revisar nota 3, p. 148.

⁸ Es una expresión que se refiere a un lugar ideal para quien lo piensa, un lugar maravilloso.

EN EL JARDÍN DE VALENTINA

— **S**on muy bellas las rosas —dijo Fabián—; pero yo prefiero las hiedras... Soy un romántico.

—Lo sé, lo sé —exclamó Valentina, y añadió—: Hay en los caminos, entre las piedras, unas flores amarillas muy sugestivas. ¿Las ha visto usted? ¿Le agradan?

—Son las que compraría si se vendiesen —respondió Fabián—; pero en los escaparates no hay sino claveles... El mundo va siempre de fiesta.

Valentina, a quien sólo restaba de su belleza la hermosura de los ojos misteriosos, se levantó del banco y fue hacia el fondo del jardín en busca de algunas hiedras que ofrecer a su amigo.

Éste, mientras ella se alejaba, clavó la mirada en la fuente y quedó silencioso.

En el jardín de Valentina había cipreses y sauces.

—¡Qué jardín tan triste! —decían los que de él se acordaban—. Por extenso y sombrío, remeda un parque. Es demasiado austero...

Pero Fabián gustaba especialmente de ese jardín, y por él iba allí, sólo por él, pues Valentina, que tenía dos hermosísimos ojos llenos de misterio, caminaba hacia el otoño de la vida y no había podido herir de amor el corazón de su amigo. Fabián visitaba el parque a menudo, atraído únicamente por los altos cipreses que se alzaban hacia el cielo como una aspiración, llamado por aquella fuente tranquila que parecía dormir, convocado por los rumores vagos que el viento arrancaba allí de las hojas y los senderos.

Valentina volvió con algunas pálidas hiedras en la mano, y entregándolas a Fabián le dijo:

—He aquí un bello regalo para su novia.

—¿Mi novia?... Pero, ¿qué novia?... —exclamó Fabián con tristeza. Y bajando la voz, añadió—: ¿No sabe usted que estoy enamorado de una muerta?...

Valentina, palideciendo un poco, fijó en él sus grandes ojos asombrados. ¿En verdad le ocurría tal cosa? Sí, había dicho Fabián. ¿No era él un romántico?... ¿Qué tenía, pues, de extraño aquello?... Estaba hondamente enamorado de una muerta, y de una muerta a quien sólo había conocido por su retrato... Esto era el colmo..., pero era también una gran verdad. La cosa había sucedido de este modo: hacía un año que, al pasar Fabián por cierta casa de compra y venta, había visto en el escaparate una pequeña y exquisita miniatura, encuadrada en un rico marco de plata. La miniatura representaba el retrato de una joven, casi una niña, con los cabellos atados al des-

cuido, y la frente serena y pura. Los ojos era negros, un poco envueltos en penumbra; las cejas se tendían como dos plumas de ave; las mejillas tenían el delicado color de los caracoles, y la boca era fina, leve, como si no fuera hecha de carne, sino de ensueño, de ambiente, de perfume... El encanto de ese retrato, por mucho que los detalles fuesen perfectos, no estaba en ellos, sino en la expresión soñadora y triste de su conjunto. Algo sugestivo, que no era el color, que no era la línea, que no era la forma, se alzaba de él como suele alzarse de los lagos, a la hora del crepúsculo, un vapor transparente que desata su gasa y los envuelve en misterio y en poesía... Aquel retrato melancólico y bello hablaba de tristezas prematuras, de presagios dolorosos, de recuerdos sombríos... Esos ojos contaban desengaños, y esa boca de línea fina tenía el dejo amargo de lo que ya probó el daño y la pena. Visto ese rostro, no podía olvidarse. Lo vago tiene más fuerza que lo definido; al ver el sol, éste hiere fuertemente y hasta ciega por un momento, pero después desaparece de la retina. Lo vago, lo impreciso, lo que está envuelto en misterio, hiere más allá de los ojos, y por eso su recuerdo perdura. Y el secreto de ese rostro estaba allí, en aquel ambiente de suavidad que lo envolvía.

Fabián quedó atado a la vitrina, con los ojos clavados en ese retrato que parecía tener una fuerza magnética. O partía con él, o no se movería de aquel sitio; un impulso irresistible y misterioso acababa de ligarle a la miniatura.

Entró en la casa de ventas y compró el retrato, no sin averiguar que éste había sido llevado allí hacía dos años.

Después, ya en posesión de él, Fabián, con un empeño que rayaba en locura, se entregó a buscar por todas partes a la dueña de aquel rostro sugestivo que le había robado vida y alma. Calles, teatros, paseos y plazas recorría febrilmente, mirando ansioso los rostros de todas las mujeres que desfilaban ante él; pero no, ningún rostro de aquellos se asemejaba al de retrato; esas caras tenían mucha vida bajo la epidermis. El rostro amado parecía hecho de recuerdo, de niebla, de ensueño...

Muchos meses empleó Fabián en ir y venir por todas partes con la exclusiva tarea de buscar a la misteriosa dama de la miniatura, pero todas sus pesquisas eran inútiles, aquella mujer parecía no residir en este mundo. Y así era, en efecto, porque Luis, el amigo íntimo de Fabián —encargado por éste para hacer todo género de investigaciones—, llegó una tarde trayendo los más tristes datos: la dama del retrato había muerto; en vida se llamaba Berta Belmonte, y su cuerpo estaba enterrado en el cementerio de San Ambrosio.¹ Un amigo de Luis, Pablo Giner, había podido dar esas noticias por haber vivido al lado de la familia Belmonte cuando la joven murió; y él, de boca de la servidumbre, supo que Berta había sido enterrada en

¹ Se refiere al Cementerio de San Ambrosio Chalmita, ubicado en el Estado de México.

el panteón de San Ambrosio. Pablo cambió de casa más tarde, y no volvió a saber de aquella familia.

Luis, después de dar a Fabián tan tristes nuevas, le abrazó afectuosamente, rogándole que olvidara a esa mujer; pero Fabián, apenas salió su amigo, tomó el sombrero y se marchó al panteón de San Ambrosio para buscar el sepulcro de Berta y llorar sobre él, protestando así contra el consejo de Luis. Mas, ¡ay!, no sólo la mujer, hasta su huella había desaparecido, porque Fabián, después de buscar esa tumba en el cementerio de San Ambrosio y en todos los cementerios de la ciudad, no había podido encontrarla por ninguna parte. Hasta había llegado a pensar, mirando la imposibilidad de hallarla, que acaso la mujer del retrato no hubiese muerto... ¡Pero, no! ¡Esto no era posible!... La tristeza profunda que llevaba Fabián en el corazón semejava un presagio, signo de que aquello era irreparable, de que él, Fabián, jamás se juntaría en este mundo con esa mujer...

Valentina escuchaba en silencio las confesiones de su amigo... ¡Cuánta devoción para los muertos! —pensaba—, y en cambio, para los vivos... ¡ni una mirada!... Suspiró levemente, y volviendo sus misteriosos ojos hacia Fabián, le dijo en tono suave:

—Amigo mío, no hay que perder la esperanza; mientras usted no encuentre esa tumba, la dama del retrato puede estar en alguna parte, respirando acompasadamente, como nosotros...

—¡No, no! —exclamó Fabián con dolorosa convicción—. Ha muerto.

—¿Y esa miniatura? —preguntó Valentina después de una pausa.

—Aquí está —respondió Fabián, sacando de su bolsillo el pequeño retrato y mostrándolo a su amiga.

Valentina, al verlo, dio un grito: ese retrato era el de ella misma, el de Valentina, cuando apenas contaba diecisiete años. Aquella miniatura, que estaba siempre junto al reloj, sobre la chimenea del salón, había desaparecido hacía tres años, robada quizá por alguno de los criados. Valentina la imaginaba desde entonces arrancada del marco, rota y deslustrada, durmiendo sueño de olvido en algún rincón; y he allí que un hombre, el hombre que ella amaba silenciosamente, la llevaba consigo, apretada al corazón como un talismán...

Efectivamente, aquel retrato era de una belleza extraordinaria; mas, ¡ay!, ¡qué diferencia entre la Valentina de ayer y la que estaba allí!... ¡Aquello era un naufragio en el que se habían perdido tersuras, colores, suavidades!... La frente, lisa como pétalo de flor, se había marchitado: aquel cristal, plano y terso, donde parecía rielar² la luna, era ya sólo una linfa³ sin luz que rizaba el viento... La dama de la miniatura era otra mujer.

Fabián, al oír el grito de Valentina, se había puesto en pie, exclamando con exaltación:

² Forma poética de nombrar algo que brilla con una luz muy llamativa.

³ Revisar nota 3, p. 215.

—¿La conoce usted? ¿La ha visto? ¿Se ha encontrado usted con ella en alguna parte?... ¡Por favor, una respuesta! ¿Vive, vive esa mujer?...

Valentina, en un gran suspiro que parecía arrastrar su vida entera, murmuró dolorosamente, devolviendo a Fabián la miniatura:

—Esa mujer... ha muerto... No está ya en este mundo.

Fabián se llevó las manos al rostro, como si quisiera defenderse con ellas de esa implacable verdad que de nuevo caía sobre él matando su naciente esperanza...

Y Valentina, adelantándose a las preguntas que vendrían después, añadió tras una pausa:

—Ella era mi amiga... Hace tiempo que murió... Ignoró en dónde está enterrada. Solía venir a este huerto... También amaba las hiedras y las flores amarillas de los caminos...

Fabián respondió con un sollozo ahogado.

Y en el jardín de Valentina, un grupo de mariposas blancas se alzó de los mastuerzos⁴ dispersándose en el aire, mientras que de los altos cipreses que el viento hería, bajaba un misterioso murmullo semejante a un rezo...

Washington

⁴ Planta de poca altura que posee flores blancas y fruto encapsulado en dos semillas. También suele ser usado en medicina tradicional.



Título: Cortejo II

Autor: Daniela Sarai Ramírez López

Año: 2017

Técnica: Xilografía

Medida: 29 cm x 19 cm



DESCARGA

LA COLECCIÓN COMPLETA





Lo irremediable (novelas), de María Enriqueta Camarillo, se terminó de editar y digitalizar en enero de 2024, en el Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato, de la Universidad de Guanajuato. La edición estuvo al cuidado de Flor E. Aguilera Navarrete y Xochitl Guzmán Zavala.

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Ediciones
Universitarias



LECTURAS
VALENCIANA